

50 años 50 historias

Araceli Cruz Pacheco
(Coordinadora)

50 ANIVERSARIO
Biblioteca Central
Dr. Desiderio Macías Silva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

50 años historias

50 años historias

Araceli Cruz Pacheco
Coordinadora

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

50 años
50 historias

Primera edición 2026
(vesión electrónica)

Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria
Aguascalientes, Ags., 20100

Cruz Pacheco, Araceli
Coordinadora

Cruz Pacheco, Araceli
Esparza García, María Alejandra
Macías Mora, Sonia
Pérez Talamantes, Cecilia
Arellano Lona, Mario
Ruiz Esparza Díaz de León, Clara
Varela Ruiz, Jorge Humberto
Ibarra Ramírez, Jorge Eduardo
Marín Acuña, Alejandro
Guzmán Mondragón, Jesús Ángelo
Casillas Peñuelas, Rafael Alejandro
Blanco Díaz López, Enrique de Jesús
De la Rosa Díaz, José Isaac
Hernández Arellano, Gerardo
Sánchez Martínez, Armando
Girón, Edgar
García Ventura, José Alberto
Villalobos Pardo, Laura
Ríos González, José Luis
Rodríguez, Javier
Segovia Félix, Stephani Paulina
Martínez Rivera, María Paulina
Luna, Irene
Rodríguez Sánchez, Adrián Gerardo
Medrano Coronel, Carlos Salvador
Láriz Durón, Juan José
García Ávila, Mónica
Delgado, Karla
Morales García, Lorena
Gallegos Carrón, Myrna Edith
Pérez Hernández, Ricardo
Rodríguez Ruvalcaba, Elizabet
Martínez Juárez, Rubén Obed
Carrasco, Norma
Romo López, Erika Vanessa
Leos González, Karol Guadalupe
González Sandoval, José Luis
Cruz Pacheco, Araceli
Juárez Rincón, Luis
Calderas Ruiz, Margarita Isabel
Durón García, José
Cruz, Graciela
Bonilla Lomelí, Héctor Manuel
Tiscareño Escobedo, Diego Fabricio
Torres de Luna, Diego Mauricio

ISBN 978-968-9752-73-8

Hecho en México / *Made in Mexico*

editorial.uaa.mx libros.uaa.mx revistas.uaa.mx libreriavirtual.uaa.mx

Índice

Prólogo 13

Introducción 15

Capítulo 1. 17
El arte de servir
Una huella que permanece 17
Una biblioteca para compartir. Biblioteca INFOTECA. Dr. Alfonso Pérez Romo 21
Mis recuerdos de la Hemeroteca 24
La disciplina, ante todo 26
La caja sabia: guardiana de tesoros de la Biblioteca Central 30
Mi primer día como trabajador de la UAA 32
Lo que se siembra con amor, siempre vuelve 34
Vida y caminar entre estantes 39
Una visita guiada voluntariamente a fuerzas 42
Uno de los primeros bibliotecarios de la Posta 44
¡O todos coludos, o todos rabones! 48
La biblioteca: un refugio entre libros y personas 50

Capítulo 2. 53
Amistades, afectos y amores nacidos en las bibliotecas
El inicio de una historia 53
La impresión que tuve de la biblioteca 55
Los pequeños visitantes de la Biblioteca Central 59
¿Por qué el ser humano necesita formar parte de una comunidad? 61

Mi historia en la Universidad: 21 años en la biblioteca 66
Biblioteca Central 69
Biblioteca Central (Taylor's version) 72

Capítulo 3. **75**
Un lugar para aprender, soñar y crecer
Cuando era estudiante… 75
Un martes cualquiera 77
La biblioteca que también da voz 84
Páginas de ensueño 88
Nuestras horas en la biblioteca. Verano de 2011 90
Un septiembre bajo el lente del recuerdo 92
Macedonio y yo 94
A poco de ser acreedor de código de barras, tejuelo y Tattle Tape 99
Sólo un recuento... 101
Biblioteca de la Secundaria de la Universidad Autónoma de Aguascalientes 104
791.4301E79 [El autor difuminado] 106
Entre estantes, patrones y nuevas preguntas 109

Capítulo 4. **113**
La biblioteca que transformó nuestras vidas
Mi vida en la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Aguascalientes 113
Mi historia en la Biblioteca de la UAA 117
Treinta y siete años se dicen fácil... 120
Mi historia en la biblioteca 123
Nunca es tarde… 125
La biblioteca que me cobijó 128
La biblioteca que cambió mi perspectiva de vida 132
Biblioteca Central, mi refugio 138
Un lugar para habitar 140
Entre libros, memoria y fuego: un privilegio llamado, Fondo Antiguo de la Universidad Autónoma de Aguascalientes 144

La biblioteca que transformó mi vida 149
Recuerdos de la Posta 152
La biblioteca que me vio crecer 154
Una experiencia inolvidable en la Biblioteca Central 157
Un sueño cumplido entre libros y estudiantes 161
Mi historia con la biblioteca de la Universidad Autónoma de Aguascalientes 164
Me creyeron culpable. La biblioteca, no 166
Semillas de luz: cuando la Biblioteca del Campus Sur se convirtió en el corazón de nuestros sueños 168
Las bibliotecas y el río de Heráclito 172

Prólogo

"Las bibliotecas almacenan la energía
que alimenta la imaginación.
Nos abren ventanas al mundo y nos inspiran a
explorar y lograr nuestros objetivos, contribuyendo
así a mejorar nuestra calidad de vida".
Sidney Sheldon (escritor y productor estadounidense)

Hay fechas que no solo marcan el paso del tiempo, sino que fundan el espíritu de una comunidad. El 18 de noviembre de 1976 es, sin duda, el pilar sobre el cual se levanta la memoria intelectual y el orgullo de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Aquel día, el conocimiento encontró un hogar definitivo y la identidad universitaria, por fin, encontró su propia voz.

Este libro es un viaje a través de cinco décadas de historia, un homenaje a los 50 años de la Biblioteca de la UAA. Nació no solo como un repositorio de libros, sino como el corazón latente de una institución que apostaba por el futuro del estado y del país. Medio siglo después, aquellas paredes que abrieron sus puertas para resguardar el

saber siguen siendo el faro luminoso para miles de estudiantes, investigadores y mentes curiosas.

Las páginas que el lector tiene entre sus manos no están hechas solo de datos o fechas frías; este libro es una antología viva de experiencias compartidas. En ellas se resguardan las vivencias, los desvelos y los descubrimientos de alumnos que encontraron aquí su vocación, el orgullo de egresados que volvieron la mirada al lugar que los vio crecer, y el testimonio invaluable del personal que labora y laboró en sus salas a lo largo de estos 50 años, entregando su vida y vocación al servicio del saber. Cada relato es un ladrillo invisible que ha dado forma al alma de este lugar.

La magia de aquel 18 de noviembre no se limitó a la apertura de sus salas de lectura. En un acto de profunda sincronía institucional, el espacio del saber y el canto de la identidad se fundieron en un solo instante eterno: fue precisamente en la biblioteca donde se cantó, por primera vez, el Himno de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Mientras los primeros libros se acomodaban en los estantes, las voces de la comunidad universitaria se unieron para dar vida a los versos que hoy nos siguen conmoviendo y dando sentido de pertenencia.

Celebrar los 50 años de nuestra biblioteca es celebrar el diálogo constante entre la ciencia, el arte y las humanidades. A través de estas páginas, el lector recorrerá la evolución de un espacio que ha sabido transformarse pasando del papel impreso a las grandes autopistas de la información digital sin perder nunca su esencia original.

Quedan cordialmente convocados a recorrer cada una de las anécdotas que dan vida a esta gran celebración de medio siglo; a reír, conmoverse y revivir los pasillos de nuestra biblioteca a través de la mirada de su gente. descubran la memoria colectiva que ha sido custodiada por el eco silencioso de los libros y el latido humano de sus protagonistas. ¡Felices 50 años!

Lic. María Alejandra Esparza García

Introducción

50 años, 50 historias

Hay lugares que se quedan en nuestra memoria para siempre; espacios donde vivimos momentos especiales, conocimos personas importantes o encontramos inspiración para seguir adelante. Para muchas generaciones de universitarios, la Biblioteca Central "Dr. Desiderio Macías Silva" ha sido uno de esos lugares.

En 2026 celebramos sus 50 años de historia, cinco décadas en las que sus pasillos, estantes y salas de estudio han sido testigos de innumerables experiencias, aprendizajes, amistades y sueños.

Como parte de esta celebración, quisimos hacer algo especial: recuperar las memorias de quienes han dado vida a nuestras bibliotecas. Así nació *50 años, 50 historias*, un proyecto que nos permitió reunir recuerdos, anécdotas y experiencias de estudiantes, docentes, trabajadores y personas que, de alguna manera, han encontrado en estos espacios algo significativo para sus existencias.

Al recibir los relatos, descubrimos que nuestras bibliotecas guardan mucho más que libros; entre sus paredes han nacido amistades, se han construido proyectos de vida, se han superado dificultades y se han

vivido momentos que, aun después de muchos años, permanecen en el corazón de quienes los recuerdan.

En estas páginas encontraremos anécdotas que nos harán sonreír, otras que despertarán nostalgia y algunas que nos invitarán a reflexionar. Todas tienen algo en común: nos recuerdan que *el verdadero valor de una biblioteca está en las personas que la hacen suya.*

Este libro también es una forma de reconocer y agradecer a quienes, a lo largo de estos cincuenta años, han contribuido con su trabajo, dedicación y vocación de servicio al crecimiento de nuestras bibliotecas. Cada uno, desde su propia historia, ha dejado una huella que forma parte de nuestra identidad universitaria.

Quiero agradecer de manera muy especial a todas las personas que compartieron sus recuerdos y nos permitieron conocer un pedacito de su vida. Gracias por confiar en este proyecto y ayudarnos a conservar una parte tan valiosa de nuestra memoria.

Deseo que, al recorrer estas páginas, encuentren testimonios con los que puedan identificarse, recuerden momentos especiales y, sobre todo, descubran que una biblioteca es mucho más que un lugar para estudiar o consultar libros: es un espacio donde también se construyen narrativas biográficas.

Hoy celebramos 50 años de recuerdos, aprendizajes y experiencias compartidas, pero también celebramos todas las vivencias que aún están por escribirse.

Porque los libros cuentan historias, pero las personas son quienes dan vida a las bibliotecas.

M. en I. Araceli Cruz Pacheco
Jefa del Departamento de Información Bibliográfica
Universidad Autónoma de Aguascalientes
Coordinadora de la obra

Capítulo I.

El arte de servir

Una huella que permanece

Lic. Sonia Macías Mora
Encargada de Biblioteca Norte

Hablar de la Biblioteca indudablemente nos lleva a hablar de una de sus jefas que, durante más de treinta años, estuvo al frente del Departamento de Información Bibliográfica, la **C.P. Irma Graciela de León Muñoz**, quien, con dedicación, firmeza y una profunda vocación de servicio, contribuyó de manera decisiva al desarrollo y fortalecimiento de nuestro Sistema Bibliotecario.

En 2012, su trayectoria fue reconocida con el Premio al Mérito Bibliotecario, otorgado en el marco de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Para quienes formábamos parte del Departamento, aquel momento representó un enorme motivo de orgullo. No solamente se reconocía la labor de una jefa comprometida, sino también la historia de una mujer que había dedicado gran parte de su vida profesional a impulsar las bibliotecas, a formar equipos de trabajo y a defender la importancia del acceso al conocimiento.

Quienes hemos pertenecido a este Departamento durante más de veinticinco años, como es mi caso, conservamos innumerables enseñanzas de la Contadora Irma. Bajo su dirección aprendimos que el trabajo bibliotecario requiere responsabilidad, constancia y una permanente disposición para servir. Nos enseñó que cada proceso, desde la selección y adquisición de los materiales hasta su organización y disposición para los usuarios, forma parte de una misión mucho más amplia: contribuir a la formación académica y humana de la comunidad universitaria.

Su liderazgo no se limitó a coordinar actividades o supervisar resultados. La Contadora Irma se preocupó por el crecimiento profesional de quienes trabajábamos a su lado. Nos impulsó a continuar estudiando, a cursar diplomados, a participar en actividades de capacitación y a mantenernos actualizados ante los cambios que constantemente transformaban el ámbito bibliotecario.

En una época en la que no siempre era sencillo encontrar oportunidades para seguir preparándose, ella abrió caminos. Gestionó apoyos, promovió la participación del personal en cursos y reuniones profesionales, y nos animó a integrarnos en las asociaciones relacionadas con nuestra labor. Sabía que una biblioteca solamente puede crecer cuando también crecen las personas que la sostienen.

Gracias a esa visión, muchos de nosotros tuvimos la posibilidad de ampliar nuestros conocimientos, desarrollar nuevas habilidades y asumir responsabilidades que quizá antes no imaginábamos. Su confianza nos ayudó a reconocer nuestras capacidades y a comprender que la preparación profesional no termina con la obtención de un título, sino que debe continuar durante toda la vida laboral.

La influencia de la Contadora Irma trascendió los límites de nuestra Universidad. En las reuniones, congresos y encuentros con colegas de otras instituciones, su nombre continúa presente. Aun con el paso de los años, es común que quienes la conocieron nos pregunten por ella y recuerden con respeto su trabajo, su carácter y su compromiso con las bibliotecas.

Esas preguntas nos permiten dimensionar la huella que dejó en el ámbito bibliotecario. Su labor no solamente fue significativa para quienes compartimos con ella el trabajo cotidiano, sino también para muchas

personas de otras universidades e instituciones con las que estableció vínculos de colaboración y amistad profesional.

Para nosotros, hablar de la Contadora Irma es recordar años de trabajo, aprendizaje y transformación. Es pensar en una jefa exigente, pero también en una persona capaz de reconocer el esfuerzo y de impulsar a quienes mostraban deseos de superarse. Su forma de dirigir nos enseñó que la disciplina y la cercanía pueden coexistir, y que un buen liderazgo se construye tanto con decisiones firmes como con la capacidad de orientar y confiar en los demás.

Su ejemplo de trabajo incansable al frente de las bibliotecas permanece en cada uno de nosotros. Muchas de las prácticas, valores y formas de entender el servicio bibliotecario que hoy conservamos tienen su origen en las enseñanzas que recibimos durante su gestión.

El premio que recibió en 2012 fue, sin duda, un reconocimiento plenamente merecido. Sin embargo, su verdadero legado se encuentra también en las personas que formó, en los caminos que abrió y en la confianza que depositó en quienes continuamos trabajando por el crecimiento de las bibliotecas de nuestra Universidad.

Cada vez que uno de nosotros orienta a un estudiante, impulsa un nuevo servicio, participa en una capacitación o anima a un compañero a seguir preparándose, una parte de sus enseñanzas continúa vigente. Su trabajo se ha multiplicado a través de las generaciones de bibliotecarios que tuvieron la fortuna de aprender de ella.

Hoy podemos afirmar que la C.P. Irma Graciela de León Muñoz no solamente estuvo al frente del Departamento de Información Bibliográfica durante más de tres décadas. También construyó una comunidad profesional, fortaleció la vocación de servicio de su equipo y sembró en nosotros el compromiso de seguir aprendiendo y trabajando en favor de las bibliotecas.

Su huella es invaluable y permanece en la memoria de quienes la conocimos, en la historia de nuestro Sistema Bibliotecario y en cada logro que se ha construido sobre las bases que ella ayudó a establecer.

Recordarla es reconocer a una mujer que hizo de su trabajo una forma de trascender y que nos enseñó que dirigir una biblioteca también significa abrir caminos para que otros puedan crecer.



Una biblioteca para compartir. Biblioteca INFOTECA. Dr. Alfonso Pérez Romo

Cecilia Pérez Talamantes

"*A veces pensamos que una persona vive mientras la recordamos. Yo creo que hay personas cuya vida continúa porque las obras que construyeron siguen transformando la vida de otros. Cada estudiante que descubre un libro en esa biblioteca, cada investigador que consulta un volumen, cada lector que encuentra ahí una idea que cambia su manera de pensar, está prolongan*do un poco de la vida de quien reunió esa colección con tanto amor"

Hoy, al celebrar los primeros cincuenta años de esta biblioteca, pienso que el mejor homenaje que podemos hacer a quienes la soñaron y la construyeron es seguir creyendo que los libros cambian vidas; que las bibliotecas siguen siendo lugares indispensables para formar personas libres, críticas y sensibles; y que una universidad sin cultura, sin lectura y sin memoria nunca estará completa.

Las bibliotecas tienen una particularidad que las distingue de cualquier otro espacio: son capaces de reunir, en un mismo lugar, las ideas, los sueños y las inquietudes de una vida entera. Quienes han dedicado años a formar una biblioteca personal saben que cada libro guarda una historia; la del momento en que fue adquirido, la de una conversación que lo inspiró o la de una etapa de la vida que ayudó a comprender.

La Biblioteca de Humanidades ubicada en la INFOTECA Dr. Alfonso Pérez Romo es el resultado de una de esas historias.

Su origen se encuentra en la generosa donación realizada por el Dr. Alfonso Pérez Romo, mi padre, universitario ejemplar, segundo Rector de nuestra Universidad, y promotor incansable de la cultura y la extensión universitaria. Sin embargo, más allá de sus numerosos méritos académicos, esta biblioteca permite conocer una faceta particularmente entrañable de su personalidad: *la de un hombre profundamente enamorado de los libros.*

Para mi padre, la lectura fue una forma de vida. Los libros lo acompañaron siempre, le permitieron ampliar su visión del mundo y alimentaron una curiosidad constante por aprender y dialogar. Era habitual verlo con un libro en mano, compartir lecturas o recomendar obras con la convicción de que el conocimiento cobra sentido cuando se comparte.

A lo largo de varias décadas reunió una amplia colección de volúmenes de arte, historia, filosofía, literatura y humanidades, conformada con rigor y sensibilidad. No se trata solo de la cantidad de obras, *sino del criterio con el que fueron seleccionadas*.

La trascendencia de esta biblioteca no radica únicamente en su acervo, *sino en la decisión que permitió su continuidad: su donación a la Universidad Autónoma de Aguascalientes.*

Mi padre entendió que una biblioteca debe permanecer viva y al servicio de la comunidad, por lo que participó personalmente en su traslado e instalación.

Este proceso, que tomó aproximadamente año y medio, representó la culminación de una vida dedicada a la docencia, la cultura y el servicio universitario. La Universidad integró la colección a la INFOTECA universitaria, espacio destinado al encuentro entre el conocimiento, la cultura y la comunidad, donde mi padre pudo ver consolidado este proyecto en sus últimos años.

Hoy, la INFOTECA es un centro cultural que reúne librería, exposiciones, actividades académicas y las charlas Helicón, iniciativa fundada por él y que aún sigue vigente en la vida universitaria. En este entorno, la Biblioteca de Humanidades ocupa un lugar central.

Sus estantes resguardan no solo libros, sino *una convicción profunda: que el conocimiento alcanza su verdadero sentido cuando se comparte*. Cada estudiante, investigador o lector que consulta sus volúmenes contribuye a mantener vivo este legado.

La Biblioteca de la INFOTECA Dr. Alfonso Pérez Romo es, así, más que una donación: es la continuidad de una vocación universitaria y la expresión de una confianza en las generaciones futuras.

Quizá ese sea el mayor legado de toda la biblioteca: recordarnos que los libros trascienden el tiempo y que, a través de ellos, las conversaciones nunca terminan.

Pocas personas entendieron esto con tanta claridad como mi padre, quien hizo de los libros una forma de vida y de encuentro con los demás.

Mi padre no donó una colección de libros, donó un proyecto de vida. Esta decisión es muestra de su generosidad, pero también de la enorme confianza que tenía en la Universidad.

Existe además un sentimiento de profunda gratitud hacia la Biblioteca y la Universidad, por el cuidado, el respeto y la sensibilidad con los que han resguardado esta colección desde su llegada a la INFOTECA. *Es motivo de tranquilidad constatar que los libros han encontrado un hogar en el que son valorados y preservados con el mismo espíritu con el que fueron reunidos.*

Sabemos que las generaciones futuras de bibliotecarios, archivistas y universitarios continuarán asumiendo esta responsabilidad, asegurando que la Biblioteca que formó mi padre el Dr. Alfonso Pérez Romo, permanezca como un espacio vivo, fiel al propósito que inspiró su creación y a la generosa visión de quien decidió compartirla con todos.

Mis recuerdos de la Hemeroteca

Anónimo

Cuando estudiaba la licenciatura en Administración de Empresas en el 2007, la Biblioteca Central se convirtió en uno de los lugares más importantes de mi vida universitaria. Entre sus pasillos, mesas y estanterías encontré un espacio para estudiar, realizar tareas y descubrir conocimientos que iban mucho más allá de lo que aprendíamos en el salón de clases. Sin embargo, había un lugar en particular que siempre esperaba visitar: la hemeroteca.

Para mí, entrar a la hemeroteca era como abrir una ventana hacia el mundo de los negocios, la mercadotecnia y las grandes empresas. Ahí podía encontrar información actualizada, conocer las estrategias de compañías reconocidas y descubrir las tendencias que estaban transformando la manera de administrar y hacer negocios. Mis revistas favoritas eran Merca 2.0 y Expansión. Esperaba con entusiasmo la llegada de cada nueva edición. Me encantaba recorrer sus páginas, observar sus anuncios, leer sobre empresas exitosas y conocer las historias de quienes habían convertido una idea en un proyecto importante. Cada artículo despertaba mi curiosidad y me hacía imaginar todo lo que algún día podría realizar como administradora.

En aquella época, comprar esas revistas estaba completamente fuera de mis posibilidades. Para el bolsillo de una estudiante eran muy, muy caras. Por eso, poder consultarlas en la Biblioteca Central representaba un verdadero privilegio. La hemeroteca me permitía acercarme a publicaciones especializadas que, de otra manera, difícilmente habría podido conocer. Pero el cariño que conservo por ese lugar no se debe solamente a las revistas. También está profundamente relacionado con la persona que nos recibía cada vez que llegábamos: el señor Saúl, quien era el encargado de esa área.

El señor Saúl siempre nos recibía con una sonrisa. Su amabilidad hacía que la visita fuera todavía más especial. Con el paso del tiempo,

llegó a conocernos tan bien que sabía cuáles eran nuestras publicaciones favoritas. Cuando aparecía el número más reciente de nuestras revistas, parecía que ya nos estaba esperando. No necesitábamos preguntarle demasiado. Muchas veces, al vernos llegar, nos mostraba la nueva edición con esa atención sencilla y generosa que distingue a las personas que disfrutan su trabajo y comprenden la importancia de ayudar a los demás. Para algunos quizá era solamente entregar una revista; para mí era sentir que alguien se interesaba por lo que estaba aprendiendo y compartía mi entusiasmo por descubrir algo nuevo.

Sin darme cuenta, aquellas tardes en la hemeroteca fueron complementando mi formación profesional. Lo que encontraba en las revistas me ayudaba a relacionar la teoría de las clases con situaciones reales. Los conceptos de administración, mercadotecnia, planeación y organización dejaban de ser únicamente definiciones escritas en un libro y comenzaban a cobrar vida a través de los casos de empresas, productos y personas que aparecían en sus páginas.

Con el paso de los años, los formatos de consulta han cambiado y muchas publicaciones ahora pueden leerse en una pantalla. Sin embargo, existen recuerdos que permanecen intactos. El mío conserva el aroma del papel, la emoción de descubrir una revista nueva y la sonrisa de quien entendía que detrás de cada estudiante había una persona deseosa de aprender.

Por eso, cuando pienso en la Biblioteca Central, no solamente recuerdo lo que leí en ella. Recuerdo cómo me hizo sentir: bienvenida, acompañada y con la libertad de acercarme a conocimientos que parecían lejanos para mi bolsillo, pero que ahí estaban al alcance de mis manos.

En aquellas revistas encontré información para mi carrera; en la hemeroteca, un lugar al que siempre deseaba regresar; y en la amabilidad del señor Saúl, una muestra de que las bibliotecas también se construyen con la atención, la vocación de servicio y la sonrisa de las personas que les dan vida.

La disciplina, ante todo

Mario Arellano Lona
Encargado de Biblioteca Campus Sur

Corría aproximadamente el año 2010 cuando comencé a trabajar como encargado de la biblioteca de la Preparatoria Oriente. Me correspondió acompañar a la segunda generación de estudiantes de aquel plantel, en una etapa en la que todos, de alguna manera, estábamos aprendiendo: los alumnos a desenvolverse en el bachillerato y nosotros a consolidar los servicios y la dinámica de una biblioteca relativamente nueva.

Conforme pasaban los días, comencé a observar el comportamiento de los jóvenes para comprender mejor sus necesidades y encontrar la manera de mantener un ambiente adecuado. No era una tarea sencilla. A esa edad, los estudiantes tienen mucha energía, quieren convivir, reírse y sentirse libres. En ocasiones, aquello podía convertirse en ruido, desorden o desacuerdos, especialmente en los cubículos de estudio.

Entre todos los alumnos había uno que llamaba particularmente mi atención: un joven alto y de cabello rubio, a quien todos conocíamos como "el Güerito". Con él tenía constantes diferencias. Con frecuencia debía llamarle la atención por su comportamiento dentro de los cubículos y recordarle que la biblioteca era un espacio compartido, en el que debían respetarse ciertas normas.

A simple vista se notaba que yo no le caía nada bien.

Sin embargo, entendía que parte de mi trabajo no consistía en agradarles a todos, sino en orientar a los usuarios y hacer valer tanto sus derechos como sus obligaciones. La disciplina dentro de una biblioteca no busca castigar ni limitar a las personas; su propósito es lograr que

Los años continuaron y llegó el momento en que los alumnos de aquella segunda generación estaban por concluir sus estudios de bachillerato. El Güerito, aquel joven con quien tantas veces había discutido por su comportamiento en la biblioteca, estaba entre ellos.

Curiosamente, el día en que él fue a buscarme yo también me encontraba disfrutando de un día económico. Cuando regresé al trabajo, mi compañero me comentó:

—Ayer vino el Güerito a buscarte.

Mi primera reacción fue pensar:

"¿Y ahora qué habrá hecho? ¿Habrá perdido algo? ¿Tendrá alguna multa? ¿Habrá dañado algún material?"

Le pedí a mi compañero que, si regresaba, lo dejara pasar para saber qué necesitaba.

Casi al finalizar mi jornada, el joven llegó a la biblioteca. Se acercó y me dijo:

—Ayúdeme.

Lo miré con cierta preocupación y le pregunté:

—¿Qué hiciste? ¿Tienes alguna multa? ¿Qué sucedió?

Él se quedó observándome unos segundos y finalmente respondió:

—Ayúdeme a estudiar Estadística.

Su petición me sorprendió por completo.

En aquella época, además de mi trabajo en la biblioteca, yo impartía clases de Matemáticas Avanzadas para Ingeniería en algunas universidades privadas. No sé cómo se enteró de que también tenía conocimientos de Estadística, pero acudió a mí porque necesitaba prepararse para presentar un examen extraordinario.

Le respondí:

—Mira, hijo, sí te puedo ayudar, pero no puedo darte clases durante mi horario laboral porque en ese momento debo cumplir con mi trabajo en la biblioteca. Sin embargo, podemos hacer lo siguiente: yo entro a trabajar a las siete de la mañana. Te espero aquí a las seis y durante dos semanas estudiamos antes de mi jornada. Solamente necesito que me traigas el programa de la materia y tu libreta para revisar los temas que trabajaste con tu maestro.

El joven aceptó.

Durante las siguientes dos semanas llegó puntualmente a las seis de la mañana. Revisamos ejercicios, aclaramos dudas y repasamos los temas que necesitaba dominar para presentar su examen extraordinario. Para mí también fue una sorpresa descubrir que, detrás de aquel alumno inquieto y desafiante, había un joven preocupado por terminar sus estudios y capaz de esforzarse cuando encontraba una motivación.

Llegó finalmente el día del examen. Era lunes y coincidía con el periodo de reinscripciones para quienes debían presentar materias extraordinarias. Esa mañana tuve que salir temprano a Ciudad Universitaria para entregar algunos recibos, por lo que no me encontraba en la biblioteca cuando él regresó con sus resultados.

Al día siguiente, cuando llegué a la Biblioteca del Bachillerato Oriente, mi compañero me dijo:

—Ayer vino el Güerito.
Inmediatamente pregunté:
—¿Y luego? ¿Qué pasó?

Mi compañero comenzó a contarme que el joven había entrado gritando de emoción. Al principio pensó que estaba causando nuevamente algún desorden y estuvo a punto de pedirle que saliera. Sin embargo, el muchacho llegó para decir que había aprobado su examen.

Mi compañero agregó que, cuando salió de la biblioteca acompañado por sus amigos, el joven comentó con entusiasmo:

—¡Ese señor me ayudó! Y pensar que antes me caía tan mal.

Al escuchar aquello, comprendí algo que nunca he olvidado: en ocasiones, una acción sencilla puede transformar por completo la opinión que una persona tiene de nosotros. Aquel joven me había visto durante años únicamente como la figura que le llamaba la atención, le exigía guardar silencio y le recordaba constantemente las reglas. Tal vez pensaba que yo estaba en su contra, cuando en realidad mi responsabilidad era ayudarlo a entender que toda convivencia requiere límites y respeto.

Cuando me pidió ayuda, tuve la oportunidad de mostrarle otra parte de mi trabajo y de mi persona. Él descubrió que detrás de las llamadas de atención también existía alguien dispuesto a apoyarlo, incluso antes de iniciar su jornada laboral.

Yo, por mi parte, comprendí que la disciplina y la empatía no se contradicen. Podemos ser firmes al hacer cumplir las normas y, al mismo tiempo, estar dispuestos a escuchar, orientar y tender la mano cuando alguien lo necesita.

La biblioteca fue el escenario de esas dos experiencias: una me enseñó a reconocer mis errores y pedir disculpas; la otra me permitió ayudar a un estudiante que, a pesar de nuestras diferencias, confió en mí para superar una dificultad académica.

Por eso considero que la disciplina debe estar, ante todo, pero no entendida como rigidez o autoritarismo. La verdadera disciplina se acompaña de responsabilidad, honestidad, respeto y sensibilidad hacia los demás.

Aquel Güerito probablemente no imaginó cuánto me enseñó. Yo lo ayudé a aprobar Estadística, pero él me ayudó a comprender que nuestro trabajo puede dejar una huella en los estudiantes, incluso en aquellos con quienes parece más difícil establecer una relación.

Desde entonces tengo presente que cada llamada de atención, cada explicación y cada gesto de apoyo pueden convertirse en una oportunidad para cambiar la historia de una persona. A veces basta con escuchar una petición de ayuda, dedicar un poco de tiempo y demostrar que, detrás de las reglas, también existe un genuino interés por el bienestar y el futuro de los jóvenes.

La caja sabia: guardiana de tesoros de la Biblioteca Central

Clara Ruiz Esparza Díaz de León

Los objetos llenan de significado los espacios y enriquecen nuestra vida. Reflejan quiénes somos, nos conectan con aspiraciones y nos brindan identidad. Nos fascinan porque podemos contemplarlos, usarlos y poseerlos, y a veces nos ofrecen confort y seguridad de una manera casi mágica. Todo eso reunía el gran objeto que me recibía en la biblioteca central.

Se imponía como un guardián ante una fortaleza; acercarse a ella requería respeto, pues sólo entonces era posible descubrir los secretos que guardaba en su interior. Ubicada en el corazón de la biblioteca, mediaba entre el visitante y el vasto universo de libros, resguardando la llave para conocerlos y explorarlos. Interactuar con esa caja era una experiencia especial: su sola presencia era una invitación silenciosa, un reto a descubrir lo que albergaba.

Había que esperar el turno para visitarla, solo ella podía descifrar y dar sentido a las paredes repletas de estantes con enciclopedias, libros y revistas. Mientras tanto, me entretenía observando las fotografías en las paredes de doble altura: retratos enmarcados de quienes, con su dedicación, contribuyeron a la historia de la universidad. Bajo cada imagen, los nombres estaban grabados en pequeñas placas: entre ellos Carlos González Rueda y Humberto Martínez de León. Recuerdo haber pensado que, quizá, pronto se sumaría el de Efrén González Cuéllar, quien recientemente se presentó como nuevo rector. De algún modo, fueron ellos quienes hicieron posible que aquella caja estuviera presente en la biblioteca central.

Mi primer encuentro con la caja sucedió cuando cursaba la secundaria en el plantel de la universidad. Ese día había acudido a la biblioteca para realizar una tarea que me había designado la maestra Adelina Alcalá Gallegos. Los encargados, al notar mi inexperiencia, me guiaron amablemente hasta la caja barnizada y me explicaron que era

el punto de partida para descubrir todo lo que la biblioteca ofrecía. Erguida sobre una mesa, imponía una silenciosa autoridad.

Con el tiempo, este objeto se transformó para mí en un refugio acogedor. Abrir y cerrar sus cajones, adornados con manijas doradas, era como manipular un artefacto mágico: su interior parecía interminable. Cada compartimento, rotulado y ordenado alfabéticamente, facilitaba la exploración. Dentro, encontraba tarjetas de cartón que, al rozarse, producían un suave sonido y desprendían el inconfundible aroma a papel, tinta y humedad. La superficie de la caja reflejaba la luz, mostrando las huellas de muchas manos curiosas y ansiosas que, como las mías, estaban deseosas de comprender el mundo que nos rodeaba.

Explorar sus compartimientos por título, autor o tema era, en sí mismo, un aprendizaje donde había que conocerla y entenderla bien para disfrutarla de verdad. Cuando al fin encontraba lo que buscaba, anotaba los datos en la parte trasera de mi cuaderno, entre apuntes de biología y literatura. Al cerrar el cajón, ese "click" final me transmitía una sensación de firmeza y seguridad, recordándome que ahí dentro se guardaba algo valioso y vivo, con lo que se podía viajar y explorar.

Hoy, la caja ya no está. Ya no huelo la madera que vive, respira y trabaja. Desapareció sin aviso, y no supe exactamente cuándo. Creo que fue durante mis años universitarios; nadie mencionó su partida ni hubo anuncio alguno. Nadie la busca ni parece extrañarla; ya no me recibe al entrar. Espero que esté guardada en algún lugar donde reconozcan y recuerden su nombre: fichero bibliográfico.

He entrado ahora en esa sala de doble altura donde solía vivir, con más retratos colgados que antes. Me recibe, en su lugar, un objeto con pantalla luminosa y teclas frías de plástico, que sólo funciona gracias a la electricidad. Le pregunto lo que quiero encontrar y me responde al instante, sin esperas. Extraño la experiencia de visitar, tocar y sentir aquel fichero bibliográfico de madera, donde, con mis dedos, recorría sus cajones hasta encontrar la ubicación de cada libro en la biblioteca.

Hoy ese mueble de madera que resguardaba la ubicación de todo conocimiento ya no está. Simplemente fue absorbido por la obsolescencia y esa necesidad inexplicable de progresar.

Mi primer día como trabajador de la UAA

Jorge Humberto Varela Ruiz
Productor/realizador de UAATV

Entré a trabajar a la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Aguascalientes el mes de enero de 1989, justo en un día de informe rectoral del Lic. Efrén González Cuéllar (¡Qué suerte la mía!).

Anteriormente todos los informes se realizaban en el auditorio "Dr. Pedro de Alba", perteneciente a la biblioteca, por lo que era nuestra responsabilidad tener todo listo para tan importante evento.

Desde mi hora de entrada a las 7 de la mañana nos dedicamos a acomodar todos los libros que estuvieran fuera de su lugar y el mobiliario, para que el visitante pudiera apreciar un lugar limpio y ordenado.

Luego, entre varios compañeros, tuvimos que acomodar unos macetones de piedra (¡Pesaban muchísimo!). Desde el área de mapoteca, en la parte superior, la Señora Irma Graciela de León de Muñoz, nuestra directora, junto con algunas compañeras: Angélica de León, Luz María Macías y Elizabeth Raygoza, coordinaban el acomodo de los mismos sin llegar a un acuerdo. Nos decían:

- ¡Acomódenlo un metro hacia delante!-,
- ¡Ahora tres pasos a la derecha!-,
- ¡No! ¡Mejor cinco pasos a la izquierda!-,
- ¡Ahora como siete pasos para atrás!-,
- ¡Oiga Señora! ¿No cree que se veían mejor del otro modo?-,
- ¡A ver! ¡Acérquenlo de nuevo para acá!...-,

para acabar dejando los macetones donde estaban originalmente.

Luego salí a la "Plaza de las Banderas" con Carlitos Domínguez, que era mi jefe inmediato, a colocar en cada uno de los 3 mástiles, respectivamente, la bandera de la Universidad, la del estado de Aguascalientes y la de México (Por un tiempo la "Plaza de las Banderas" desapareció

como tal, para volver a establecerse en el período rectoral del Ing. Francisco Javier Avelar).

Ya dentro del auditorio tuvimos que poner la mesa para el presídium y las sillas para todos los miembros del Consejo Universitario; luego, con la ayuda de los compañeros de conserjería: Marcelino y Ramiro, subimos al escenario el piano Steinway, para el número musical que se presentaría dentro del evento (Según recuerdo fue al subir el piano que Marcelino se hernió, aunque era fuerte fue mucho el peso que cargó de su lado).

Llegada la hora del informe pedí permiso a mis jefes de integrarme al Consejo Universitario, pues como alumno de la carrera de Comunicación pertenecía al mismo, por lo que fui corriendo al baño, me lavé y cambié mi ropa de trabajo por un traje que tenía listo para la ocasión (¡Ni siquiera me di un baño vaquero!, apenas si me puse un desodorante para disimular el sudor después de tanto trajín).

Después del informe y el brindis recogimos algunas cosas, dejando otras para el día siguiente.

En la noche, cuando llegué a la casa me preguntó mi mamá que ¿cómo me había ido en mi primer día de trabajo?

Yo le respondí:

- ¡Si así van a estar todos los días, no creo durar mucho en ese empleo!-. ¡Y tengo ya 37 años de servicio en la Institución!

Lo que se siembra con amor, siempre vuelve

Jorge Eduardo Ibarra Ramírez
Bibliotecario de Circulación y Orientación

Hay una hora en la biblioteca que me gusta más que ninguna otra: las seis de la tarde, cuando la luz de la tarde entra oblicua por las ventanas y pinta de naranja los lomos de los libros. Es la hora en que los estudiantes más desesperados llegan, los que tienen examen al día siguiente, los que olvidaron preguntar a tiempo, los que confunden urgencia con esperanza. Llevo veinticinco años colaborando en el Departamento de Información Bibliográfica de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, y si algo me ha enseñado el tiempo es a reconocer esa mirada: la del joven que no sabe bien qué busca, pero sabe que lo necesita ya.

Sofía y Analilí llegaron un martes de octubre, en ese primer semestre de medicina en que todo parece una avalancha imposible de detener. Las recuerdo bien: entraron juntas, con esa solidaridad silenciosa que se forma entre compañeras que estudian lo mismo y comparten el mismo miedo. Sofía traía una lista escrita a mano en una hoja doblada cuatro veces; Analilí llevaba el celular con la pantalla llena de capturas de bibliografía que el profesor había proyectado demasiado rápido. Se acercaron al mostrador con esa mezcla de timidez y urgencia que yo ya conocía de memoria.

—Buscamos el Guyton —dijo Sofía, refiriéndose al Tratado de Fisiología Médica—, pero no sabemos si hay más libros que nos sirvan para el parcial de la próxima semana.

Ese es mi momento favorito. No el de entregar el libro ya localizado, sino el anterior: el de escuchar qué necesitan de verdad. Aquella tarde les hice preguntas, les pedí que me explicaran los temas del examen, y juntos construimos una pequeña estrategia bibliográfica. El Guyton, claro que sí, pero también el Costanzo para reforzar fisiología renal, el Robbins para entender las bases anatomopatológicas que el

profesor había mencionado de pasada, y un par de artículos de revistas indexadas que teníamos en la Hemeroteca. Les mostré cómo usar el catálogo en línea, cómo pedir préstamos interbibliotecarios, cómo filtrar búsquedas en bases de datos académicas.

Esa tarde se quedaron hasta que cerramos. Regresaron el jueves, y el viernes, y cada semana durante aquel semestre difícil. Aprendí sus ritmos de estudio, sus materias más complicadas, los autores que les costaban más trabajo. Cuando el parcial de fisiología se acercó demasiado y vi que el Guyton que habían prestado no iba a alcanzarles el tiempo, extendí la fecha de devolución sin que me lo pidieran. No era la primera vez que lo hacía, ni sería la última: hay cosas que un reglamento no puede medir, y una de ellas es cuánto le hace falta a un estudiante de medicina tener un libro dos días más antes de un examen. Era una pequeña flexibilidad, una cuota de humanidad dentro de las normas, y siempre procuré ejercerla con discreción y con criterio.

A lo largo de los años que siguieron, Sofía y Analilí volvieron muchas veces. Pasaron de primer semestre a internado, de internado a servicio social, de libros de texto a tesis y artículos científicos. Cada etapa traía nuevas preguntas, nuevas necesidades de información, y yo trataba de estar siempre un paso adelante, anticipando los recursos que podrían necesitar. Las vi crecer. Las vi volverse doctoras, poco a poco, página por página.

El tiempo tiene una manera curiosa de doblar el camino de vuelta justo cuando uno menos lo espera. A mis 39 años, el cuerpo comenzó a cobrarme las décadas de estar de pie entre estantes, de cargar cajas de libros, de inclinarme sobre pantallas y ficheros. El dolor de la columna fue llegando despacio, como suelen llegar las cosas que van a quedarse: primero como una molestia al final del día, después como una presencia constante que se instaló en mi espalda baja y decidió no irse. Los estudios confirmaron lo que el médico familiar ya sospechaba: hernia de disco lumbar con compresión nerviosa, y la indicación fue clara. Cirugía.

No voy a mentir: el miedo que sentí cuando me entregaron el expediente con la orden quirúrgica era un miedo viejo, de esos que no tienen palabras precisas. Le tengo más respeto que temor a los libros de

cirugía, y precisamente por eso sabía lo que implicaba una intervención de columna. Me presenté al IMSS una mañana de febrero con mi credencial, mis estudios y el estómago apretado.

La sorpresa llegó en el quirófano, justo antes de que la anestesia me alcanzara. Escuché una voz conocida, limpia y serena, que me llamó por mi nombre sin apellido, con esa familiaridad de quien te conoce de antes.

—Jorge. Soy Sofía. Y está con nosotros la doctora Analilí. Está usted en muy buenas manos.

Quise decir algo y no pude. Creo que lo que sentí en ese momento no tiene traducción fácil: fue como ver, de golpe, todo el sentido de lo que uno ha hecho en la vida. Ahí estaban las dos jóvenes que habían llegado asustadas a buscar el Guyton una tarde de octubre, convertidas en médicas capaces, seguras, con las manos preparadas para curarme. Me tomaron la mano un momento, las dos, antes de que comenzara el procedimiento, y ese gesto pequeño valió más que cualquier reconocimiento que yo pudiera haber recibido en mis años de trabajo.

La recuperación fue larga, como lo son siempre estas cosas, pero Sofía y Analilí estuvieron presentes en cada etapa. Me explicaban cada paso del proceso con una paciencia y una claridad que yo reconocía: era la misma actitud que yo había intentado tener con ellas, años atrás, cuando les explicaba cómo usar el catálogo o cómo distinguir una fuente confiable de una que no lo era. Se aseguraron de que el dolor estuviera bajo control, de que las instrucciones de rehabilitación fueran comprensibles, de que yo entendiera lo que estaba pasando en mi propio cuerpo. Me trataron con una dignidad y un cuidado que no tienen nada que ver con el protocolo y sí mucho que ver con quiénes son ellas como personas.

En una de las visitas de seguimiento, mientras Analilí revisaba mi expediente y Sofía me hacía preguntas sobre la movilidad, me animé a decirles lo que había estado pensando desde que desperté en recuperación. Les dije que me sentía orgulloso de ellas, no como si yo tuviera mérito en lo que son, sino como se siente orgulloso alguien que tuvo

el privilegio de acompañar, aunque fuera desde lejos, el camino de alguien que llegó a ser grande. Sofía me miró y sonrió de esa manera que tienen algunas personas de decir mucho sin palabras.

Hoy, desde la perspectiva serena que dan 25 años de servicio, pienso mucho en lo que significa trabajar en una biblioteca. Es un oficio que no aparece en los titulares, que no produce obras visibles ni monumentos a la propia memoria. Lo que produce, si uno lo hace bien, es más parecido a una corriente subterránea: fluye despacio, invisible, y aparece lejos, mucho después, en lugares que uno no esperaba.

Aguascalientes es una ciudad que cree en su gente joven. Lo he visto en la universidad, en los pasillos de nuestra biblioteca, en la energía de esos estudiantes hidrocálidos que llegan con sus mochilas llenas de sueños a medio ordenar y se sientan durante horas a intentar convertirlos en conocimiento. Servir a esa juventud no es una tarea menor. Es, si me permiten decirlo así, una forma de participar en la construcción del futuro de esta tierra. Cada libro que ayudé a encontrar, cada búsqueda bibliográfica que orienté, cada fecha de devolución que extendí con discernimiento, era una pequeña apuesta por alguien que todavía no sabía lo lejos que iba a llegar.

Lo que Sofía y Analilí me dieron en ese quirófano no fue solo una cirugía exitosa. Me dieron la confirmación de algo que uno sabe, pero a veces necesita ver con los propios ojos: que el esfuerzo honesto nunca se pierde. Que servir con amor —con ese amor tranquilo y cotidiano que no busca reconocimiento, sino que simplemente hace bien las cosas— siempre vuelve. No siempre en la forma que uno imagina, no siempre en los tiempos que uno espera, pero vuelve.

A mis compañeros bibliotecarios, a los que llevan años en este oficio silencioso y a los que apenas comienzan, les digo esto: lo que hacemos importa más de lo que vemos. Somos los guardianes de un umbral por el que pasan, cada día, los futuros médicos, los futuros ingenieros, los futuros maestros y artistas y científicos de esta región. Nuestra tarea es recibirlos bien, orientarlos con paciencia, ponerles en las manos los recursos que necesitan para llegar a donde van. No siempre

sabremos adónde llegaron. Pero a veces, si tenemos suerte, la vida nos lo muestra.

Yo tuve esa suerte. Y ahora, aunque, despacio, camino sin dolor gracias a las manos de dos jóvenes a quienes ayudé a encontrar sus primeros libros, no puedo sino estar agradecido: con ellas, con este trabajo, con la biblioteca que me dio un lugar en el mundo, y con esta ciudad hidrocálida que sigue siendo, libro a libro y estudiante a estudiante, una ciudad que cree en lo que sus hijos pueden llegar a ser.

Lo que se siembra con amor, nunca se pierde.

Vida y caminar entre estantes

Alejandro Marín Acuña
Asistente de Desarrollo de Habilidades Informativas

"Una biblioteca no es un conjunto de libros leídos, sino una compañía, un refugio y un proyecto de vida." Arturo Pérez-Reverte

Contaba con la edad de alrededor de 19 años cuando al estar iniciando el primer semestre de mi carrera universitaria en la UAA, comencé en la búsqueda de un trabajo más formal para pagar mis estudios y dentro de mi búsqueda visité todos los centros de estudios entregando en cada uno de ellos mi muy sencillo CV. Por supuesto no podía faltar entregarlo a la misma oficina de RH de la institución.

Honestamente no tenía grandes esperanzas de ingresar a trabajar en esta hermosa casa de estudios y dentro de la falta de esperanza, recibí una llamada de la oficina de RH donde la encargada en ese momento muy amablemente me informó que había una vacante en el Departamento de Información Bibliográfica, es decir la Biblioteca de la UAA. Atentamente le agradecí a la encargada su atención, pero dentro de mí pensé, -no tengo ninguna experiencia en libros ni en bibliotecas-, era caso perdido en mi mente.

Así fue que regresé al salón de clases algo desanimado y en mi regreso pasé justo a un costado de la biblioteca, caminando prácticamente entre una de sus entradas principales y el jardín de las generaciones, en ese momento un pensamiento que considero de origen divino, me animó a ir y presentarme, como si algo especial hubiera sido preparado para mí, como si existiera un propósito especial prediseñado para que se gestara en ese momento.

Fue así como tomé ánimo y entré a esa biblioteca para subir unos escalones hacia la oficina de la encargada del sistema bibliotecario universitario en ese momento. Entonces al entrar vi un rostro un tanto recio y serio que quizás por unos segundos me hizo dudar de presentarme o

no, pero al final me presenté y al escuchar su voz también escuché una voz, segura y firme sin titubeos que me decía en volumen alto, -buenas tardes, en qué le puedo servir-, lo cual me hizo una vez dudar por unos segundos, sin embargo, finalmente me presenté y le comenté el motivo de mi visita.

Ese rostro recio y serio de voz segura y firme, me escuchó atentamente sin interrupciones cuando le comenté que estaba ahí por la vacante y que honestamente, yo no contaba con la experiencia requerida, pero sí con todo el ánimo, emoción y necesidad de trabajar para continuar con mis estudios y que estaba en toda la disposición de ponerme a sus órdenes y aprender para hacer un buen trabajo.

En ese momento después de escucharme muy atentamente con ese rostro recio y serio, me contestó con esa voz segura, firme y de alto volumen, -Eso es lo que necesito para este empleo, una persona que trabaje con ánimo y que sepa darles una sonrisa a los usuarios- Esa respuesta me llenó de entusiasmo al mismo tiempo que de gratitud la cual expresé en ese mismo momento, gratitud que fue contestada con una hermosa sonrisa que cambió el rostro recio y serio de quien sería mi jefa por varios años, la muy querida, admirada y apreciada, no solo por mí, sino por muchos compañeros, Contadora Irma Graciela de León Muñoz.

Es importante mencionar que a partir de esa misma semana hace 27 años, comencé a ser parte del sistema bibliotecario de la UAA y como menciona el periodista y escritor Arturo Pérez-Reverte "Una biblioteca no es un conjunto de libros leídos, sino una compañía, un refugio y un proyecto de vida", así mismo la biblioteca de la UAA ha sido una parte de eso en mi vida. Un testigo e impulsador de mi desarrollo como estudiante universitario y como profesionista y administrativo dentro de esta casa de estudios.

Ha sido un lugar donde no solo he podido acomodar libros, sino que he tenido la oportunidad de acomodar andamiajes de conocimientos, un lugar donde no solo he podido conocer y enriquecerme con la relevancia de la bibliotecología dentro de la ciencia, sino también con el tesoro de grandes amigos que han sido parte de mi caminar entre los estantes de los pasillos bibliotecarios por años. Un lugar que de manera literal se ha convertido en testigo de muchos viajes enriquecedores donde

los propulsores han sido los saberes de la gestión de los libros. Un lugar que se convirtió en marco de momentos únicos y especiales como el conocer y tener la primera charla con mi maravillosa compañera de vida en medio de los saberes y contenidos digitales de la bibliotecología virtual.

Es importante mencionar que, al mismo tiempo, como muchas cosas en la vida, el caminar en esta biblioteca ha sido parte de amargos sinsabores al no ver, bajo mi perspectiva, el apoyo, avance y desarrollo que una biblioteca tan maravillosa pudiera tener hoy en día. Es decir, lo aún más maravillosa que podría ser con unos cuantos empujones de arriba.

Hoy en día y después de escribir esto me pregunto, ¿qué hubiera pasado o cuál sería la historia de estos 27 años si no hubiera hecho caso a esa voz celestial, cuando me encontraba caminando de regreso de RH hacia mi salón de clases entre la puerta principal y el jardín de las generaciones? Creo que definitivamente la historia hubiera sido muy diferente.

Hoy en día doy gracias a Dios por haberme animado a subir esos escalones y entrar a esa oficina para iniciar mi caminar dentro de la biblioteca universitaria y tener la bendición de ser parte con muchos otros de por lo menos 27 años de historia de los 50 que en el 2026 cumple nuestra querida biblioteca universitaria.

Doy gracias a Dios, gracias Sra. Irma, gracias Biblioteca de la UAA.



Una visita guiada voluntariamente a fuerzas

Jesús Angelo Guzmán Mondragón
Encargado de Biblioteca Central Turno Vespertino

Alo Aguascalientes he vivido muchas experiencias que me han dejado enseñanzas, recuerdos y anécdotas que conservo con aprecio. Sin embargo, hay una en particular que recuerdo con especial cariño porque representó uno de mis primeros retos dentro de la institución.

Había transcurrido aproximadamente un año desde que ingresé a trabajar como bibliotecario. En aquel tiempo todavía me encontraba aprendiendo muchas de las actividades propias del puesto y adquiriendo la confianza necesaria para desempeñarlas. Entre las responsabilidades que comenzaban a asignarse a quienes ya teníamos cierto tiempo laborando se encontraba la realización de visitas guiadas para grupos de estudiantes que acudían a conocer las instalaciones y los servicios de la biblioteca.

Recuerdo que un día estaba programada una visita para un grupo de preparatoria. El encargado de atender este tipo de actividades era el licenciado Alejandro Quiroz, quien contaba con amplia experiencia y facilidad para dirigirse a grupos numerosos. Sin embargo, ese día surgió un imprevisto y tuvo que ausentarse. Antes de salir, me informó que yo sería el responsable de conducir la visita.

Debo admitir que la noticia me tomó por sorpresa. Aunque conocía perfectamente las instalaciones, los servicios y el funcionamiento de la biblioteca, hablar frente a un grupo grande no era precisamente una de mis fortalezas. Siempre he sido una persona algo tímida y, en ese momento, la idea de estar al frente de varios estudiantes explicando cada área de la biblioteca me generó bastante nerviosismo.

Como medida de apoyo, Alejandro dejó al compañero bibliotecario Gerardo Dávila para que observara el recorrido y pudiera orientarme en caso de que fuera necesario. Saber que alguien con más experiencia

estaría presente me dio algo de tranquilidad, aunque también sentía cierta presión al saber que mi desempeño sería evaluado.

Cuando llegó el grupo de preparatoria, respiré profundamente y comencé la visita. Poco a poco fui explicando las diferentes áreas de la biblioteca, los servicios de préstamo, las salas de lectura, los recursos de consulta y las normas de uso. Al principio mi voz reflejaba los nervios que sentía, pero conforme avanzaba el recorrido fui ganando confianza. Los estudiantes se mostraron atentos y participaron con algunas preguntas, lo que ayudó a que el ambiente fuera más relajado.

Al finalizar el recorrido sentí un gran alivio. Había logrado completar la visita sin contratiempos y, aunque sabía que no había sido una presentación perfecta, también tenía la satisfacción de haber enfrentado un desafío que inicialmente me intimidaba.

Más tarde regresó Alejandro Quiroz y preguntó a Gerardo cómo había resultado la visita. Recuerdo perfectamente la respuesta porque nos hizo reír a todos. Gerardo comentó algo así como: "Pues estuvo más o menos, le pongo un ocho de calificación". Aquella evaluación informal provocó algunas bromas y comentarios entre nosotros. Después de todo, había sido una experiencia que asumí prácticamente "voluntariamente a fuerzas", ya que no estaba en mis planes dirigir la visita ese día, pero las circunstancias me llevaron a hacerlo.

Con el paso de los años he participado en muchas otras actividades dentro de la biblioteca y he adquirido mayor experiencia y seguridad en mi trabajo. Sin embargo, esa primera visita guiada permanece en mi memoria porque me enseñó que, en ocasiones, el crecimiento profesional surge precisamente cuando debemos enfrentar situaciones que nos sacan de nuestra zona de confort. También recuerdo con aprecio el apoyo de mis compañeros y el ambiente de compañerismo que siempre ha caracterizado nuestro lugar de trabajo.

Hoy, al mirar hacia atrás después de dos décadas de servicio en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, puedo decir que aquella visita guiada fue una pequeña prueba que me ayudó a desarrollar confianza en mí mismo y que, además, me dejó una anécdota que todavía recuerdo con una sonrisa.

Uno de los primeros bibliotecarios de la Posta

Rafael Alejandro Casillas Peñuelas
Profesor Investigador Centro de Ciencias Agropecuarias

Enrique de Jesús Blanco Díaz López
Egresado

Como está inscrito en la historia de nuestro Estado, la educación agropecuaria ha favorecido constantemente su economía y su cultura; ya que, desde sus inicios en 1867, la estrategia para favorecer nuestro entorno ha sido cuidar y procurar el desarrollo de lo más preciado que tiene nuestra sociedad para lograr un futuro promisorio: a nuestros jóvenes.

Como fue el caso de nuestra originaria Escuela de Agricultura, no ha sido casualidad que muchas instituciones educativas en el mundo tomaran el modelo agrícola como paradigma para desarrollar y avanzar hacia un modelo de universidad sólida y visionaria. El Centro de Ciencias Agropecuarias se creó hace casi 54 años como reflejo de ese espíritu de progreso.

Este Centro se integra por una comunidad participativa, proactiva y comprometida con el desarrollo armónico e integral de nuestra Universidad Autónoma de Aguascalientes. La comunidad siempre ha tenido claridad en sus propósitos; por eso es por lo que no fue casualidad que los primeros programas educativos acreditados de la UAA fueron los de nuestro Centro, logrados de manera simultánea hace ya algunos años; luego, este entorno se completó con las posteriores acreditaciones de nuestros programas educativos de posgrado.

A la fecha el Centro de Ciencias Agropecuarias ha formado más de 74 generaciones de Médicos Veterinarios Zootecnistas, más de 38 generaciones de Ingenieros Agroindustriales, hoy Ingeniero en Alimentos, y más de 44 generaciones de Ingenieros Agrónomos, que de manera decidida han contribuido al desarrollo de nuestra región; refrendando

así el propósito manifiesto y perenne de nuestro Centro de procurar el desarrollo de nuestros jóvenes.

Nuestro Centro se ubica fuera de las instalaciones centrales de la UAA, en el Municipio de Jesús María, situado al norte de la Ciudad de Aguascalientes. Actualmente cuenta con un poco más de 230 ha en las que se ubica una zona de aulas y laboratorios; una zona conocida coloquialmente como La Posta; la cual contiene tres áreas, denominadas Agrícola, Pecuaria y Talleres de Alimentos, además, desde hace 14 años aproximadamente, se integra al actual complejo un Área Natural Protegida de 100 ha denominada Arroyo Seco. Cuenta también con dos Hospitales Veterinarios de pequeñas y de grandes especies.

Con todo lo anterior, los alumnos, la planta académica y el personal administrativo se ligan indisolublemente a los compromisos institucionales para fortalecer la docencia, la investigación, la vinculación y la difusión de la cultura en beneficio del estado y de la patria. En ese sentido y haciendo un homenaje a nuestros antecesores quiero recordar un espacio especial, nuestra biblioteca, que desde sus inicios y yo recuerdo la famosa Lidia, bibliotecaria que duró mucho tiempo en nuestras instalaciones, pero antes de ella estuvo uno de los primeros bibliotecarios: Enrique Blanco, joven estudiante de la UAA. Quien nos compartió su testimonio para esta publicación:

"Fue en el periodo del Dr. Delgado (inicios de los 80s) me tocó estar por la tarde pues estudiaba por la mañana, salía de clases y me iba al turno de la tarde, las dimensiones eran las de dos salones, el número de libros no era tan grande, el encargado hacia todo:

Dar información, ordenar los libros (me tocó clasificar libros nuevos en los ficheros) dar seguimiento a los préstamos, sacar copias y algo de papelería.

También rolaba en la biblioteca central a compañeros que pedían permiso y/o incapacidades.

Me tocó también recibir estantería nueva y clasificar los libros que estarían en ellas por lo que el Dr. Delgado me dio consejos cómo sería la mejor ubicación, ese acercamiento me permitió conocer al estupendo Dr. Delgado. Recuerdo que al salir nos permitía subir en su camioneta

Pickup (yo con todo y bicicleta) a estudiantes y trabajadores para regresar ya de noche a Ags.

Fue así como me tocó participar en el inicio de la biblioteca. En la época de la Sra. Irma de León quien fue jefa de la biblioteca durante muchos años.

La razón de trabajar en la UAA fue el estar becado y pagar la Licenciatura en Optometría, carrera que me aportó demasiado, lo comento ya que estoy muy agradecido por ese y otros trabajos que desempeñé en la UAA, sin embargo, le tengo especial aprecio a ese trabajo en la biblioteca porque es muy agradable ser parte del inicio de esa biblioteca que seguro fue parte del éxito de tanto profesional formado en la Posta.

¡Buenos recuerdos!

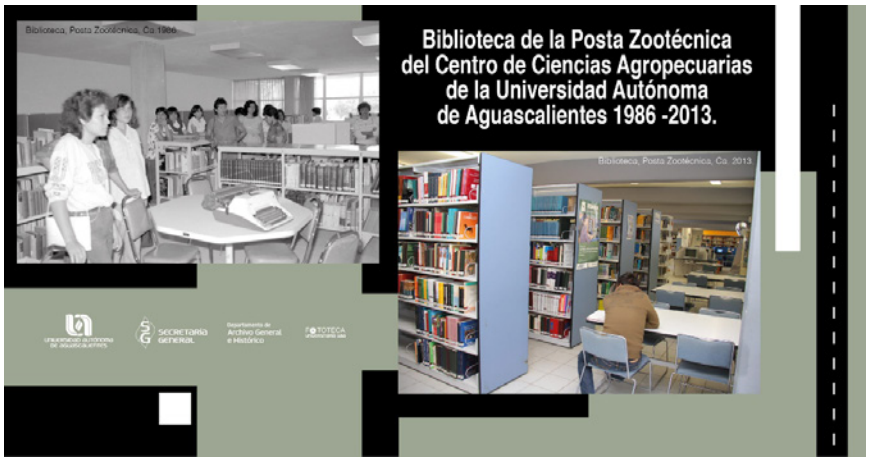


Imagen 1. Imagen de la Biblioteca Posta Zootécnica, Consultada en julio del 2026 en: https://archivo.uaa.mx/transformacion-en-imagenes/



Imagen 2. Fuentes documentales.

Imagen 2. Fototeca Universitaria consultada en julio del 2026. Imagen 034.968.09 en: https://fototecauniversitaria.uaa.mx/index.php/Lic-Efr-n-Gonz-lez-Cu-llar/0034-0968-La-posta/034-968-09

¡O todos coludos, o todos rabones!

LMMC. Jorge Humberto Varela Ruiz
(Bibliotecario de orientación y circulación de 1989 a 1992)

Tenía muy poco tiempo de haber ingresado a trabajar a la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, cuando un día llegó con nosotros, al área de préstamo de libros, la Sra. Irma Graciela de León de Muñoz (Así se le conocía en ese entonces a la directora del Centro de Información Bibliográfica, pues aún no terminaba su carrera de Contador Público y por otro lado, la mujer casada todavía se presentaba con el apellido del esposo. Por eso era "de Muñoz").

La directora se acercó a Juan Carlos Martínez y a mí y, con toda la autoridad que le daba su rango, nos dio la orden expresa de revisar los archivos para ver quién tenía adeudos de libros con la biblioteca y calcular el monto de la multa que tenían que pagar. En ningún momento nos hizo la aclaración de hacer alguna excepción o consideración a nadie. A todos los deudores se les enviaría una carta solicitándoles los libros y el pago correspondiente de la multa.

Con una actitud casi religiosa mi compañero y yo nos pusimos a trabajar. Mientras yo hacía la relación de libros y calculaba la multa en base a los días de retraso en la entrega, Juan Carlos redactaba las cartas que tenían que enviarse a los usuarios.

Entre los maestros que aparecían con más adeudo de libros aparecían nombres como Humberto Martínez de León, Alfonso Pérez Romo, Efrén González Cuéllar, Jorge Pío Monsiváis Santoyo, Gonzalo González Hernández, Bonifacio Barba Casillas, Felipe Martínez Rizo, Juan José Martínez Guerra… es decir: el rector, exrectores, directores generales, decanos, jefes de departamento, etc.

Las cartas fueron enviadas a sus diversos destinos, así como había sido la voluntad de la jefa.

Como a la semana, la señora Irma bajó con nosotros visiblemente molesta y comenzó a regañarnos. Algunas de las personas que habían recibido la carta se habían comunicado con ella para quejarse del requerimiento. Incluso uno de ellos había dicho que ¿cómo era posible que la universidad le cobrara, cuando a él la institución le debía mucho más?

Nos dijo:

—¡Ellos son personas muy importantes dentro de la universidad y tienen los libros a consignación en sus oficinas! ¡No se les puede cobrar a ninguno!-.

¡Juan Carlos y yo estábamos muy angustiados! ¡De seguro nos iban a correr!

Carlos Rafael Domínguez Rodríguez, que era nuestro jefe inmediato, había estado escuchando el regaño y decidió intervenir. Le dijo a la jefa:

—¡Señora! Ellos solamente obedecieron órdenes suyas. No tenían el criterio ni la autoridad para determinar a quiénes cobrarles o a quiénes no. ¡O todos coludos o todos rabones! Y en todo caso, ¡fue usted quien ordenó que se les cobrara!-.

La directora se quedó por un momento pensativa, y en seguida nos dijo:

—¡Está bien!-.

Y pasándonos un grupo de boletas de préstamo que traía en las manos nos dijo:

—¡Amplíen el plazo de la entrega de estos libros por un semestre más! Luego iremos con cada uno de los maestros para hacer un inventario y verificar que todos estos libros se encuentren ahí-.

Como bien dice el dicho: “El que obedece nunca se equivoca”.

La biblioteca: un refugio entre libros y personas

Dr. House. Anónimo

Cuando pienso en la biblioteca de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, no recuerdo únicamente sus estantes llenos de libros. Lo primero que viene a mi memoria son las personas.

Durante mis años como estudiante de Medicina, las oficinas del programa de venta de libros de la OPS-OMS se encontraban en la planta alta de la Biblioteca Central. Cada inicio de semestre era casi un ritual: largas filas para preguntar si ya habían llegado los libros que necesitábamos y cuánto costaban. Para muchos de nosotros era la única oportunidad de adquirir material especializado a un precio accesible.

Recuerdo pasar horas formado, a veces desayunando un pan con café mientras esperaba mi turno. Éramos estudiantes con muchos sueños y pocos recursos. La carrera de Medicina es exigente, pero también representa un gran esfuerzo económico. En más de una ocasión, ese café con pan fue todo lo que alcanzó para el día.

También recuerdo los exhibidores de la Biblioteca Norte, donde anunciaban la llegada de nuevos libros. En cuanto aparecía un título importante, corríamos para verlo, hacer cuentas y buscar la manera de reunir el dinero para comprarlo o solicitarlo en préstamo.

La biblioteca fue nuestra mejor aliada. Gracias a sus ejemplares pudimos estudiar, preparar exámenes y seguir adelante. Había libros tan indispensables que, cuando uno lograba conseguirlos, otro compañero esperaba listo para solicitarlos en cuanto fueran devueltos. Aprendimos a compartirlos, a organizarnos y a ayudarnos entre nosotros para que ninguno se quedara sin estudiar. Incluso los sábados, cuando era posible llevarnos algunos libros de franja roja para devolverlos el lunes, sentíamos que nos regalaban un poco más de tiempo para aprender.

Pero lo que más marcó mi vida ocurrió un día en el módulo de venta de libros de la OPS-OMS.

Estábamos reuniendo monedas y billetes para completar el costo de un libro. Contábamos peso por peso. Sabía que aún nos faltaba dinero. Sin embargo, la señora que atendía el módulo, una mujer de apariencia seria y carácter firme, tomó el dinero, hizo el recibo y me entregó el libro. Después, discretamente, me regaló unas galletas.

Quise agradecerle y decirle que sabía lo que había hecho, pero ella simplemente sonrió y me dijo:

—Ándale, porque hay mucha gente esperando.

Nunca mencionó que faltaba dinero. Nunca esperó un agradecimiento.

Tal vez para ella fue un gesto pequeño, pero para mí significó mucho más que unas monedas o unas galletas. Ese día entendí que la biblioteca no solo prestaba libros; también ofrecía humanidad.

Con el paso de los semestres conocimos a muchos bibliotecarios que dejaron de ser únicamente el personal de la biblioteca y se convirtieron en personas cercanas. Más de una vez llegamos estresados, agotados o incluso al borde del llanto buscando un libro indispensable para un examen, y encontramos una palabra amable, una sonrisa o un poco de tranquilidad.

En ocasiones, el cansancio era tan grande que terminábamos durmiendo unos minutos en los cubículos de estudio. Si el espacio no estaba ocupado, nadie nos molestaba. Parecía que todos entendían que detrás de esos estudiantes había noches enteras de estudio, guardias, preocupaciones y el deseo de convertirse en buenos médicos.

Con el tiempo comprendí que la biblioteca nunca fue solamente un edificio lleno de libros.

Fue un refugio.

Fue el lugar donde encontramos conocimiento, pero también comprensión; donde aprendimos que la solidaridad puede manifestarse en un préstamo, en una oportunidad más para estudiar, en unas palabras de aliento o incluso en unas sencillas galletas entregadas con discreción.

Hoy, al recordar aquellos años, sé que gran parte de mi formación profesional también se construyó entre esos pasillos, gracias a personas

que entendieron que detrás de cada estudiante había una historia y un sueño por cumplir.

Por eso, cuando pienso en la biblioteca, no pienso únicamente en bibliotecarios.

Pienso en personas de buen corazón que, sin saberlo, ayudaron a formar al médico que soy hoy.

Capítulo 2.

Amistades, afectos y amores nacidos en las bibliotecas

El inicio de una historia

L. I. José Isaac de la Rosa Díaz

Desde que era pequeño, muchas veces veía pasar a los estudiantes con sus mochilas y a algunos de ellos cargando sus libros entre los brazos. Siempre me llamaron la atención los estudiantes de la UAA, y desde niño soñaba con convertirme algún día en uno de ellos y formar parte de esta máxima casa de estudios de Aguascalientes.

Los libros no solo son una fuente de información que nos enriquece al leerlos, hojearlos o incluso deleitarnos con sus imágenes, tipografías, diseños y fotografías. También se convierten en amigos y compañeros a lo largo de toda nuestra estancia universitaria. Cuando ingresé a la universidad, al principio no me animaba a entrar a la biblioteca porque me sentía muy pequeño ante aquel enorme edificio, rodeado de estantes, libros, alumnos, mesas y grupos de estudiantes que se reunían para investigar o realizar sus tareas.

Con el paso del tiempo fui adquiriendo confianza y seguridad para acudir a la biblioteca. Incluso llegó a convertirse en mi segunda

casa durante varios semestres, ya que tenía que asistir por las mañanas a recursar algunas materias y regresar a casa para después volver a clases. Ese trayecto resultaba muy pesado, así que decidí permanecer en la biblioteca durante ese tiempo para adelantar tareas y estudiar antes de entrar a clase.

En los últimos dos años de la carrera conocí a una persona muy especial que, en ese entonces, comenzó a trabajar en el Departamento de Información Bibliográfica. Con ella aprendí muchas cosas sobre la biblioteca. A veces me acompañaba, y en otras ocasiones yo la acompañaba cuando necesitábamos localizar algún libro que los profesores nos pedían para un trabajo urgente o complejo.

Recuerdo que con frecuencia sacábamos libros para fotocopiarlos. También, cuando alguno de nuestros compañeros necesitaba información, ella siempre los orientaba y les indicaba dónde podían encontrarla. Al igual que ella, todo el personal de la biblioteca estaba siempre dispuesto a resolver las dudas de los estudiantes.

Recuerdo especialmente una ocasión, afuera del edificio 55, cuando recién se había convertido en una extensión de la biblioteca. Ella me contó la historia de la contadora Irma Graciela de León de Muñoz, quien ha sido un ejemplo de superación, trabajo y dedicación para lograr que la biblioteca llegara a ser lo que es hoy en día.

La biblioteca, los libros y ella se ganaron un lugar muy especial en mi corazón. Siempre los recuerdo con un profundo cariño, porque cada uno dejó una huella muy significativa en mi vida. Su ayuda, su orientación, las pláticas que compartíamos y sus palabras cuando me miraba a los ojos permanecen para siempre en mi memoria.

Hoy solo me queda agradecer profundamente por todos esos años que viví en la UAA y a la biblioteca por brindarme herramientas que sigo poniendo en práctica y desarrollando día con día. Y a ella, por enseñarme, con su ejemplo y sus palabras, a ser una mejor persona cada día.

La impresión que tuve de la biblioteca

Mario
Egresado de Lic. en Mercadotecnia

Mis comienzos como estudiante universitario no fueron precisamente los mejores. Mis calificaciones lo reflejaban y, aunque sabía que debía esforzarme más, en ese momento no tenía la disciplina ni la disposición necesarias para estudiar.

Me había integrado a un grupo de compañeros a quienes les encantaba salir de fiesta, desvelarse y llegar tarde a clases. Después de una noche sin dormir bien —y, en algunas ocasiones, de haber tomado algo—, todo se veía diferente. Era difícil concentrarse, comprender los temas y cumplir con las responsabilidades académicas. Con ese ritmo de vida, las cosas no parecían tener posibilidades de mejorar.

Llegaron los primeros exámenes parciales y, con ellos, la entrega de calificaciones. Los resultados fueron fatales. Mis padres confiaban en que yo correspondería con buenas notas al esfuerzo que estaban haciendo para que pudiera estudiar. Al ver mis resultados, sentí que los había decepcionado, pero también me decepcioné profundamente de mí mismo.

La situación me afectó tanto que incluso llegué a pensar en abandonar la carrera. Creía que quizá estudiar no era para mí y que no sería capaz de recuperar el camino.

En aquel tiempo pensaba que la mejor manera de hacer amigos y sentirme aceptado era pertenecer a determinado grupo. Me preocupaba más por convivir y estar dentro de cierto ambiente que por aprovechar la oportunidad de estudiar. Sin embargo, una tarde ocurrió algo que cambiaría no solamente mi desempeño académico, sino también mi vida.

Al salir de clases me encontré con Cony. Ella siempre terminaba sus actividades y permanecía en la Universidad durante algunas horas.

Yo no sabía por qué lo hacía y, hasta ese momento, nunca me había detenido a preguntárselo.

Aquel día yo llevaba prisa, pero me detuve a saludarla.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Bien —respondió mientras asentía con la cabeza.

La curiosidad me ganó y le pregunté:

—Oye, ¿a dónde vas cada vez que sales de clases?

Ella me respondió con naturalidad:

—Voy a la biblioteca. Necesito sacar un libro y revisar los temas que dejó el maestro de Estadística. Vamos, acompáñame.

Acepté su invitación, aunque debo reconocer que nunca había entrado a la Biblioteca de la Universidad. Al llegar, me quedé asombrado. Todo era nuevo para mí: los espacios, los estantes llenos de libros, las mesas de estudio y aquel ambiente de tranquilidad.

También me sorprendió observar la facilidad con la que Cony se desenvolvía dentro de la biblioteca. Conocía al personal e incluso sabía en qué áreas se encontraban los libros que necesitábamos para estudiar. Parecía sentirse completamente familiarizada con el lugar.

Intrigado, le pregunté:

—¿Cómo sabes dónde encontrar todo?

Ella me explicó que en el programa de la materia se indicaban los temas que debíamos estudiar. Después me llevó hasta una de las computadoras que se encontraba en la entrada.

—Este es el catálogo —me dijo.

Con mucha paciencia, me enseñó cómo buscar un libro, localizar a un autor y consultar información sobre un tema específico. Todo aquello me pareció sumamente interesante. Como nunca había entrado a la biblioteca universitaria, desconocía la cantidad de recursos que estaban a nuestra disposición y lo sencillo que podía ser encontrarlos cuando alguien nos orientaba.

Ese mismo día llamó mi atención un libro y decidí solicitarlo en préstamo. También era la primera vez que sacaba un libro de una biblioteca. Hasta entonces, nunca había desarrollado la disciplina de dedicar tiempo al estudio ni de buscar por mi cuenta la información que necesitaba.

Me quedé un rato con Cony. Nos sentamos a estudiar precisamente el tema que el profesor había explicado ese día. Poco a poco comencé a comprender aquello que antes me parecía complicado. Por primera vez sentí que, con esfuerzo y dedicación, sí podía mejorar.

A partir de aquella tarde comencé a reunirme con ella con mayor frecuencia. Íbamos juntos a la biblioteca, buscábamos libros, repasábamos los temas y preparábamos los exámenes. Con el tiempo, nuestra amistad se hizo más cercana. Empezamos a comer juntos, yo conocí a su familia y ella conoció a la mía.

Mientras se acercaban los segundos exámenes parciales, yo seguía sintiéndome inseguro. No sabía si todo el esfuerzo que había realizado sería suficiente para mejorar mis resultados. Cony siempre trataba de tranquilizarme.

—Te va a ir bien —me decía—. Estudiamos todo lo que venía en el programa. No te preocupes.

Cuando entregaron las calificaciones del segundo parcial, comprobé que tenía razón. Me había ido muy bien. Aquellos resultados me devolvieron la confianza y me demostraron que sí era capaz de continuar con mis estudios. Comprendí que no se trataba de falta de capacidad, sino de encontrar disciplina, motivación y una buena compañía.

Desde entonces, la biblioteca se convirtió en un espacio importante para mí.

Con esfuerzo logré terminar mi carrera. Sin embargo, el regalo más grande que recibí comenzó aquella tarde en la que entré por primera vez a la Biblioteca de la Universidad.

La joven que me invitó a acompañarla, que me enseñó a utilizar el catálogo, que estudió conmigo y me animó cuando yo dudaba de mis capacidades, es actualmente mi esposa.

Por eso conservo un recuerdo tan especial de la Biblioteca Universitaria. No solamente fue el lugar donde encontré los libros y los conocimientos que necesitaba para terminar mi carrera. También fue el espacio donde comenzó una historia de amistad, apoyo y amor que ha permanecido a lo largo de los años.

Aquella primera visita cambió el rumbo de mis estudios y de mi vida. Cuando recuerdo la biblioteca, pienso en los libros, en las tardes de estudio y en las calificaciones que finalmente logré mejorar, pero, sobre todo, recuerdo el día en que Cony me tomó de la mano, sin saberlo, y me condujo hacia un futuro diferente.

Los pequeños visitantes de la Biblioteca Central

Alfonso
Egresado de Lic. en Historia

La Universidad Autónoma de Aguascalientes alberga una gran diversidad de fauna silvestre. Por su cercanía con espacios naturales, es frecuente encontrar en sus alrededores ardillas, tlacuaches, serpientes, gatos, perros y una gran variedad de aves. De vez en cuando, alguno de estos animales atraviesa los jardines o se asoma cerca de los edificios, recordándonos que compartimos este lugar con muchas otras formas de vida.

Entre todos esos visitantes, hay unos que se han ganado de manera especial el cariño de la comunidad universitaria: los mapaches.

Desde hace algunos años, estos simpáticos animales comenzaron a recorrer los techos de la Biblioteca Central. En ocasiones podíamos ver a los adultos caminar cuidadosamente por las alturas y, detrás de ellos, a sus pequeñas crías intentando seguirles el paso. Su presencia nos provocaba ternura, pero también un poco de temor, al tratarse de animales silvestres, podían ser agresivos.

En algún momento, siguiendo su instinto explorador, descendieron por los ductos y aparecieron entre los estantes. De pronto, aquel lugar destinado a resguardar libros recibió a unos visitantes completamente inesperados. Ahí estaban, entre las colecciones bibliográficas, observándonos con sus grandes ojos y su característico antifaz negro.

Parecían pequeños delincuentes sorprendidos en plena travesura.

La noticia se extendió rápidamente. El personal de servicios se acercaba con cautela, los usuarios intentaban observarlos sin asustarlos y las fotografías comenzaron a circular en nuestras redes sociales. La escena causó tanta emoción que las imágenes se convirtieron en algunas de las publicaciones más vistas y comentadas de la biblioteca.

Muchas personas expresaban que querían adoptarlos. Era difícil no encariñarse con ellos, y todos estaban preocupados por su destino final.

El personal de protección civil de la Universidad solicitó el apoyo de la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente, PROFEPA. Su personal acudió para realizar el manejo y rescate de los pequeños visitantes. Finalmente, fueron resguardadas dos crías, que posteriormente pudieron ser liberadas en su hábitat natural.

Con el paso del tiempo, el mapache se ha convertido en una figura entrañable y representativa de la Biblioteca Central.

¿Por qué el ser humano necesita formar parte de una comunidad?

R. Gerardo Hernández Arellano

La pregunta me ha dado vueltas desde septiembre. Tal vez porque uno nunca termina de entender que la vida se sostiene en los demás. Creemos que caminamos solos, que las decisiones son nuestras y que cada quien libra sus propias batallas. Pero basta que alguien falte para descubrir que muchas de nuestras certezas también se fueron con esa persona.

Pienso en Cristóbal, o, mejor dicho, pienso en Cris; aunque, si soy honesto, casi siempre termino llamándolo como lo hice durante tantos años: mi Carnal, mi buen amigo Súper.

Lo curioso es que, si hago memoria, creo que lo conocí hace más de cuarenta años. Hay una fotografía donde aparecemos juntos en la fiesta de cumpleaños de una niña. Estamos ahí, compartiendo el mismo espacio, pero no el mismo recuerdo. Si alguien me preguntara qué pensé de él aquella tarde, tendría que responder con honestidad que no lo sé. Es como si nuestras vidas se hubieran saludado de lejos y después cada una hubiera seguido su camino.

Muchos años más tarde nos reencontramos en la Biblioteca Central. Ya éramos empleados universitarios y tampoco imaginé que ese hombre terminaría convirtiéndose en uno de mis amigos más cercanos. Hay personas con las que uno hace amistad lentamente. Con Cris fue distinto. Me cayó bien desde el principio. Después entendí que esa era una de sus virtudes: tenía la extraña facilidad de hacer sentir cómodos a los demás.

Antes de volver a coincidir en el trabajo ya lo había visto una vez más, aunque él nunca lo supo. Fue en la televisión local. Transmitían un partido de tochito bandera y los narradores no hablaban de Cristóbal. Hablaban del "Súper". Yo veía a ese güero chapeteado correr por el campo con una agilidad que parecía burlarse de su propia complexión.

Había algo en esa manera de jugar que decía mucho de él. Competía, sí, pero nunca dejaba de divertirse. La picardía también sabía correr.

Años después fui yo quien terminó vistiendo el uniforme de los Cardenales porque él insistió en invitarme. Salimos campeones en nuestra segunda temporada. Puede parecer un logro insignificante para quien colecciona trofeos, pero para mí sigue siendo el único campeonato deportivo de toda mi vida. Lo recuerdo porque detrás de aquel equipo había algo más importante que el deporte. Éramos amigos. Gente que se reunía para competir y, sobre todo, para pasarla bien. Esa también era una forma de entender la vida que tenía Cristóbal: ganar estaba bien; reír juntos era indispensable.

Con el tiempo nuestras conversaciones comenzaron a ocupar más espacio que los partidos. Hablábamos del basquetbol de la NBA de los noventa, de la lucha libre mexicana, de la música, de la adolescencia que creíamos haber dejado atrás y que, sin embargo, siempre encontraba la manera de regresar entre risas.

Después llegaron las pláticas sobre otras cosas.

Sobre el cuerpo y los estragos que los años van dejando en él.

—Ya soy hipertenso, Carnal.

—Me chingué la rodilla.

—Hoy desperté y al levantarme de la cama ya me dolía el cuello.

Entonces nos mirábamos como quien descubre una verdad inevitable.

—Ya valimos madre, mi Súper. Ya nos alcanzó el tiempo.

Él sonreía con esa mezcla de resignación y buen humor que lo acompañaba casi siempre.

—Pues a cuidarnos más, Carnal. Hay que hacer ejercicio y mejorar la alimentación... pero eso será mañana. Hoy vamos por unos tacos de higadito.

Y claro que íbamos.

Porque a veces la amistad también consiste en aplazar las buenas intenciones para compartir una comida que, con toda seguridad, el cardiólogo o el oncólogo habría desaprobado.

Súper tenía una forma muy sencilla de estar para los demás. Durante algunos años estuvo al frente de la biblioteca especializada en Medicina y Ciencias de la Salud. Ayudaba a los estudiantes con la naturalidad de quien nunca piensa que está haciendo algo extraordinario. Encontraba un libro, resolvía una duda, orientaba una búsqueda. Parecían gestos pequeños.

No lo eran.

Con los años, muchos de aquellos muchachos se convirtieron en médicos. Cuando lo reconocían, buscaban la manera de corresponderle. A veces era una consulta, una atención especial o simplemente un trato afectuoso.

La vida, pensé muchas veces, tiene una memoria mejor que la nuestra. Nunca olvida a quienes ayudan sin llevar la cuenta.

También caminamos muchas veces por el centro de la ciudad. No sabría decir si fueron decenas o cientos. Hablábamos de todo y de nada. Confesábamos miedos que quizá nunca les dijimos a nadie más. Había horas de cerveza, de silencios cómodos y de esas conversaciones que uno supone interminables hasta que descubre que ninguna plática está a salvo del tiempo.

Cuando llegó mi divorcio, Súper estuvo ahí. No necesitó dar grandes discursos.

Estuvo.

Con el paso de los meses comenzó a sospechar que mi vida volvería a compartirse con alguien más. Recuerdo que le decía a un amigo en común:

—Se me hace que ya lo perdimos, mi Pp.

Todavía puedo escucharlo.

Y todavía me hace sonreír.

Nunca tuve un hermano de sangre. De niño imaginaba lo que sería crecer con alguien a quien pudiera contarle todo lo que me pasaba. Alguien que también llegara a casa con historias para compartir.

La vida no me concedió ese hermano. En cambio, muchos años después decidió prestarme uno.

Eso fue Súper.

Digo prestarme porque ahora entiendo que así fue. Me lo prestó la vida. Por ratos. Por horas.

Por mañanas y tardes de biblioteca.

Por partidos de tochito.

Por caminatas.

Por llamadas telefónicas que a veces empezaban igual:

—Carnal... te tengo uno bueno.

Y entonces venía un chisme de biblioteca, un rumor o un arguende que hoy ya no recuerdo. Qué curioso. Olvidé todas las historias, pero no la forma en que empezaban.

Durante su misa de cuerpo presente no lloré.

Sonreí.

Sonreí porque vi a tanta gente reunida para despedirlo y comprendí que las personas como él no pertenecen solamente a su familia o a sus amigos. También pertenecen a la memoria de una comunidad. Durante años ayudó a generaciones de estudiantes. Muchos quizá ya no recuerden qué libro fueron a buscar aquella mañana, pero sí recuerdan a quien los recibió con amabilidad.

Desde que se fue sigo escuchando a Los Amigos Invisibles. No siempre. Sólo cuando necesito conversar con él sin hacer ruido.

Y a veces, cuando estoy solo en casa, salgo al patio, me recuesto sobre el pasto y pienso en alguna situación que me tiene dando vueltas y, sin proponérmelo, empiezo a imaginar qué me diría.

Casi siempre termina respondiéndome con la voz que recuerdo. Con alguna broma. Con algún comentario sarcástico. Con una frase que termina haciéndome reír, aunque ya no esté aquí para decirla.

Hay algo que también he pensado muchas veces desde que se fue. Nunca le dije de frente cuánto lo quería. Nunca nos abrazamos diciendo esas cosas que uno supone que los amigos ya saben. Éramos hijos

de una generación educada para demostrar el afecto de otras maneras. Entre nosotros bastaban las bromas, las invitaciones a comer, las llamadas para compartir un chisme o la simple costumbre de estar presentes.

Lo hacía casi con la sensación de estar cruzando una línea invisible, como si expresar el cariño entre dos amigos todavía necesitara una fecha especial para parecer aceptable. Cosas de nuestra generación. Cosas de esa absurda idea de que había que escoger entre ser hombres o ser payasos.

Hoy pienso que nos faltaron menos reservas y más palabras. Aunque también sé que, de alguna manera, Súper siempre supo cuánto significó para mí.

Hay herencias que no caben en un testamento.

Se quedan viviendo en la memoria de los otros.

Hace poco descubrí que sí tengo un arrepentimiento. Durante años pensé que no.

Pero sí.

Apenas conservo tres fotografías donde aparecemos juntos.

Tres.

Es muy poco para una amistad tan grande.

Luego vuelvo a pensarlo y quizá no sea tan grave.

Las fotografías sirven para recordar un instante.

La amistad, cuando es verdadera, aprende a vivir en otros lugares.

En una canción.

En una llamada que ya no sonará.

En unos tacos.

En un campeonato que para casi nadie significó nada y para mí lo significó todo.

En el pasto de mi casa.

Y en esa costumbre que todavía no pierdo de seguir llamándolo, aunque ya no pueda contestarme:

Carnal.

Mi historia en la Universidad: 21 años en la biblioteca

Armando Sánchez Martínez
Bibliotecario Jubilado

Hablar de mis 21 años de trabajo en la biblioteca de la universidad es recordar una de las etapas más importantes y enriquecedoras de mi vida. No solo fue el lugar donde desempeñé mi labor diaria, sino también un espacio que me permitió crecer como persona, aprender constantemente y conocer a cientos de estudiantes, maestros y compañeros que dejaron una huella muy especial en mi vida.

Desde el primer día fui recibido con la oportunidad de aprender cosas nuevas. Gracias a los cursos de capacitación que la universidad me brindó, pude adquirir conocimientos en informática y desarrollar habilidades que, con el paso del tiempo, fueron fundamentales para desempeñar mejor mi trabajo. Cada curso representó una oportunidad para superarme, mantenerme actualizado y ofrecer un mejor servicio a toda la comunidad universitaria.

La biblioteca siempre fue mucho más que un lugar lleno de libros. Para mí, fue un espacio de aprendizaje, convivencia y formación. Durante todos esos años tuve el privilegio de atender a miles de alumnos que acudían en busca de información para realizar sus tareas, investigaciones o simplemente para encontrar un lugar tranquilo donde estudiar. Con muchos de ellos nació una amistad basada en el respeto, la confianza y el trato cordial.

Uno de los mayores regalos que me dejó esta experiencia fue conocer a muchísimos estudiantes que, con esfuerzo y dedicación, lograron cumplir sus sueños profesionales. Hoy en día me llena de orgullo saber que muchos de ellos son excelentes médicos, ingenieros, maestros, abogados, contadores, arquitectos y profesionistas en distintas áreas. Lo más satisfactorio es que, cuando por casualidad nos encontramos en la calle, en hospitales, oficinas o cualquier otro lugar, me saludan con

mucho cariño y recuerdan con afecto el tiempo que compartimos en la biblioteca. Esos momentos me hacen sentir que mi trabajo dejó una pequeña huella en sus vidas y que el trato amable siempre será recordado.

También tuve la fortuna de trabajar con grandes jefes y excelentes compañeros, de quienes aprendí mucho tanto en lo profesional como en lo personal. Siempre agradeceré la confianza, el apoyo y las enseñanzas que recibí de cada uno de ellos. Gracias a su orientación pude enfrentar nuevos retos, mejorar cada día y desempeñar mis responsabilidades con compromiso y dedicación.

Durante estas dos décadas fui testigo de muchos cambios dentro de la universidad. Vi evolucionar la tecnología, los sistemas de consulta, las herramientas de trabajo y la forma en que los estudiantes accedían a la información. Me tocó vivir la transición de procesos tradicionales hacia sistemas digitales, lo cual representó nuevos desafíos y también nuevas oportunidades para seguir aprendiendo. Adaptarme a esos cambios fue una experiencia muy valiosa que fortaleció mi desarrollo profesional.

Sin embargo, más allá de los avances tecnológicos, lo que siempre dio sentido a mi trabajo fueron las personas. Cada alumno, profesor y compañero con quien conviví aportó algo importante a mi vida. Las conversaciones, las experiencias compartidas y los momentos cotidianos hicieron que cada jornada fuera diferente y especial.

Hoy, al mirar hacia atrás, me siento profundamente agradecido por todo lo vivido durante estos 21 años. Agradezco a la universidad por haberme brindado la oportunidad de formar parte de esta gran institución, por confiar en mi trabajo y por ofrecerme las herramientas necesarias para seguir creciendo. Agradezco también a todas las personas que conocí durante este tiempo, porque cada una contribuyó de alguna manera a mi historia.

Me llevo grandes recuerdos, valiosas enseñanzas y, sobre todo, la satisfacción de haber servido con dedicación, respeto y entusiasmo a varias generaciones de estudiantes. Saber que muchos aún me recuerdan con cariño es el mejor reconocimiento que puedo recibir y una muestra de que el trabajo realizado con vocación siempre deja una huella.

Después de 21 años, puedo decir con orgullo que la biblioteca fue mucho más que mi lugar de trabajo: fue mi segunda casa, un espacio donde aprendí, crecí, construí amistades y viví experiencias que conservaré para siempre en mi corazón.

Biblioteca Central

Edgar Girón
Licenciado en Letras Hispánicas

Hablamos por primera vez en la Biblioteca Central. Eran días de paranoia. Pero también preclaros, de cielo azul y procesiones. Tomo tu voz prestada, gigante ausente. Me la llevo a la sierra y le doy un revólver. La síntesis de ambos es una bala de alto calibre: nubosidad delictiva. O dialéctica. Éste no es tu nombre. Aún recuerdo la tarde que hablamos.

— Ulises de James Joyce es un mamotreto. Te dije.

Me pareció una afirmación lacerante. Un golpe que buscaría revancha, quizás en estas coplas. Quien no haya dejado su casa suspendida en el llanto de su madre, jamás comprendería la Feria de San Marcos con el Jesús en la boca. Cinco pétalos. Flores cardinales. Mosquitos que dan zika. Dengue menstrual. ¿Dónde estará tu madre? Y su embarazo de alto riesgo por la infección. La mujer que compartimos estudiaba en la escuela más fresa de la ciudad.

— A ella le gusta tu lengua, me dijiste.

Pero no quise. Tenía trabajo el lunes. Los turistas llegan hasta el mirador donde los interceptan los guías locales. Mañana tal vez haya tour. Los huicholes tomaron rumbo para su montaña sagrada, al Cerro del Quemado. Recuerdo que me diste un caldito que me regresó la vida. Enchiladas verdes en el Café Nuevo Mundo. En el noveno semestre de la carrera nos fuimos a Real de Catorce. Siempre voy a tener cuarenta. A los veintiún años fui a cortar peyote al desierto contigo. Siempre voy a tener treinta. Llegamos a San Tiburcio de madrugada. Eran días de paranoia. Te dije que llevaras tu guitarra. Ahí guardamos Hikurí. Regresamos a Wirikuta. Era tu primera vez.

Antes de empezar el primer semestre de la carrera, asistí al taller literario del Bachillerato de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Parecía un grupo de escritores profesionales. Ninguno, salvo la chica

sin talento, es Doctora en Letras ahora. La atropellaron. Los demás prodigios son amas de casa. A los veinte, un hombre de cuarenta y pico. El embeleso borrado por la nostalgia. Se truena una llanta en la carretera. Y mis amigos filósofos insultan la inteligencia. No tiene sentido. El tractor Ford sangrando. De plano. Lucy me contactó diez años después. Nos vimos una tarde en el Café del Codo y nos dimos los teléfonos. Habían transcurrido al menos cinco años. Forjé un porro y lo prendimos. Pero ella no sabía que cambiamos conciencias. Mi vida empezó a derrumbarse al día siguiente.

— ¿Qué sucedió entre tú y Edgar? Cambiaste mucho cuando regresaste. Había escuchado exactamente lo mismo de aquella boca. Había un cielo azul. El mismo. La novela es circular. Lloré el día de la graduación en casa de Julio. Es la misma historia. La tuya y la mía. En dos cuerpos. Con la misma pasión.

Me miraste intensamente, ojos de muñeca, un tanto muertos. ¿Cómo voy hasta aquí, Canek? Me voy cuando termine de pasar el desfile sobre una terraza en la calle Macedonio Alcalá. Las tardes del Sureste al ritmo de la Calenda. Pero eso pasó apenas ayer al caer el sol y regresé a Xochimilco. Discutí con la víbora de mi jefa. Me dormí. Me desperté en una novela sin trama. En un homenaje al desempleo y las vidas insulsas.

— ¿Por qué uno debe continuar? ¿Por ese viaje sin retorno? En esas fechas se suicidó tu primo a los veinte años. Y tu mentor, Rodolfo Revilla, un viejito que te enseñó a tocar el piano en la Casa de la Cultura. Al fin, la muerte es destino.

Tuvimos algo que ver Circe Vela y yo. Antes había sido la amante de Fabián Muñoz. Escribió Nimbus y murió, al menos, en poesía. Es una serie extraña de poemas en los que describe su relación con una nube, un tipo de prosopopéyico retablo. Un lirismo de ensueño, naïve. Ganó un premio. No me gustó, pero lo leí todo. Me parecía más interesante la producción de Juan Carlos Quiroz. Su personalidad más apropiada a su lúgubre atmósfera. Lo conocí en Casa Terán junto con toda esa parvada de frenesí artístico. Trato de no ser irónico, pero cómo no reconocer a tanto poeta fracasado. Me incluyo en el club. En ese trío

nadie toca el bajo. Rompe con toda estética. Y por más que leemos su Libro Naranja caemos en la tentación. Eran días aciagos.

Pero eso pasó un año antes de entrar a Letras Hispánicas en 1999. Antes de fumar la hierba y montar al venado azul en el desierto. Quisiera creer que hubo un antes y después. ¿Qué hubiera pasado si ese día las clases no se suspenden? Pero tú traías esa onda setentera pariente de los Beatniks, Canek. Un gigante de casi dos metros. Cualquier día era bueno para morir. Cualquier día reviviríamos esas muertes. Nada tan incierto como el pasado. Pero yo quiero que sea así. En tu cuarto del fraccionamiento Los Sauces, cerca donde unos años después construyeron un Cinépolis y una ciclopista. Ahí comulgamos con peyote y marihuana.

Apenas recuerdo lo ocurrido esa mañana cuando comimos el cactus alucinógeno. Íbamos en cuarto semestre. Todavía andaba con mi primera novia y tú con Lucía Mariana. Hermanitos de leche. Y esa metempsicosis de estar en tu cuerpo cuando le hacías el amor a la tuya.

Pero vamos a comenzar desde el principio. Te perdoné. Yo también tenía un padecimiento. Quizás de no ser porque se suspendieron las clases esa mañana de octubre, nuestras mentes, nuestra materia, nuestra alma, no se hubieran ido por el portal abierto en la biblioteca de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Biblioteca Central (Taylor's version)

José Alberto García Ventura

Verme como profesionista, como docente y como egresado de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, inevitablemente, me lleva a pensar en la Biblioteca Central, recinto que este año cumple, espero, sus primeros cincuenta años de existencia.

Por sus pasillos, cubículos de estudio y anaqueles, hemos desfilado una cantidad incontable de personas con mochilas pesadas sobre las espaldas, con sueños, metas y expectativas que excederían su acervo material. No se diga los estudiantes de Letras Hispánicas que, como yo, nos hemos apropiado de este espacio, en el mejor sentido de la palabra, volviéndolo un lugar de estudio y de descanso.

Mi lugar favorito siempre han sido las mesas individuales que están en la planta baja, a mano derecha, hasta el fondo, justo debajo de los ventanales cuya pared que los sostiene da de cara a lo que hoy es la Infoteca. En mis tiempos de estudiante, ahí estaban los libros de lingüística y los manuales para el aprendizaje de lenguas. Además, era un lugar privilegiado para tomar una siesta cuando el cansancio era difícil de sobrellevar. Por supuesto, sobra decir que los estudiantes no solo acudimos al cobijo de la biblioteca central para estudiar o leer, sino también para dormir. El que esté libre de esta culpa, que arroje la primera piedra.

Después de sus renovaciones físicas y el difícil periodo que pasó la biblioteca durante y después de la pandemia por COVID-19, regresé a ella para buscar de nuevo refugio entre sus puertas. En el término de la emergencia sanitaria, cabe apuntar, me integré a la universidad como docente después de haber concluido mis estudios de posgrado.

La encontré completamente cambiada, conectada, casi nueva, lo cual no era sorpresa, pues la universidad me parecía haber devenido en otra.

Un poco nostálgico, me fui a mi rincón de siempre a consultar unos libros. En mis audífonos, sonaba una regrabación de Taylor Swift

que, curiosamente, tiene un videoclip que está ambientado en una biblioteca. La canción, busqué entonces en internet, tenía trece años de edad, pero estaba recién grabada de nuevo por completo. No explicaré todo el asunto de las regrabaciones de la cantante. Apelaré al conocimiento de otros fans para que recuerden el contexto en que surgieron y los motivos detrás de ellas. Solamente diré que, por cuestiones legales, cada regrabación que hizo en ese momento terminaba con la leyenda: Taylor's version. Es decir, la versión personal de Taylor de las canciones que, en su gran mayoría, ella escribió completamente sola.

El chiste es que recordé, repentinamente, que, trece años atrás, yo mismo estaba en esa biblioteca consultando libros en ese mismo lugar del recinto, escuchando la misma canción, aunque en su grabación original. La diferencia estribaba en leves alteraciones en la instrumentalización y una voz trece años más joven de mi cantante favorita.

Fue una revelación que nunca olvidaré.

Yo había cambiado. Pasé por estudios de licenciatura, viví en otro país, me mudé a otra ciudad mexicana para iniciar y concluir mis estudios de posgrado. Y, en el fondo, aunque en la superficie había cambiado mucho, seguía siendo yo. Con los mismos sueños, las mismas metas de vida, aunque con unos cuantos años más de experiencia en mi haber.

La canción también había cambiado. La letra se mantenía igual, los instrumentos solo tenían leves variaciones. Entre otros cambios en mí, después de haberme aventurado a tomar clases de piano, notaba un oído más agudo, de modo que podía apreciar una batería y una guitarra eléctrica más contundentes en la regrabación. Y un tempo un poco más acelerado. Sin embargo, la esencia de la canción se mantenía.

Ni hablar de la biblioteca central. También había cambiado, pero no. Seguía siendo semillero de estudiantes vagabundos, cobijo del conocimiento formado y del que se está formando. Su fachada se había repintado, sus pisos internos se habían reorganizado, pero seguía siendo la misma de siempre. La confirmación definitiva fue mirar a mi alrededor y ver a un estudiante dormido. El lugar seguía siendo idóneo para el estudio, para las discusiones amigables, pero también para el

descanso desfachatado. Aquel estudiante no pudo haber encontrado un mejor lugar para dormir en todo el campus central, si se me pregunta.

Entonces, la canción, la biblioteca y yo habíamos cambiado, pero no. Seguíamos unidos por el mismo hilo invisible que ha conectado a tantas personas y objetos durante cincuenta años. Dentro, muy dentro, los tres seguíamos atendiendo a la voz que nos había traído a la existencia y que nos distinguía del resto. Con los mismos objetivos, los mismos motivos bien ocultos en el alma, en la organización de libros y material de consulta, y en los acordes que dan vida a la música. Los cambios superficiales dan solo la impresión de que somos distintos, pero, en el interior, el mismo corazón de antaño sigue latiendo, aunque a otro ritmo. Las fachadas se pueden remozar, pero no así el alma.

Enhorabuena por la biblioteca central y por las funciones que ofrece a toda la comunidad universitaria, que van desde el estudio hasta el descanso, pasando por la consolidación de lazos sociales y académicos. Un reconocimiento también a la Universidad Autónoma de Aguascalientes y, si se me permite el arrojo, por la música, en especial por la de Taylor Swift. Espero que, dentro de cien años, alguien más cuente su historia en otras páginas parecidas a estas.

Capítulo 3.

Un lugar para aprender, soñar y crecer

Cuando era estudiante…

MCA. Laura Villalobos Pardo

Mis experiencias en la Biblioteca comienzan desde cuando yo fui estudiante de la carrera de Licenciado en Administración de Empresas donde pasamos tardes completas buscando libros para obtener conceptos, la falta de experiencia hacía ese ejercicio muy largo y entretenido, tiempo que también aprovechamos para conversar, reír y ver a jóvenes de nuestra edad que nos llamaban la atención, era un centro de obtención de información, pero también se convertía en el centro de reunión con amigos de otras carreras.

Después cuando estudié la Maestría en Ciencias en Administración , la Biblioteca se convierte en el mejor aliado y en un orgullo para mí ya que, realicé esos estudios en una Universidad externa , lo cual me permitió darme cuenta que la UAA y su biblioteca era las más completa del Estado, lo cual me hacía sentir fuerte y segura ante la necesidad de libros que nos ayudaran a resolver los requerimientos de los exigentes profesores, pero como siempre recuerdo a mis compañeros de la Maestría

decir…por favor Laura, tú que trabajas ahí saca este libro y aque, la UAA tiene todo lo que nos están pidiendo!!!!…eso confirmaba que la institución en la que yo trabajaba lo tenía todo!!!

Eso me llenó y me sigue llenando de orgullo ya que gracias a eso puedes darte cuenta de la magnitud de institución en la cual laboro.

Mi experiencia como Docente…cuando terminé la Maestría en el año 2018, se me dio la oportunidad de trabajar dando clases en el Instituto Tecnológico de Pabellón de Arteaga, el Instituto Tecnológico de Aguascalientes, Instituto Escadia entre otras instituciones de educación superior, cuando comienzo a revisar la Bibliografía de las materias asignadas a impartir, como siempre la Biblioteca la de la UAA contaba con todos los títulos que yo necesitaba para mi labor docente , estaban libros en físico y algunos en digital , lo cual hacía mucho más fácil esa labor tan ardua en la preparación de cada una de las clases.

Pedí muchos libros prestados para llevar a casa, pasaba las noches con ellos, ¡se convierten en una herramienta tan importante que los haces tuyos! Y como siempre la Biblioteca era mi apoyo, era mi soporte, estoy muy agradecida por esa labor tan importante que realiza el Departamento de Información Bibliográfica, en el apoyo para la educación profesional en todos los niveles.

Y finalmente como trabajadora también en una ocasión un hermano me solicitó que investigara si existían unos títulos de libros elaborados por algunas figuras políticas importantes del Estado, para lo cual también la Biblioteca tenía el ejemplar y pude pedir en préstamo, lo cual fue de gran apoyo a mi hermano en sus labores del Municipio del Estado.

En conclusión, lo único que puedo expresar es mi gran agradecimiento a la Biblioteca Universitaria ya que con su trabajo diario, continuo y excelente, apoyan al desarrollo del conocimiento de miles de personas que como yo estudiantes permanentes.

Un martes cualquiera

ISC. José Luis Ríos González
Jefe de la Sección de Procesamiento
de la Información. Archivo General e Histórico

Esta historia se inicia en los albores de la civilización, esa edad de piedra donde los celulares solo servían para hacer llamadas, el internet solo existía en las instituciones de educación superior y la mayoría de lo que se podía consultar era texto. Sí, estamos hablando de esa época donde Will Smith solo abofeteaba a su primo Carlton, Maxwell Sheffield tenía miedo al compromiso y el agente Mulder nos señalaba que no estábamos solos.

Sí, adivinaron estamos hablando de los años noventa, esa década de las bandas Grunge, Boy Bands y las Pop Teen. Sí, lo sé fue una década muy diversa (menos que los ochenta, pero tuvo lo suyo) donde lo mismo lloraste viendo morir a Mufasa que te impactaste viendo Pulp Fiction o te preguntaste ¿cómo es posible que no cupieran dos gentes en una puerta gigante viendo Titanic?

Pues en esa década loca en su primer lustro me encontraba yo cursando mis estudios de bachillerato en el Centro de Enseñanza Media de la Universidad Autónoma de Aguascalientes en las instalaciones del Bachillerato Central, la mítica "Prepa de Petróleos", podría escribir miles de líneas sobre las aventuras que tuvimos en esas instalaciones y sus alrededores, de las tardes en Papas Burger; las pláticas con Don Litos (ese hombre era toda una leyenda y una Guía Roji con pies no existía un rincón del país que no conociera), pero antes de que sin saberlo su narrador comience a confesar crímenes de guerra centremos nuestro relato en un edificio particular de la prepa el cual todos visitamos regularmente algunas por gusto otras por obligación, donde se pasaron horas haciendo tareas, estudiando o algunas veces buscando refugio y que en sus paredes existía una sala increíblemente cómoda, Si tuviste

la fortuna de ser parte de dicha prepa ya sabes de qué lugar hablo, de la Biblioteca "Lic. Carlos González Rueda" la biblio para los cuates.

Tengo muchos años que no visito esa biblioteca la última vez que estuve ahí era un lugar muy distinto, el mobiliario y acomodo no se parece en nada al que tenía en la prehistoria cuando yo era estudiante, en esos años a solo cinco pasos de la puerta estaba el escritorio del bibliotecario por detrás de él se encontraba el área de hemeroteca y al frente estaba la sala mencionada era una sala tapizada en cuero hule color café (detalle importante en esta trama) con adornos de madera que se ve que fue adquirida antes que Juan Gabriel fuera famoso y estuvo ahí al menos hasta que Fox entregó la banda presidencial en esa época sus cojines aún estaban pachoncitos por lo que siempre estaban ocupados por algún adolescente que no quería entrar a clases, al frente de esta sala estaban diez máquinas de escribir gigantes blancas con gris marca Olimpia (no pagó por la mención) con las teclas tan duras que te dolían los dedos al usarlas acomodadas en dos mesas grandes, detrás del sofá estaba toda la estantería, esa clásica estantería color crema de JM Romo (tampoco pagaron la mención) en los cuales descansaban todos los libros ordenados en el sistema decimal Dewey, al fondo cinco cubículos grupales los cuales estaban hechos de lámina y vidrio (sí, era lámina la misma de las puertas de las aulas, ahora son de aluminio) eran color café (luego fueron azul), con una mesa grande de madera y seis sillas de madera en cada uno, estos también contaban con cortinas para "la privacidad" del grupo de estudio que lo ocupaba por lo que muchas veces en la mañana los usábamos para dormir no para estudiar, en la pared sur (porque la biblioteca está orientada de oriente a poniente) se encontraban unos cubículos personales tenían una mesa pequeña y una silla.

El resto del espacio estaba ocupado por mesas grandes rectangulares como las de los cubículos grupales, al centro de esa área de mesas como isla estaba el Fichero Bibliográfico con sus cajones largos (si tienes menos de 30 años googlea Fichero bibliográfico en esa época en esos infinitos tarjeteros buscabas el tema o autor y te indicaba qué libro consultar; lo sé, nos estás imaginando con papiros y alumbrados con velas pues más o menos te acercas a la realidad) en resumen dentro de

esas cuatro paredes han pasado miles de historias y yo les voy a contar una de las tantas que me pasaron ahí.

Cuando cursaba yo el bachillerato era común que las clases de deportes, artísticas y los laboratorios fueran en un turno diferente al tuyo, yo cursaba en el turno vespertino (no sean juzgones!!!!) por lo tanto tenía que asistir a dichas actividades en la mañana, en particular al laboratorio de biología tenía que asistir los martes a las doce del día, las prácticas duraban un poco más de una hora y mis clases regulares comenzaban a las tres de la tarde por lo que aprovechaba ese lapso para adelantar tareas y estudiar (me gustaría mantener esa mentira, pero como seguramente esta historia va a ser leída por personas que me conocen la verdad es que me quedaba al relajo me daba flojera ir hasta mi casa y volver a la prepa).

Cursando primer semestre en uno de esos martes una ocasión que ya se habían retirado mis compañeros del grupo de laboratorio y aún no llegaban mis amigos del turno vespertino a la prepa (como dije era mi primer semestre aún no hacía amigos con los estudiantes de la mañana) en particular hacía mucho calor y por una extraña razón estaba cerrado Papas Burguer, me dije qué hago sufriendo al sol estando esa cómoda sala ahí esperándome en la biblioteca y sirve que leo algo para matar el tiempo, aquellos que cursaron "Biología I" con el QUERIDO maestro Efrén (si en este enunciado hay algún halago al maestro es la censura haciendo su trabajo) saben que era obligatorio entregar al final de semestre un resumen del libro "Cazadores de Microbios" a todas las generaciones que les impartió esa clase se los pidió, hasta parecía que cobraba regalías del bendito libro porque acababas comprándolo, pero para ese momento aún me resistía a la compra y leía la copia de la biblioteca.

Entonces ahí estaba yo totalmente desparramado en el sofá con mi lectura forzada cuando entró ella (como bien entenderán desde este momento se omitirán nombres), iluminando ese gris edificio vestía un pantalón de mezclilla, blusa blanca, una chamarra de colores chillones (si mi estimado menor de 30 usted no lo sabe pero en los 90 la gente cool usaba chamarras verdes con morado y azul en tonos brillosos entre otras combinaciones, una prenda que se tiene guardada en algún

lado con cariño o con vergüenza) y obvio unos tenis Reebok blancos, su rostro ovalado, un cabello castaño oscuro que caía sin peso como si hubieran tallado en caoba una cascada que bajaba a sus hombros y un copetazo porque claro son los noventas y las chicas cool usaban copete que seguramente ahora ven sus fotos y se preguntan ¿por qué me hacía eso? Lo que más me impresionó fueron sus ojos cafés tan oscuros que parecían negros, su tez morena clara como decía la canción tenía "cara de gitana" y cual Cuasimodo con Esmeralda quedé prendado al verla.

En ese momento de estar desparramado en el sofá pasé a estar en la posición más correcta que pude para disimular la panza y alargar todo mi metro con 57 centímetros de estatura porque a mis quince años era yo un chaparro en forma poco más alto que un nomo de jardín, ella pasa al frente de la sala deja sus cosas en el área de máquinas de escribir se levanta por un libro yo la sigo con la mirada y con el resto de mi cuerpo por lo que aquí toma importancia lo que les comenté que esa sala estaba forrada en cuerhule…. Pues sí como se imaginarán al torcer todo mi cuerpo el sillón me traicionó haciendo uno de esos ruidos que pueden ser confundidos con ruidos corporales muy escatológicos sonó tan fuerte que parecía flatulencia de película de humor absurdo, seguramente se escuchó hasta la alberca (sí, aunque no lo crea la prepa tenía alberca en esos tiempos), ella volteó como todos los que estaban en la biblioteca para ver al creador del estruendo, les juro que por más que me retorcí como caracol que le ponen sal no pude lograr que ese traidor mueble volviera a hacer el más mínimo ruido, ría usted con libertad pero en mi mente era muy buena idea, si lograba replicar el ruido mi honor quedaría sin mancha, pero en realidad parecía que estaba tratando de ocultar el primer ruido en otros, obviamente después de poner cara que no sabía por qué me observaban dejé el libro y salí huyendo.

Al siguiente martes la busqué sin éxito, la siguiente semana nos volvimos a topar ese día lo primero que noté es que ella era más alta que yo (al menos unos cinco centímetros más que yo), tardé todavía una semana más en animarme a intentar hablarle, antes de que me critique le recuerdo que esta historia solo se daba un día a la semana los martes sumado a que eran los noventas no existían las redes sociales, WhatsApp

ni ninguna otra herramienta para hacer virtual o remoto el roce social, era la época donde todo era viéndose a la cara donde el porcentaje de bateo siempre fue alto, la generación que o aprendía a manejar la frustración o se convertía en un monje tibetano sin hablar con nadie, entonces después de mucho sudor de manos, respirar profundo y que sonara en mi cabeza "qué nivel de mujer" cada vez que la volteaba a ver sin saberlo ya estaba de camino a ella que se encontraba sentada en uno de los sillones individuales de la famosa sala, le dije hola volteó me dijo hola aunque aún ahora creo que al verme en su cabeza dijo mira aquí está "don gases" y reinó un minuto de silencio incómodo, ella se intentó levantar supongo para alejarse del mudo que solo la veía a los ojos cuando sucedió ese maldito cuerhule traidor hizo su ruido, ella se sorprendió se sonrojó tanto, yo solo atiné a decir "ya ves!!" y nos reímos como idiotas.

Ese día platicamos un rato, me contó que ella estudiaba en la mañana que su mamá los martes tardaba en pasar por ella porque su hermano tenía futbol en el colegio y que se refugiaba en la biblioteca porque a sus amigas las recogían temprano, por lo tanto, nos seguimos viendo todos los martes en la biblio ella adelantaba tarea y yo leía…. Todo menos lo que debía encontré una colección de libros de historia llamada "México Tierra de Volcanes" increíblemente buena que te contaba las cosas tan distintas a lo que los libros de la SEP decían, en los empastados de los periódicos tenían también empastados en conjunto los complementos dominicales del periódico la Jornada las míticas "Histerietas" horas y horas de risas con el Santos, Fábulas de Policías y Ladrones, el cabo Chocorrol, poco a poco la biblioteca se fue haciendo mi espacio un lugar donde me la pasaba "chicles bomba" dirían ahora, ya no era el lugar de castigo, donde solo se estudiaba y hacían tareas donde hacía tiempo forzoso solo porque no había otra cosa que hacer, se volvió un buen refugio.

Cada martes de ese semestre tuvimos nuestro refugio nos sentábamos a hombros recargado y yo jugaba con su cabello mientras ella hacía tarea o platicábamos yo recostado con mi cabeza en su pierna o solo leíamos recargados uno en el otro en ese sofá traicionero que más de

una vez hizo ruidos raros. Todo este inocente romance bajo la supervisión de la bibliotecaria de la tarde que muchas veces solo nos dejaba ser.

Pero el tiempo no se detiene y el semestre se terminaba llegó el momento que era inevitable que Cuasimodo jugara sus dados, pero para su mala suerte ese día solo sonó de fondo la grandiosa Selena con su éxito "Amor prohibido murmuran por las calles porque somos de distintos semestres….", se me pasó comentar que ella era de quinto semestre y yo de primero, así que las intenciones románticas murieron debajo de "un estás chiquito", al martes siguiente ella no llegó, una semana después sí platicamos pero ya no fue igual.

El último viernes de ese semestre estaba yo ahí en la biblioteca como un loco tratando de terminar a tiempo el famoso resumen de "Cazadores de Microbios" que sí compré pero lo perdí así que tuve que recurrir a la copia de la biblioteca porque si no estaba dispuesto a comprar uno menos dos y ahí estaba yo heroico con los dedos más adoloridos que reumático de 80 años en expedición al Polo Norte, en una pelea mano a mano como en película de ficción yo contra la máquina Olimpia (es en serio no pagaron mención), el destino contra mi calificación final cuando ella entró se paró a un lado mío, me dijo algo que no entendí yo volteo diciendo "no me vayas a regañar ya sé…" (porque como se imaginarán todo el semestre ella me estuvo preguntando cuándo carajos iba a acabar de leer el maldito libro) cuando ella me tomó por los cachetes y me besó, un beso tierno y largo se dio la media vuelta y se fue, yo corrí para alcanzarla y me dijo me tengo que ir "ya está mi mamá afuera" y sí estaba ahí ese Ford Ghia azul acero en la puerta del estacionamiento la acompañé al carro y la vi irse, como se imaginarán si han llegado hasta aquí después de todo lo que les platiqué que esto sucediera era obvio, inevitable e ineludible…. Reprobé "Biología I".

Ese viernes en la noche yo salí de la ciudad y regresé hasta enero que abrieron la prepa de nuevo para enfrentar un examen extraordinario y una sala vacía que nunca volvería a vernos reír, ella y su familia se fueron a vivir a Monterrey, noticia que recibí al llamarla por teléfono para desearle una feliz Navidad y me contestó su prima (les recuerdo los noventa llamábamos al teléfono de la casa no teníamos celulares).

Pero este mundo siempre da vueltas 20 años después en una graduación nos encontramos, ella como siempre se veía increíble en un vestido negro como sus ojos, sin hombros y la espalda descubierta tenía el cabello recogido y usaba un collar de perlas que resaltaba su cuello, mi gitana volteó me vio fijamente y sonrió, me acerqué a su mesa le dije -hola, ¡¡me dijo -hola y después de los 60 segundos más largos de silencio entre los dos se levantó y me dijo "ya ves!!" y nos reímos como idiotas, esa noche conocí a su marido y me mostró fotos de sus hijos.

Así que usted decida qué leyó hoy: la historia de cómo las bibliotecas entraron en mi vida para quedarse, o la historia de cómo fue mi primer beso robado y si lo sé, no fui el ladrón fui la prenda.

La biblioteca que también da voz

Andrea
Alumna de Lic. en Trabajo Social

Cuando ingresé a la carrera de Trabajo Social, imaginaba que la Biblioteca Central sería, principalmente, un lugar para estudiar, consultar libros, realizar tareas y preparar exámenes. La veía como un espacio cerrado, tranquilo y silencioso, en el que cada persona permanecía concentrada en sus propias actividades.

Nunca pensé que, con el paso del tiempo, también se convertiría en el escenario donde presentaríamos públicamente algunos de los proyectos más importantes de nuestra formación profesional.

Como parte de nuestras evaluaciones finales, en distintas materias hemos tenido la oportunidad de exponer nuestros proyectos en el lobby de la Biblioteca Central. Para nosotros no se trata solamente de colocar información en unas mamparas o explicar un trabajo académico. Cada exposición representa semanas de investigación, entrevistas, análisis, visitas de campo, trabajo en equipo y reflexión sobre distintas problemáticas sociales.

En cada proyecto intentamos recuperar lo aprendido durante el semestre y relacionarlo con situaciones reales. Abordamos temas que forman parte de la vida cotidiana de muchas personas y comunidades: la inclusión, la igualdad, la atención a grupos vulnerables, la prevención de la violencia, la participación ciudadana, los derechos humanos y la construcción de entornos más justos.

Al principio me sorprendió saber que presentaríamos nuestros trabajos en la biblioteca. Me preguntaba cómo sería posible realizar una exposición y una inauguración en un lugar que siempre había relacionado con el silencio.

Sin embargo, desde el momento en que comenzamos a preparar la actividad, comprendí que la Biblioteca Central era mucho más abierta y versátil de lo que había imaginado.

El lobby se transformó para recibir nuestros proyectos. Se colocaron mamparas, materiales informativos, carteles, fotografías y todos aquellos elementos que habíamos elaborado para comunicar nuestras ideas. De pronto, aquel espacio que conocíamos como un lugar de tránsito se convirtió en una verdadera sala de exposiciones.

Lo que más me impresionó fue la seriedad con la que se organizó la inauguración. Todo se realizó de una manera formal y cuidada: la distribución de los trabajos, la recepción de los asistentes, las palabras de bienvenida, el recorrido por la muestra y la explicación de cada proyecto.

Esa formalidad hizo que también nosotros miráramos nuestros proyectos desde una perspectiva diferente. Dejaron de sentirse únicamente como tareas que debíamos entregar para obtener una calificación. Al verlos instalados en un espacio tan importante de la Universidad, comprendimos que eran propuestas capaces de comunicar, sensibilizar y generar reflexión.

Durante la inauguración tuvimos la oportunidad de explicar nuestros trabajos frente a docentes, compañeros, autoridades y usuarios de la biblioteca. Al principio sentíamos nervios, porque no era lo mismo presentar dentro del salón que hacerlo frente a personas que quizá no conocían el tema.

Cada pregunta nos obligaba a reflexionar con mayor profundidad sobre lo que habíamos realizado. Cada comentario nos permitía descubrir cómo nuestras ideas eran recibidas por otras personas. También aprendimos a comunicar de una manera más clara y a defender nuestras propuestas con argumentos.

Para una estudiante de Trabajo Social, esta experiencia tiene un valor muy especial. Nuestra profesión exige aprender a escuchar, observar, analizar y comunicar. No basta con conocer las problemáticas sociales; también necesitamos generar propuestas y compartirlas con la comunidad.

La exposición en la biblioteca nos permitió practicar todo eso.

Además, presentar nuestros proyectos en un espacio abierto hizo posible que personas ajenas a nuestra carrera se acercaran a conocerlos. Algunos usuarios se detenían a leer los carteles, observaban las fotografías

y hacían preguntas. De esa manera, nuestros trabajos salieron del salón de clases y comenzaron a tener contacto con la comunidad universitaria.

Fue entonces cuando comprendí que la biblioteca no solamente resguarda libros y conocimientos ya existentes. También puede albergar las ideas que los estudiantes estamos construyendo.

Cada exposición convierte el lobby en un espacio de encuentro. Ahí coinciden alumnos, profesores, trabajadores y visitantes. Los proyectos académicos dejan de permanecer guardados en una carpeta y se convierten en mensajes que pueden ser vistos, leídos y discutidos.

La biblioteca ofrece algo que difícilmente encontraríamos dentro del aula: visibilidad.

Para nosotros, ver nuestros trabajos expuestos representa una forma de reconocimiento. Significa que el tiempo, el esfuerzo y la dedicación invertidos tienen un valor que puede compartirse. También nos ayuda a asumir con mayor responsabilidad lo que presentamos, porque sabemos que será observado por muchas personas.

A partir de estas experiencias cambió por completo mi manera de ver la Biblioteca Central. Ya no la considero únicamente como un lugar cerrado y silencioso. Ahora la veo como un espacio vivo.




LOCUS
Donovan Pérez

Páginas de ensueño

Javier Rodríguez

Mi costumbre de buscar la biblioteca central como refugio no nació de mi curiosidad literaria o por verla como una fuente de saberes y soluciones a mis tareas en la carrera. La verdadera razón quizá sea una bastante banal y poco heroica, y es la que enseguida voy a compartirles.

Durante el cuarto semestre mi currícula se había cargado con materias duras y demasiado cargadas, claro, ése era mi parecer en ese entonces, como jurista en formación que ve siempre compleja cada nueva materia que se le presenta en la lista.

Una de las materias más pesadas era la de Obligaciones, o quizá era debido a que se trataba de la primera de varias de la jornada. El curso iniciaba a plenas 3 de la tarde, hora en que las necesidades biológicas murmuran al estudiante que precisa de enfocar su atención en las lecciones del profesor. Y no hablo necesariamente de las necesidades que impelen a uno a buscar el sanitario o un bebedero, sino de la básica necesidad de echarse una pequeña e insignificante siestecilla bajo el canto de las aves y el silbido de las ramas de los árboles de esos bellos jardines de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Así entonces, puesto que los espacios entre materias eran limitados y la privacidad no abundaba, decidí recurrir a una opción que por accidente me vino a la mente: ¿y si la biblioteca, espacio seguro y silencioso pudiera ofrecerme dicho descanso a mi mente y a mi cuerpo estudiantil? La respuesta era clara, habría que intentarlo. Cierto día me dirigí armado de valor a buscar algún libro de Derecho lo bastante voluminoso para que pudiera darme refugio ocultando mi rostro a cualquier curioso que se acercara a los estantes entre los cuales me encontraba.

Algunos de los libros que encontré fueron: Introducción al Estudio del Derecho (de García Máynez, obligado), varios sobre Derecho del Trabajo y el nutrido y gracioso Obligaciones que tantas penas me

estaba causando hasta entonces. Decidí tomar varios tomos. Quienes me vieron con ellos colocados sobre la única y estrecha mesa al final de los pasillos debieron creer que era todo un lector ávido de saberes y futuro gran "jurisprudente". Pues no era tal mi propósito, sino usarlos de un modo bastante distinto, al menos por el momento.

Una vez sentado ante la mesita, puse manos a la obra; coloqué el libro más ancho como base y los demás los amontoné de tal modo que en su altura mi rostro pudiera ser cubierto por semejante cantidad de páginas de conocimiento. Para disimular, tomé algún ejemplar de menor envergadura y lo abrí ante mi rostro dando la impresión de estar absorto en la lectura.

Me pareció caminar entre árboles creciendo en inmensos jardines bajo el arrullo de alguna melodía medieval para luego encontrarme frente al mar observando cómo un anciano bajaba de su pequeña barca luego de haber navegado para pescar. Fue una sensación extraña la de encontrar mezcladas dichas imágenes de Tolkien y Hemingway y otras más que venían sin ton ni son a mi vista durante mi recorrido. De repente un timbre sonó y me hallé ante un muro de libros que reposaban delante de mí. Tardé algunos segundos para percatarme de que se trataba de la alarma que había programado para regresar a mi siguiente clase. Increíble lo que un descanso de 10 minutos puede lograr.

Desde ese día me volví más asiduo en mis lecturas, motivadas por los sueños mágicos y sin sentido que me hacían escapar de esta realidad por unos instantes. Y habían sido los libros, y ese apacible mundo de la biblioteca, el que había animado y acrecentado, sin preverlo, mi amor por la lectura. La Biblioteca se había convertido en un refugio de libros y de sueños.

Nuestras horas en la biblioteca. Verano de 2011

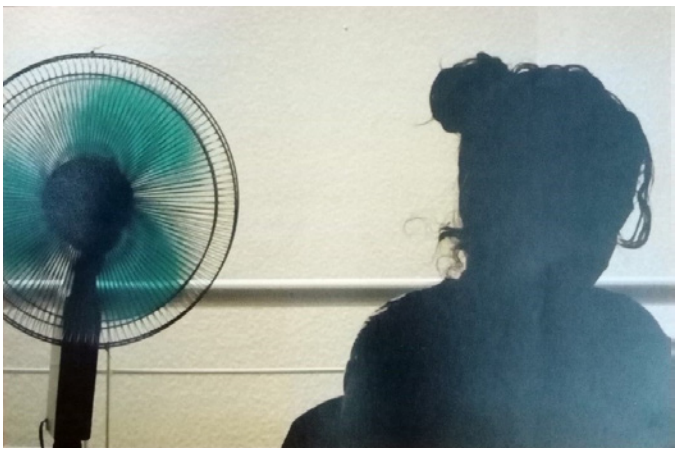
Segovia Félix Stephani Paulina
y Martínez Rivera María Paulina

Cuando ingresé a la Universidad Autónoma de Aguascalientes, en 2010, recuerdo que quedé impresionada con la Biblioteca Central "Dr. Desiderio Macías Silva". La doctora Laura Dávila, en primer semestre, nos llevó de visita a ese edificio para conocer lo que albergaba. Al paso del tiempo, descubrí que me resultaba agradable hacer tarea justo en ese lugar y por supuesto cerca de la sección de los libros de Historia, pues era la licenciatura que estudiaba, también cuando no quería socializar mucho, debo decirlo, el refugio perfecto, era la biblioteca. Cuando necesitaba estudiar para algún examen, lo mismo aplicaba y así terminaba pasando algún tiempo de mi día en ese lugar. La anécdota que presento involucra a mi amiga de la carrera, Paulina Martínez. Los compañeros del salón ubicaban a mi amiga por el nombre de "Paulina" y a mí la mayoría me llamaban "Fanny". Dos estudiantes de la licenciatura en Historia, apasionadas por la lectura, el cine, el arte y la naturaleza y claro, por la misma Historia.

Estaban por iniciar las vacaciones de verano, era el año de 2011. Los exámenes y trabajos finales del semestre, estaban a la orden del día y debíamos entregar lo que correspondía en cada materia en tiempo y forma. Mi amiga Paulina y yo, fuimos a la biblioteca central para localizar los libros que nos serían de apoyo, y así poder entregar cada reporte, ensayo y demás actividades. Recuerdo que para esos meses el clima era algo caluroso, así que, al llegar a la biblioteca acercamos un ventilador a la mesa donde estábamos, era en la planta alta. Ella con frecuencia cargaba con su cámara profesional a la universidad. Siempre me pareció una chica inteligente y muy artística, creo que no se lo llegué a comentar en su momento, pero si esta anécdota llega a ver la luz, sabrá que sigo percibiendo eso de ella.

Ya instaladas en nuestra mesa favorita y preparadas para pasar unas horas en ese lugar, rodeadas de los libros que necesitábamos, comenzamos a leer y a hacer anotaciones. No me di cuenta cuando Paulina me retrató. Después de unos días, me entregó la fotografía y ahora es presentada aquí. Elegí esta anécdota para esta edición, ya que me recuerda mi tiempo de estudiante y mi amistad con Paulina en esos primeros semestres de la carrera. Hoy como egresada y trabajadora de esta casa de estudios, confieso que, sigo disfrutando de pasar algún tiempo en la Biblioteca Central "Dr. Desiderio Macías Silva", cada vez que tengo alguna oportunidad o un tiempo libre. Los libros guardan la historia del autor, la historia de las personas que leen ese libro y la historia de las personas que van a recomendar esa obra. Por cierto, Paulina y yo seguimos en contacto y ella también trabaja aquí en la universidad.

Una biblioteca es un mundo de sabiduría, y de historias que se conectan. Durante estos 50 años, este lugar ha sido testigo de horas de estudio por parte de los estudiantes de esta universidad, ha sido testigo de pláticas y una que otra risa, de estrés, por terminar quizá, alguna investigación importante para algún parcial de alguna materia, ha sido testigo del trabajo de las personas que están ahí dando sus servicios cuando no localizas algún ejemplar y también es testigo del compromiso que todos tenemos delante del cuidado de cada libro que tengamos en nuestras manos a lo largo de nuestra vida. Y eso es lo que encuentras en una biblioteca… vida.



Un septiembre bajo el lente del recuerdo

Irene Luna

Y justo ahora. En este preciso momento, al chocar la tinta con el papel, el tiempo tiene peso.

¿Recuerdas cuando tenías 19? O en mi caso 20. No había crisis existencial, sino una sed por descubrir el mundo y pensar que lo sabías todo. No hay verdad absoluta como dijo Nietzsche, sin embargo, en el fresco septiembre de 2019, al menos 40 personas tenían una misma realidad. Nuestros ojos en papel compartido.

Aún recuerdo el corte de listón, en un lugar que guarda silencio, pero también risas compartidas. Un listón que dio por inaugurada una exposición fotográfica. Un año ha pasado desde que ingresamos a la carrera de comunicación e información. El viento con brisas que susurran que estoy viviendo el mejor momento.

¿Qué puedo decir? Amante de la poesía y las letras, no había otro lugar mejor que en la Biblioteca Central para hacer sentir que éramos especiales (sí lo fuimos), pues de ser una actividad para clase que quizá hubo alguno que tomó una foto dos horas antes con una justificación de que era algo <<abstracto>> al final ese plano formó parte de una exhibición.

¿Que el tiempo destruye todo? No lo sé, puede ser, depende la perspectiva. Momento fugaz, momento eterno.

Aún puedo escuchar las risas de emoción. Quizá también había soberbia de algunos y con justa razón. Desde el inicio se vio quién viajaría por el mundo enmarcando el lienzo vivo que es la Tierra, la sinfonía de los pasos anónimos en el latido del día a día del paisaje humano. Un futuro que hoy se así fue, pero hace casi seis años, en ese espacio, no había certeza.

Pienso, recuerdo y tomo. Tomo al tiempo, donde cada presente se convierte en memoria. Maestra Lety Fuentes, maestro Raúl Atilano, alumnos, alumnas y la Decana del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades María Zapopan Tejeda Caldera, rostros que no olvido. Testigos

del inicio y de la evolución. ¿Se acordarán de mi mirada emocionada y curiosa de ver mi trabajo expuesto…? Seguramente, no, pero de eso se trata, de vivir sin saber que ese recuerdo volverá, porque cuando viene, sabes que fue un momento que se convirtió en algo más que un simple día.

Entre aquellos pasillos que me abrazan en silencio, entre las páginas y entre las letras que nos prestaron su espacio para poder compartir, para dejar huella de lo que fuimos y de hacernos sentir fotógrafos profesionales que solo soñaban a ser, sin razón de ser. Corredores que albergan pasos desde 1976, ¿Cuántos hemos sido? Pudo ser un septiembre de 1920, pero qué alegría saber que fue en 2019 y sentir orgullo de formar parte.

Si de algo no tengo duda, es que en ese día no existía la duda. Mirada dispersa. Blanco y negro. Veo atrás y le digo a mi yo de 20: lo mejor está por venir. Sin embargo, sé que esa Irene me diría: mi hoy es lo que formará al tuyo, y no se equivoca. Recordar es volver a vivir, pero hay momentos que se quedan impregnados en el ser que sabes que en otra vida se presentará con esa misma intensidad, con esa misma intención; ser un momento que enmarca lo que un día fuiste, porque al final, tú fuiste, tú eres y tú serás. Yo soy, yo fui y yo seré. Entre la marea y la Luna, entre las letras y los momentos.

Hasta el día de hoy, no he sido fotógrafa, pero la Biblioteca fue testigo de que un día lo fui. Un día fuimos.

Macedonio y yo

Dr. Adrián Gerardo Rodríguez Sánchez

No sé cuándo fue la primera vez que escuché su nombre, pero él ya me estaba buscando. Lo que sí puedo contarles es del lugar donde empieza esta historia, donde lo conocí. Fue así. No podría ser de otra manera. Así fue:

Es una biblioteca en medio de unos prados que reverdecen todo el año. Su forma evoca su edad. No soy experto en bibliotecas, aunque puedo presumir que he conocido varias en México y en el extranjero. Pero la persona que construyó este edificio para albergar esta biblioteca sabía lo que hacía. Por fuera es una especie de prisma partido a la mitad, como si la tierra absorbiera la otra parte de la construcción. En la cara visible hay tendencias arquitectónicas que podemos ver en otras universidades: sobresale la monumentalidad angulosa, el acabado áspero, que nos hace recordar una fortaleza. Quien no sabe que ahí hay una biblioteca podría decir que es una edificación para actividades administrativas de alta jerarquía. Su estilo es totalmente el de los años ochenta del siglo pasado.

Por dentro, el edificio es efectivamente amplio. Su diseñador se preocupó por ofrecer un espacio para acomodar no sólo libros, sino también para organizar el estudio por áreas. Sin duda: es un lugar para el cobijo de quienes como yo están acostumbrados a pasar largas horas leyendo. Sí: puedo decirles que aquello era para mí un remanso que contrastaba con el enigma que el diseño expresa en su exterior.

Yo recuerdo así el color de esa biblioteca: por dentro dominaba el amarillo. Pero era un amarillo desgastado, como si siempre fuera otoño. En aquel entonces ese era el color del tiempo ahí adentro. Yo culpo a los estantes donde descansaban los libros: eran austeros, sin ninguna estilización, casi de bodega. Había unas mesas blancas con soportes de fierro. Había unas sillas rojas y un piso que parecía que se tornaba del color del ambiente, y quizá lo hacían más amarillo, todavía más. Para mí habitar

ese espacio era como viajar al pasado, cuando era niño, cuando mi madre nos llevaba a mí y a mi hermano, cuando ella seguía estudiando la maestría, aun después de casada y dedicarse a la docencia.

Entonces, no sé si lo que les cuento tiene más de mi niñez que de mi juventud en la licenciatura en Historia en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Pero algo más concreto, menos onírico, les podría contar.

¿Que cómo es posible que pueda recordar esto de manera tan vívida? No sé, hay un filósofo que habla de eso: Bachelard. Él escribió algo más o menos así: "Todos los espacios de nuestras soledades pasadas, los espacios donde hemos gozado de ella, son en nosotros imborrables."

Yo les puedo afirmar que fui felizmente solitario en aquella biblioteca. En ella realmente me refugiaba. Otros estudiantes buscaban la calidez de los céspedes que pueblan toda la universidad para recostarse. Otros disfrutaban de las mesas y bancas de la cafetería para reír. Otros se conformaban con las afueras de los salones para platicar. Yo no. Cuando iba a esa biblioteca realmente iba a esconderme del mundo. Me perturbaba encontrarme a alguien que pudiera convertirse en un obstáculo en mi ritual bibliotecario.

Por eso siempre buscaba el mismo lugar para leer, donde no hubiera paso de estudiantes. En ocasiones, premeditadamente cambiaba mi sitio, más adentro de la biblioteca, al fondo, para que aquellos que sabían dónde encontrarme no pudieran ubicarme.

Entonces, como les decía, realmente ese edificio era para un escondite. Pero les puedo decir algo: estudiar en aquella biblioteca era un pretexto. Porque si bien yo leía las extensas y aburridas lecturas de la licenciatura para cumplir con el deber, invariablemente mi momento de oxigenación de todo aquello era levantarme y rondar por todos los estantes buscando algo que llamara mi atención. Lo mismo iba por la sección de literatura que por la de pedagogía, sociología, filosofía, biología, derecho, urbanismo. Era delicioso encontrarme al azar obras que encendían aún más mi furor por aprender.

Ahora, en este punto quisiera ir al meollo de mi historia. ¿Cómo fue que me encontré con Macedonio en la biblioteca de la universidad? No lo puedo decir con exactitud. La memoria falla, y cuando no,

inventa lo vivido. La memoria no es el pasado. Es lo que queremos o podemos recordar de él. Los detalles, las minucias de lo que vivimos (una flor en medio del camino, la forma del corazón ante un atardecer, un beso debajo de la lluvia, una fogata en la noche lunar), todo eso se revela de manera enigmática y particular cuando lo evocamos. Por eso me disculpo si en esto que les relataré hay huecos que debo llenar con mi imaginación.

En mi juventud fui fan de Jorge Luis Borges. Traté de leer toda su obra como muchos lo han hecho desde que Borges es Borges. Como cualquier otro yo estaba embelesado con el intelectualismo de su obra: esa sutileza de mezclar historia, literatura, filosofía, imaginación. Bueno, no quiero hacer un análisis de sus libros. Realmente un día leí una verdadera lección de humildad de parte del argentino. Palabras más, palabras menos decía que él no se sentía orgulloso de su obra; que lo único que había hecho era reescribir lo que él había leído durante su vida, y remataba con: "que otros se jacten de lo que han escrito, yo me jacto de lo que he leído". Pocos autores han dicho semejante cosa.

Bueno. Con esta lección en mente, me enteré que Borges había publicado en los últimos años de su vida una "biblioteca personal". Eran 74 libros de sus autores predilectos, todos ellos contaban con escuetos y luminosos prólogos que indican las razones de Borges para su elección. En verdad les digo, pocas cosas movían tanto mi entusiasmo como leer todo lo que Borges consideraba que valía la pena leer. Yo sabía que era una elección insobornable. Imagínese ¿cuántos autores no hubieran pagado para que el argentino los considerara en su compilación personal?

Aquí está el parteaguas de mi historia, un suceso portentoso: esa colección personal de libros elegidos minuciosamente por Borges estaba para su consulta en la biblioteca de la universidad. Me sorprendió por un momento que no estuvieran en la colección de literatura, sino en un área de libros especiales, junto con otras obras de colección. Nunca me había percatado de ella hasta ese momento. Estaban ahí, en un solo lugar, enfilados, como esperándome. Me sorprendió gratamente ver ahí autores que ya había leído: Chesterton, Herodoto, Kafka, Cortázar, Melville, Poe, Hesse, Fray Luis de León, Quevedo, Kierkegaard. En esa colección

estaba Juan Rulfo también, ya para entonces considerado por Borges como uno de los grandes autores de toda la historia de la humanidad.

En esa colección conocí por primera vez a Giovanni Papini, a Eca de Queiros, a Joseph Conrad, a Paul Groussac, Flaubert, León Bloy, William Blake. Fue ahí, estoy seguro, que por primera vez se me apareció su nombre. En alguna de las páginas de ese tesoro literario, ahí leí su nombre: Macedonio Fernández.

El nombre de Macedonio empezó a rondar por mi cabeza. Por un tiempo dudé si no se trataba de un personaje inventado por Borges, como solía hacerlo en sus relatos. Borges decía que Macedonio era sólo conocido en Buenos Aires, que casi no escribía, que era un genio, que tenía pocos amigos, que detestaba la farándula. Sin embargo, yo había encontrado una foto de él, de Macedonio, en una vieja enciclopedia de la biblioteca. En la nota junto a su nombre sólo se podía leer: "Escritor argentino. Autor de varias obras difíciles de clasificar en un sólo género". La foto de su perfil era totalmente quijotesca. No, déjenme corregirme: era tal cual Don Quijote de la Mancha, como lo han retratado numerosos artistas: enjuto, desaliñado, canoso, bigote amplio, barbilla picuda, con una barba igualmente en filo. Por eso fue que la duda de la existencia real de Macedonio fue creciendo cada día más en mi interior.

No sé cuánto tiempo pasó entre los sucesos que les relato. Pero una tarde de fin de cursos en la universidad, ensimismado en mis rondines por la biblioteca, me di a la tarea de buscar el nombre de Macedonio en el catálogo institucional disponible en las computadoras. La verdad lo hice por mera curiosidad. Para mi sorpresa había una obra titulada "Teorías". Me pareció algo inusual. ¿Entonces Macedonio sí era una persona real, un autor de carne y hueso? ¿Cómo llegó esta obra a Aguascalientes, a la biblioteca de la universidad? Tomé el libro, y cuando leí el prólogo caí en cuenta de que todo era el destino.

Quisiera terminar mi testimonio con ese prólogo extraño que aún no acabo de comprender. Se los voy a leer en voz alta. Dice así:

> *Querido lector: has llegado hasta aquí gracias nada más a ti. Nadie te ha empujado a este abismo. El libro que tienes en tus manos no existe. Todo*

es teoría. Así como estas palabras se quedan en estas hojas, tú te has quedado varado en la cima del tiempo. No hay ni principio ni fin, sólo la conciencia de que tú y yo nos cruzamos en este borroso instante. Así que tú, querido lector: no existes realmente. Tú has nacido en estas líneas para abrir otra vida. Yo te ofrezco eso: el tiempo de lo que es cuando todo aún no termina de acabarse. Yo solo puedo darte el placer de no perecer en la nada. No me pidas más. Todo lo que vas a leer aquí es tu propia figuración recreándose con palabras, solo eso: palabras. Pero es tu destino y también el mío: trabar una amistad jamás encarnada en otro lugar que no sean estas teorías que he escrito para ti. Mi pasión por explicar las cosas revive en ti cuando me lees y luego me piensas. Ahí seguiré, en tu imaginación, hasta el fin de los tiempos.

El prólogo lo transcribí en una libreta que aún conservo. Recuerdo leer todo el libro. Delicioso. Hoy, cuando les cuento esto, después de veinte años, volví a buscar la obra en el catálogo institucional de la biblioteca. Ahí estaba. La ojeé de principio a fin. Pero no encontré el prólogo que les acabo de leer.

Estoy seguro que Macedonio escribió ese prólogo sólo para mí.

A poco de ser acreedor de código de barras, tejuelo y Tattle Tape

Carlos Salvador Medrano Coronel

Con muchos colegas, amigos, bibliotecarios, estudiantes y demás gente que ordinariamente concurre a nuestra querida Biblioteca Central, he bromeado respecto a que aquel que sin permiso me sacare de ella debería ir con cuidado, porque podría ser delatado por los sensores antirrobo que hay en la puerta. Todo ello nace, sencillamente, del tiempo que paso ahí; de tal manera que, como siempre digo, poco falta para que los señores bibliotecarios me pongan código de barras, tejuelo y Tattle Tape.

Han transcurrido ya casi ocho años desde que formo parte de esta comunidad universitaria: cuatro y medio como estudiante y poco menos de tres años como Técnico Docente Asistente del Departamento de Historia. Así, en virtud de las exigencias propias del oficio del Historiador, desde los inicios de mi formación, la biblioteca ha sido uno de mis espacios preferidos de la Universidad no sólo por ser ahí donde se halla una parte del material de donde abrevan mis trabajos, sino también por ser un sitio cómodo y tranquilo.

Este lugar no solamente cumple con su original propósito: como repositorio de los libros que sirven al estudio tanto de alumnos como de maestros; sino que es, seguramente para muchos, una segunda casa o uno de los lugares más propicios a los que acuden tanto para estudiar, como para trabajar, e incluso, de vez en cuando para socializar. Ello es precisamente lo que la dota de vida.

Es así como sin la menor intención me he dado a conocer como el calvo barbudo que siempre pasa las horas en el mismo sitio, escribiendo en computadora, y leyendo documentos antiguos o "jeroglíficos", como los llaman muchos que, llevados por la curiosidad, se han acercado a mi escritorio para preguntarme lo que estoy haciendo; si entiendo a esos "garabatos"; o por qué a veces me río mientras los leo.

De tal modo, en medio de paleografías, redacciones, búsquedas y lecturas de libros, mi estudio apasionado del período virreinal, pensamientos, conjeturas y descubrimientos, he conocido entonces a gente maravillosa: desde los mismos bibliotecarios hasta estudiantes, profesores e investigadores, que, como yo, esta biblioteca la han adoptado y tomado por su lugar de trabajo.

Nunca faltan entonces los que se acercan a mi mesa a hablar brevemente del trabajo, de alguna investigación o, simplemente de la vida misma. Algunas de esas conversaciones se extienden en la cafetería durante el desayuno; otras, la mayoría, son breves y concluyen antes de que cada uno vuelva a su lugar a proseguir con sus faenas. Y aunque los encuentros muchas veces son breves, al final son lo que alivia las jornadas y convierten a la biblioteca en algo más que un espacio de estudio o de trabajo.

Quizá no soy yo el único que podría considerarse un visitante frecuente de la biblioteca, y sentirse además como parte del acervo, como un elemento más de su cotidianidad. La biblioteca, sin un propósito deliberado y por el mero efecto del tiempo de nuestras vidas que hemos empeñado en ella, termina por adoptarnos como hijos suyos, como ejemplares no catalogados oficialmente.

Sólo un recuento…

Juan José Láriz Durón

Es de todos sabido que recordar es volver a vivir y es, precisamente, ese aroma a libros viejos y nuevos, ese silencio casi sepulcral poco más o menos místico, tirando a algo religioso, tal como si estuvieras ingresando a un lugar sagrado, esa es inexcusablemente la manifestación ontológica que viene cada que recuerdo el ingreso primigenio a la biblioteca universitaria. Biblioteca que allá por el primer lustro de los años noventa, contaba con una enorme estantería de madera que contenía los ficheros que, en hojas casi blancas estaban anotadas las fichas de los libros que informaban su ubicación precisa y, el lugar a dónde podías ir a consultar esas obras, libros o tratados que advertían conocimiento que tus docentes y colegas te invitaban a adquirir por mano propia o de manera obligada.

Es agradable el recordar cómo debías recorrer las estanterías y en las mesas predispuestas para ello, podías consultar los libros que necesitabas para hacer la tarea previamente señalada por los académicos. El solicitar el apoyo de los bibliotecarios quienes, fieles guardianes del conocimiento, te orientaban o guiaban a los libros por consultar.

'Cambia, todo cambia, cambia lo superficial, cambia también lo profundo; cambia el modo de pensar, cambia todo en este mundo…' señala en una de sus canciones la argentina Mercedes Sosa, a quien se le conociera también como 'La voz de América Latina' y, lo mismo ocurrió con nuestra biblioteca central. Cambió: la tecnología prevaleció sobre papel o, mejor dicho, suplió al papel; así, llegaron las primeras computadoras a la universidad y por supuesto a la biblioteca central, tecnología que llegó para quedarse hasta nuestros días.

Ahora, en los albores del año dos mil, ese añorado fichero se trasformaba en un aparato que, con un teclado y un mouse a través de un cursor en el cual ingresas información, te proporcionaba los mismos datos que anteriormente ese fichero de madera te ofrecía. ¡Ah! Es la

tecnología la que ahora se apodera de la información sobre la ubicación de las obras a consultar y, con ese cambio arribaron varios, muchos, más. Se puede señalar también, en este mismo sentido, el enorme sentimiento de búsqueda al subir la escalera que llevaba a la 'hemeroteca y mapoteca', espacio al que pocos accedían y que estaba fielmente vigilada por el bibliotecario en turno, quien no te permitía volver a colocar el material que consultabas en el espacio de donde lo tomaste, sino que él se encargaba de ello 'ese es mi trabajo'. Siempre nos indicaba y explicaba que cada mapa o revista tenía su propio lugar específico y debía ser colocado allí, por quien conocía ese espacio específico.

Con los cambios físicos después de la pandemia, dentro de la biblioteca, se ampliaron. Se crearon nuevos cubículos, se agregaron más mesas de consulta, los estantes de los libros aumentaron, la propia bibliografía aumentó al doble su capacidad al construirse dos pisos para colocar muchas más obras de consulta. Es ineludible el notar el aumento de los estudiantes visitando nuestro centro del saber. Lo que no debemos dejar de señalar es que, el espacio de la biblioteca ha sido, sigue siendo y será, el alma neurálgica de nuestra institución; ese espacio donde uno se puede sentar a investigar, dialogar, comentar, y es así como un futuro médico, matemático, biólogo, diseñador, un filósofo, letrero, ingeniero en sistemas, un ecologista, un estudiante de bachillerato, un académico, un administrador, un jubilado, y cualquier persona que desee, obtener conocimiento, puede, desde cada uno de los libros que brinda nuestro ente universitario adquirir información variada para toda la comunidad universitaria.

Es así que las modificaciones no cesaron, y nuestro actual corazón neurálgico de discernimiento es, muy poco en su estructura física interna lo que fue como cuando comenzó a brindar servicios a la comunidad; cambio que, por cierto, ha traído mejoras desde el servicio, siempre necesario de consulta interna, préstamos de obras de consulta, cubículos excelentemente iluminados, espacios para estudio interno; sin dejar de mencionar que, el uso del internet y la consulta virtual, desde la página de la institución nos facilita hoy a todos el trabajo.

La nostalgia de buscar en los ficheros es ahora sólo un mero recuerdo en la memoria de unos pocos que, ávidos de conocimiento veníamos a encontrarnos con él en nuestra biblioteca, ya quincuagésima. La añoranza de esos ayeres cuando te exigían silencio los bibliotecarios, porque este espacio debe ser siempre un lugar sagrado. La melancolía del recuerdo de los compañeros que nos reuníamos en torno a las fotocopiadoras que nos daban el servicio para todos tener a la mano lo consultado. La morriña de saber que ese siempre será nuestro espacio físico querido, corazón epistemológico de nuestra alma mater y del que no podemos, por más lejos que estemos, separarnos u olvidarnos de él.

Pensemos que 'si la vida va, sin pedirnos nada', debemos reconocer que siempre será la biblioteca la que nos ofreció, ofrece y seguirá ofreciendo su conocimiento a través de los libros, manuales, diccionarios, obras de consulta, textos y compendios; pero y por supuesto también a través de los bibliotecarios quienes, fieles guardianes del conocimiento, nos siguen apoyando en la ubicación de obras, apartado de cubículos o espacios físicos y ahora, hasta del uso del sistema Braille y otros más servicios, que son sólo una muestra, real y efectiva, de muestra de inclusión para con su público, para con su gente, para con sus actores educativos.

Medio siglo no debe pasar sin más, así como así, y esperamos que esos cinco decenios que transcurren muchos más sean los frutos que un árbol bien cuidado, abonado y arreglado tiene que ofrecer; ese debe ser precisamente el caso de nuestra biblioteca, a la que le reiteramos otros tantos años y muchos frutos. Así como grandes triunfos más como muestra del quehacer académico de nuestra querida alma mater.

Biblioteca de la Secundaria de la Universidad Autónoma de Aguascalientes

Mónica García Ávila

Cuando vi la publicación de realizar una narración sobre una anécdota o experiencia en las bibliotecas de la Universidad, mi mente empezó a volar y recordé muchas vivencias en las bibliotecas, ya que soy parte de la Universidad desde 1994, cuando entré a la Secundaria de la Universidad y es esa la narración que quisiera contar.

Cuando entré a la Secundaria de la Universidad a la edad de 12 años y nos dan el recorrido a la secundaria, pasamos por la biblioteca, era un espacio acogedor, pero pequeño, donde recuerdo había varios estantes con diferentes tipos de libros al lado derecho se encontraba el encargado de la biblioteca que siempre nos recibía con una sonrisa, pero en esa primera visita nos enseñó algo que se quedó en mi memoria por siempre, nos enseñó cómo buscar el libro que necesitábamos.

En el lugar había una gaveta con varios cajones en los cuales en la parte frontal estaban las diferentes letras del alfabeto y nos explica que depende como lo queramos buscar por nombre del autor o por el nombre del libro y dependiendo de la letra que empiece es como debemos buscar, al darnos un ejemplo de cómo buscar saca del cajón una ficha donde vienen todos los datos del libro y aparece un número y una sección que indica en dónde está el libro en cuestión, recuerdo que para mí fue algo muy impresionante y ver como se tenía ese sistema para poder localizar los libros.

Recuerdo que después de esa explicación y tratar de hacerlo nosotros mismos al principio fue algo difícil y el encargado tenía que ayudarnos, ya en tercero de secundaria ya lo hacíamos nosotros solos sin su ayuda.

Todavía recuerdo el olor a libros viejos y cómo el ir a la biblioteca era un lugar donde pasé varias horas ya sea realizando trabajos o leyendo

diferentes libros, además de que para mí era mágico que mi secundaria tuviera una biblioteca y aunque era pequeña era parte de la secundaria.

Recuerdo como tanto los alumnos como docentes donábamos libros que teníamos en nuestras casas y decidíamos que eran mejor que los alumnos los usaran y eso hacía que cada vez hubiera más libros que utilizar.

Posteriormente conocí la biblioteca de BACHUAA y la de la Universidad y aunque son más grandes, siempre recuerdo mi pequeña biblioteca y que, aunque había compañeros que apenas aprendían como buscar libros, yo aprendí desde la secundaria y siempre será la mejor biblioteca que conocí y aunque ya no existe la recuerdo con cariño.

Hoy en día tenemos tanta información en internet que olvidamos lo que era ir a una biblioteca y buscar el libro que necesitabas y hojear libros de hace muchos años o de autores que marcaron una era.

Esto lo recuerdo como un gran privilegio y un hermoso recuerdo de haber sido parte de las generaciones de la Secundaria de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

791.4301E79 [El autor difuminado]

Karla Delgado

A mediados del mes de noviembre del año 2025, mientras buscaba un material que compartiría con uno de mis grupos, me encontré con un engargolado, era parte del libro "Estética del Cine" de Jacques Aumont. Y, al hojearlo, surgió un tarjetón de control de libros. Entonces pensé: Crecer, no debería significar abandonar aquello que alguna vez nos permitió maravillarnos con el mundo. De inmediato sonreí, supe que el montículo de copias las había conservado para prepararme lo mejor posible en la conformación de los ciclos que organizábamos en el Cine Club 16 mm.

La tarjeta estaba ahí, justo en las páginas en dónde se analizaba el "Viaje a la Luna" de Georges Méliès. La coincidencia del aquí y el ahora con el ayer siempre presente. La órbita y el período son quietud disfrazada de viaje: lo inmóvil, un peregrino dentro del movimiento. El punto no ordena por permanecer, sino por retornar; pues la repetición es la memoria del orden del retorno, la geometría del tiempo.

Por eso la memoria no consiste en conservar el pasado intacto, sino en mantener abierta la posibilidad de volver a interpretarlo, porque incluso aquello que nos parece ajeno o eterno, sin saberlo, nos hace vincularnos significativamente.

Así ha sido mi conexión con las Bibliotecas de la UAA, espacios que, aunque están hechos de muros, estantes y objetos, terminan convirtiéndose en territorios simbólicos donde una comunidad deposita parte de su memoria, sus preguntas y sus sueños. En ellas no solamente se guardan libros: se resguardan experiencias humanas, formas de entender el mundo y posibilidades para imaginar otros futuros.

Fue en la década de los 90, mientras era estudiante de licenciatura, que estuve por primera vez en la biblioteca central: Caminé despacio, fingiendo saber exactamente lo que buscaba, aunque en realidad solo quería perderme ahí, reconocer el espacio, y en esta exploración inédita,

vino mi primera gran lección: pensar exige tiempo, atención y curiosidad. Y entonces surgió una primera gran pregunta: Cuándo lo haces por iniciativa propia ¿cómo se decide qué libro vas a tomar?

Hoy lo sé: la memoria también es un terreno de disputa. Cada generación decide qué acontecimientos merecen ser recordados y cuáles serán condenados al olvido y desde ahí realiza su propia búsqueda. En ese sentido, las bibliotecas no son neutrales, todo catálogo es una toma de posición sobre el mundo. Y así, de forma autónoma, aprendemos que nuestras dudas no son únicas, que nuestros miedos han sido compartidos por otras generaciones y que nuestras esperanzas forman parte de una larga conversación humana. Así, por lo menos para mí, poco a poco la actividad de ir a consultar se convirtió en un espacio para la construcción de la sensibilidad y la empatía, e incluso en el gran soporte y contención académica para quienes no teníamos la posibilidad de comprar libros.

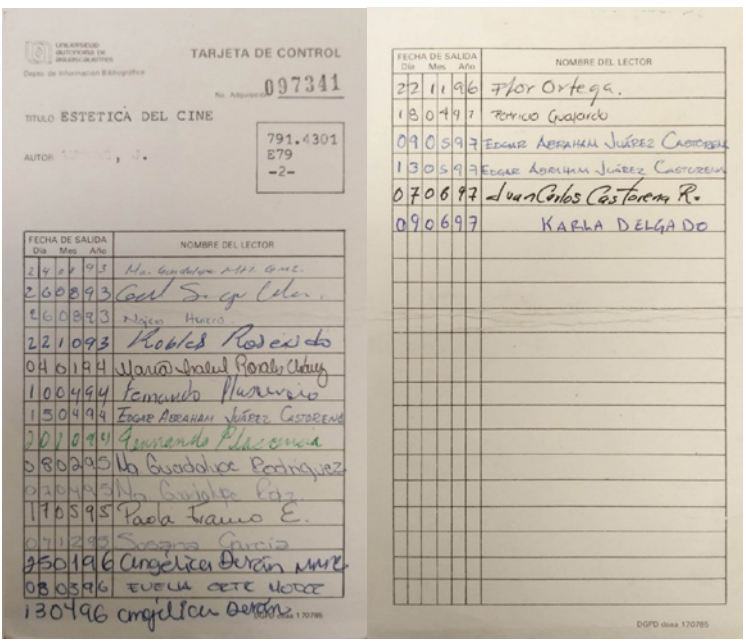
En mi generación conocimos la biblioteca antes de que los catálogos digitales y los códigos de barras simplificaran los procesos. Había algo entrañable en el acto de solicitar un libro prestado. El bibliotecario(a), siempre afable -el gran guía que siempre ha estado ahí no solo para administrar sino también para orientar- abría la cubierta, extraía una pequeña tarjeta de cartulina y, con una letra cuidadosamente trazada, registraba el nombre del lector y la fecha de devolución. Después, la tarjeta era colocada en un archivo junto con cientos de otras, formando una especie de mapa silencioso de los recorridos de lectura de una comunidad.

Aquellos tarjetones tenían algo de ritual. No eran simplemente un mecanismo administrativo; representaban un vínculo de confianza entre la institución y el lector (la angustia que daba el solo hecho de pensar que se fuera a pasar la fecha de entrega). Al escribir nuestro nombre en ellos parecía que asumíamos un compromiso con el libro y con quienes vendrían después a buscarlo -la herencia lectora-. Había una dimensión casi afectiva en ese gesto. El libro dejaba de ser un objeto anónimo para convertirse en un compañero temporal de viaje [a veces para tenerlo

contigo, a veces para poder fotocopiarlo y conservar contigo el ejemplar, a veces solo para reconocer el pensamiento de quién lo escribió, etc.].

Quizá la nostalgia que despiertan esas imágenes no se deba únicamente a la desaparición de una práctica bibliotecaria, sino a la sensación de que el tiempo transcurría de otra manera. Buscar una ficha en un catálogo de cajones de madera, recorrer los estantes sin una ruta definida, descubrir un libro por azar o esperar pacientemente a que regresara un ejemplar prestado, eran experiencias que nos enseñaban a habitar la incertidumbre y la espera. En contraste con la lógica contemporánea de la inmediatez, aquellas prácticas nos recordaban que el conocimiento también requiere paciencia.

Entrar a una biblioteca siempre me ha parecido un acto de libertad, por eso caminar entre libros tiene algo de aventura intelectual con coordenadas de búsqueda -las mías, por ejemplo, fueron 791.4301E79- y también de ejercicio de ciudadanía. Son memoria material, un lugar de resistencia frente a la homogeneización cultural y como un refugio para el ejercicio autónomo del pensamiento crítico.



Entre estantes, patrones y nuevas preguntas

Lorena Morales García

Si algo he aprendido con el paso de los años es que los espacios también cuentan nuestra historia. Algunos lugares nos acompañan silenciosamente mientras crecemos, cambiamos y descubrimos nuevas versiones de nosotros mismos. Para mí, las bibliotecas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes han sido precisamente eso: lugares que han estado presentes en distintas etapas de mi formación profesional.

Mis primeros recuerdos pertenecen a la Biblioteca Norte Mtro. Víctor Sandoval, ese espacio que se convirtió en un punto de encuentro entre mi necesidad de aprendizaje dentro de la carrera que elegí estudiar: Diseño de Moda en Indumentaria y Textiles. Recuerdo caminar entre sus pasillos buscando libros sobre confección, patronaje y construcción de prendas; libros que para mí representaban la posibilidad de llevarme a la maestría de aquello que tanto me apasionaba.

Con el tiempo, aquellos recorridos dejaron de ser búsquedas al azar. Llegué a conocer de memoria los espacios donde se encontraban los libros que necesitaba. Sabía exactamente hacia dónde caminar, qué pasillos recorrer y en qué estantes podía encontrar mis fuentes de inspiración. La biblioteca se convirtió en un lugar donde no solamente encontraba información, sino también ideas. Mi creatividad se desarrollaba mediante la lectura de libros que con sus tecnicismos formaban mi carrera como diseñadora.

Muchos de esos libros que descubrí ahí marcaron mi formación de tal manera que posteriormente decidí adquirir algunos para mi propia colección personal. Antes de formar mi propia biblioteca como profesionista, la Biblioteca Norte me ayudó a descubrir cuáles eran esos autores y textos que quería conservar cerca de mí.

Años después, durante mi etapa como estudiante, decidí visitar la Biblioteca Central Dr. Desiderio Macías Silva. Recuerdo la impresión

que me causó entrar por primera vez. Su tamaño, sus espacios y la cantidad de conocimiento reunido en un mismo lugar me hicieron verla con admiración. En ese momento fui solamente a conocerla, sin imaginar que años más tarde regresaría buscando respuestas diferentes.

La vida profesional me llevó nuevamente a esos pasillos, pero ahora desde otro lugar: ya no solamente como estudiante, sino como egresada y docente universitaria. Mi curiosidad había evolucionado. Regresé a la Biblioteca Norte, pero esta vez buscando libros relacionados con producción, ingeniería de producto y procesos industriales. Recuerdo salir con tantos libros como me era posible llevar, emocionada por seguir aprendiendo y encontrando nuevas herramientas que me permitieran crecer en conocimiento, y así, transmitirlo a mis estudiantes.

Con el tiempo mi camino académico siguió creciendo y me llevó hacia nuevas áreas del conocimiento. La diseñadora que buscaba libros de moda comenzó también a interesarse por la administración, la dirección y la investigación. Fue entonces cuando regresé nuevamente a la Biblioteca Central. Esta vez la experiencia fue diferente. Ya no entraba como aquella estudiante curiosa que recorría sus espacios con admiración ante su inmensidad, sino como una profesionista en búsqueda de respuestas para nuevos retos. Entre sus estantes encontré libros que acompañaron mi formación de posgrado, apoyaron mis proyectos de investigación y ampliaron mi visión más allá del diseño de moda. La Biblioteca Central dejó de ser únicamente un lugar que admiraba para convertirse en una verdadera aliada de mi desarrollo profesional, un espacio al que regresaba cada vez que necesitaba aprender algo nuevo, profundizar en una idea o encontrar el sustento teórico para seguir avanzando.

Hoy puedo decir que ambas bibliotecas han acompañado diferentes versiones de mí: la estudiante que quería aprender a diseñar, la profesionista que buscaba perfeccionar sus conocimientos, la docente que desea transmitir más a sus alumnos y la investigadora que continúa formulando nuevas preguntas.

Porque una biblioteca no solamente guarda libros; también guarda momentos, procesos y transformaciones. Entre sus estantes quedan

pequeñas partes de quienes fuimos y, al mismo tiempo, encontramos herramientas para construir aquello en lo que queremos convertirnos.

Mi historia con las bibliotecas de la UAA ha cambiado con los años, pero hay algo que permanece igual: siempre he encontrado en ellas un lugar para seguir creciendo.

Capítulo 4.

La biblioteca que transformó nuestras vidas

Mi vida en la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Aguascalientes

Myrna Edith Gallegos Carreón
Asistente del Depto. de Control Escolar

Antes de comenzar, quiero decir que pensé durante mucho tiempo en animarme a redactar este escrito. Son tantas y tantas las vivencias compartidas que llevo en mi corazón.

Para mí, la biblioteca es y será siempre parte de mi vida. Amo la biblioteca, amo a mi querida Universidad. Desde niña dije que quería trabajar en la biblioteca donde trabajaba mi mamá y así fue: logré lo que soñaba… ser bibliotecaria.

Para empezar, quiero platicarles que tuve el orgullo de ser hija de una de las pioneras más respetadas y queridas, tanto de la biblioteca como de la Universidad: la señora *Meche Carreón*, o *Mechita*, como muchos la conocían. Ella era mi madre, que en paz descanse.

Siempre me enseñó el amor, el agradecimiento y el espíritu de servicio para ayudar a los demás. Esa siempre fue su encomienda: tratar a las personas de la misma manera en que queremos que nos traten.

Ser bibliotecaria fue un gran honor, puesto que esta labor me permitió ser empática con las personas y brindarles un servicio en el que se sintieran como en casa.

Durante estos casi veinte años de esta hermosa labor, conocí a miles de alumnos, trabajadores, docentes y personas del público en general.

Una de las historias que recuerdo mucho es cuando mi mamá me platicaba acerca de su primer trabajo. Ella fue secretaria del contador don Humberto Martínez de León, primer rector de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Contaba que un día llegó don Humberto al despacho y le dijo:

—Mercedes, ¿quieres irte a trabajar conmigo? Se abrirá una universidad.

Mi mamá, sin dudarlo, le dijo que sí. Desde ahí comenzó su vida y, de alguna manera, también mi vida en la Universidad.

Me platicaba que los camiones solamente llegaban hasta la colonia Fátima, donde había muchos establos, y que desde ahí caminaba hasta Ciudad Universitaria. También me contaba que, cuando estaban construyendo la biblioteca, prácticamente no había nada: todo era campo, puro terreno y uno que otro edificio.

Decía que, mientras trabajaban en la construcción de la biblioteca, se les antojaba mucho ver a los albañiles calentando su lonche en la leña. Algunas veces, ellos les invitaban un taquito de aquello que llevaban y, según contaba mi mamá, era una delicia. Los señores eran muy amables y respetuosos al compartir sus alimentos con el personal de la biblioteca.

Algo que influyó mucho en mí y en el gran amor que siento por la biblioteca es que nacimos el mismo año. Recuerdo que mi mamá platicaba que, durante los meses previos a la inauguración, estaban preparando y organizando todo para que estuviera listo el día del gran acontecimiento, que sería el 18 de noviembre de 1976.

Tristemente, o quizá para su fortuna, yo ya venía en camino a este mundo y ella no pudo estar presente en la inauguración de esta hermosa biblioteca, porque comenzaba su incapacidad por maternidad. Así que la biblioteca y yo nos llevamos un poquito más de un mes de diferencia en nuestro nacimiento.

Como podrán ver, mi infancia estuvo rodeada de este precioso lugar. Aunque venía pocas veces cuando era pequeña, porque a mi mamá no le gustaba que pudieran llamarle la atención por llevarme al trabajo, las ocasiones en que la acompañaba eran de los mejores momentos para mí. Disfrutaba mucho estar aquí y me sentía muy feliz.

Algo peculiar que recuerdo era escuchar el sonido o zumbido que hacían las largas lámparas blancas colocadas en el techo, sobre todo en la Mapoteca. También me gustaba sentarme en un sillón grande que parecía una silla presidencial. Me encantaba esa área.

Conforme fueron pasando los años, siempre permaneció en mi mente el sueño de ser bibliotecaria y, por fin, logré estar en el lugar donde siempre había querido. Comencé realizando mi servicio social. Después de algunos meses, surgió la oportunidad de suplir a un compañero y, en 1999, comenzó formalmente mi vida universitaria.

Estuve aproximadamente cuatro años aquí, en la Sección de Servicios al Público. Después, tristemente, tuve que ausentarme debido a las políticas que se habían establecido para los contratos. Durante ese tiempo trabajé en el Archivo y en el Centro Económico. Dos años después, volví a participar en una convocatoria para bibliotecario y logré obtener mi base.

Como lo comentaba, he vivido muchas experiencias en la biblioteca: algunas hermosas, otras tristes y muchas de todo tipo.

A lo largo de estos años se han forjado grandes compañerismos y amistades. Conocí a la señora Martha, quien fue la primera jefa de la biblioteca. Después llegó la señora Irma, hermana de la señora Martha, quien también fue mi jefa.

Aunque su voz era muy fuerte, imponía y, sobre todo, nos regañaba, era como una mamá para todos. Nos hacía sentir en familia y existía una gran unión entre los compañeros. ¡Cómo se extrañan aquellas

reuniones que se organizaban de vez en cuando y todos los momentos vividos con mis compañeros y amigos!

Recuerdo que, en una ocasión, tuvimos que venir durante las vacaciones porque estábamos preparando paquetes y paquetes de libros. Teníamos que amarrarlos para que fueran trasladados a la Biblioteca Norte con motivo de su inauguración. Todos los compañeros parecíamos hormiguitas, trabajando sin parar. A pesar de lo cansado que fue, disfrutamos mucho aquellos momentos de compañerismo.

Uno de esos días tuve que salir rápidamente al estacionamiento. La puerta principal del edificio estaba cerrada y, cuando regresé, comencé a tocar para que me abrieran. De pronto me di cuenta de que, detrás de mí, estaba un tlacuache, un animalito muy peculiar de la biblioteca.

Me dio muchísimo miedo. Yo tocaba desesperadamente, pero nadie podía escucharme. Casi sentía que el tlacuache se me iba a subir. Fue un susto que nunca he podido olvidar.

Es tanto y tanto lo que quisiera contarles que no acabaría. Sin embargo, agradezco infinitamente a Dios, a mi mamá y a la vida por haberme permitido estar presente, sobre todo en alma y corazón, en esta querida Biblioteca.

Gracias a ella tengo amigos, compañeros y amistades hermosas que, de alguna manera, me recuerdan con cariño y que yo nunca olvido.

Gracias, Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Mi historia en la Biblioteca de la UAA

Ricardo Pérez Hernández

Creo apropiado comenzar diciendo que actualmente soy el encargado de la Sección de Servicios Informáticos del Departamento de Información Bibliográfica y que llevo cerca de treinta años trabajando en las bibliotecas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Sin embargo, mi historia comenzó cuando todavía era estudiante de la carrera de Ingeniería en Sistemas Computacionales.

Corría el año de 1996 y yo cursaba el sexto semestre cuando realicé mi servicio social en el Departamento de Redes y Telecomunicaciones, apoyando en el mantenimiento de equipos de cómputo. En una ocasión, desde las oficinas administrativas de la Biblioteca Central solicitaron ayuda para reparar una impresora y me correspondió atender el reporte.

Ese fue mi primer acercamiento a las oficinas de la biblioteca, pues hasta entonces solamente había entrado como cualquier estudiante para consultar libros o realizar alguna tarea. ¡Quién iba a decir que aquella sencilla reparación marcaría el rumbo de mi vida laboral y personal!

Cuando terminé mi servicio social y cursaba el séptimo semestre, recibí una llamada para ofrecerme un puesto de medio tiempo, con la finalidad de apoyar en el mantenimiento de las computadoras de la Biblioteca. Al principio pensé que únicamente se trataba de atender los equipos recién instalados en el área de Recuperación Automatizada de Información, lo que actualmente conocemos como Biblioteca Virtual. Sin embargo, para mi sorpresa, la responsabilidad era mucho más grande.

No solo debía brindar mantenimiento, sino también ofrecer soporte a los equipos de todas las bibliotecas que existían en ese momento: la Biblioteca Central, la Biblioteca de la Posta, la del Bachillerato Central y la de la antigua Secundaria. Se buscaba cambiar la forma tradicional de trabajo de las bibliotecas. Los catálogos de tarjetas de papel, colocados en aquellos muebles de madera rústicos, comenzarían a ser sustituidos por catálogos electrónicos. También se pretendía automatizar, en la medida

de lo posible, el acceso a la información y permitir la consulta de recursos a través de Internet, algo que en aquella época todavía no estaba disponible en todas las bibliotecas del país.

Además, tendría que hacerme cargo de los servidores de la Biblioteca y participar en la implementación de un software que se convertiría en la piedra angular para administrar todo el acervo bibliográfico. Para mí, que en aquel entonces era un joven inexperto de veintiún años, aquello resultaba abrumador.

Fue un gran reto asumir esas responsabilidades y, al mismo tiempo, continuar con mis estudios. Sin embargo, tuve la fortuna de encontrar personas que me guiaron, compartieron conmigo sus conocimientos y me ayudaron a comprender el verdadero significado del trabajo bibliotecario.

Entre ellas recuerdo con especial cariño a la C.P. Irma Graciela de León, entonces jefa del Departamento de Información Bibliográfica; a la Lic. Imelda García Velazco; a la señora Mercedes Carreón García; a la Lic. Elizabeth Raygoza; a la Lic. Bertha Alicia Galván; al Mtro. Jaime Raygoza y a muchos otros compañeros bibliotecarios.

Gracias a ellos pude conocer el quehacer que se realiza todos los días en las bibliotecas y entender el cariño que sentían por estos espacios. Como decía la señora Irma, las bibliotecas eran nuestra segunda casa, por todo el tiempo que permanecíamos en ellas y por el esfuerzo que se invertía para mantenerlas en las mejores condiciones y ofrecer un servicio de calidad.

Algunas personas incluso se referían a la contadora Irma como la abuelita de todos. De vez en cuando nos daba unas buenas regañadas, pero siempre lo hacía con la intención de corregirnos, enseñarnos y ayudarnos a mejorar.

Con el paso de los años comprendí que es precisamente en el trabajo donde adquirimos gran parte de nuestros conocimientos y experiencias. Uno nunca deja de aprender: un día puede ser algo relacionado con la tecnología y, al siguiente, una lección sobre la vida, la paciencia o la manera de relacionarnos con los demás.

Tengo mucho que agradecerle a la Biblioteca de la UAA. Gracias a mi trabajo pude ampliar mis horizontes, conocer bibliotecas de otras

partes del país y colaborar en proyectos interinstitucionales. Estas experiencias me permitieron descubrir que existe todo un mundo dentro de las bibliotecas: en sus rincones, entre sus estantes, en las historias de sus bibliotecarios y, por supuesto, entre sus libros.

Para quien no lo sepa, dentro de nuestras colecciones existen grandes y extraños tesoros literarios que muy difícilmente podrían encontrarse en otro lugar. Pero los libros no son las únicas historias que habitan una biblioteca.

Si las paredes de nuestra Biblioteca Central pudieran hablar, seguramente contarían historias de amor y de sufrimiento; historias de éxito de estudiantes y profesores; momentos de tristeza por la pérdida de algún ser querido; situaciones divertidas que ocurren durante la vida universitaria; miedo por no aprobar una materia o tener que presentar un examen extraordinario; y felicidad por terminar una carrera y alcanzar la tan esperada graduación.

También hablarían del asombro de los niños que nos visitan desde las escuelas de educación básica y que abren los ojos al descubrir la enorme cantidad de libros que se resguardan aquí. Incluso, para quien no lo sepa, podrían contar historias paranormales de personas que ya no están entre nosotros, pero que algunos aseguran haber visto rondando por los rincones de la "Biblio".

Después de tantos años, puedo decir que la biblioteca no es solamente un lugar donde se guardan libros. Es mucho más que eso. Es un recinto donde puedes cultivar el conocimiento, recibir ayuda y también ofrecerla; un espacio donde puedes encontrar consuelo, desahogar sentimientos y desarrollar el valor de la empatía, algo que cada vez parece más difícil de encontrar en nuestra sociedad.

Cada libro es una ventana hacia una historia o un conocimiento que alguien, en algún momento, decidió compartir con los demás. Y cada persona que entra a la biblioteca lleva consigo sus propias preguntas, preocupaciones, sueños y experiencias.

Por eso, después de casi treinta años de recorrer estos espacios, solo puedo decir:

Haz tuya la Biblioteca, porque la Biblioteca es para ti.

Treinta y siete años se dicen fácil…

Elizabet Rodríguez Ruvalcaba
Procesadora Técnica

El 1 de marzo de 1989 comenzó una de las etapas más importantes de mi vida: mi ingreso a la Universidad Autónoma de Aguascalientes. En aquel momento no imaginaba que esta Institución se convertiría, durante treinta y siete años, en una parte fundamental de mi historia personal y profesional.

A lo largo de este tiempo tuve la oportunidad de desempeñarme en distintos espacios, conocer diversas formas de trabajo y enfrentar retos que me permitieron aprender y crecer. Cada área en la que colaboré me dejó enseñanzas valiosas y me ayudó a comprender que, dentro de una institución tan grande como la Universidad, todas las labores son importantes y contribuyen al cumplimiento de un propósito común.

Durante estos años fui testigo de muchos cambios. Vi transformarse los espacios, los procedimientos, las herramientas de trabajo y las generaciones de estudiantes que recorrieron los pasillos universitarios. También tuve que adaptarme, aprender cosas nuevas y entender que el crecimiento requiere disposición, paciencia y compromiso.

En cada etapa encontré compañeros dispuestos a compartir sus conocimientos, a brindar apoyo en los momentos difíciles y a celebrar los logros alcanzados. Algunas relaciones comenzaron como una simple convivencia laboral y, con el paso del tiempo, se transformaron en amistades sinceras que hoy forman parte de mi vida.

Compartimos jornadas de trabajo, reuniones, preocupaciones, aprendizajes, risas y también momentos personales. Nos acompañamos en etapas importantes y construimos recuerdos que permanecerán más allá de las oficinas, los horarios y las responsabilidades institucionales. Esas amistades son, sin duda, uno de los regalos más grandes que me llevo de la Universidad.

La UAA también me enseñó el valor de la constancia. Treinta y siete años se dicen fácilmente, pero detrás de ellos existen innumerables días de trabajo, esfuerzo, compromiso y dedicación. Hubo momentos sencillos y otros más complicados, pero cada experiencia contribuyó a formar la persona que soy actualmente.

En agosto de 2026 comenzará mi etapa de jubilación. Pensar en este momento despierta en mí sentimientos encontrados. Por una parte, siento alegría y tranquilidad por llegar al final de un largo camino laboral; por otra, aparece la nostalgia de dejar una rutina, unos espacios y unas personas que durante tantos años formaron parte de mi vida cotidiana.

Sé que será un cambio importante. Ya no estarán los mismos horarios ni las actividades de cada jornada, pero permanecerán los aprendizajes, las experiencias compartidas y el cariño de quienes hicieron más agradable este recorrido.

Me retiro con la satisfacción de haber entregado una parte importante de mi vida a la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Me llevo la certeza de que cada esfuerzo tuvo sentido y de que cada etapa, incluso las más difíciles, me dejó una enseñanza.

Agradezco profundamente las oportunidades recibidas, la confianza de quienes trabajaron conmigo y el acompañamiento de tantas personas que fueron parte de esta historia. Algunas estuvieron durante muchos años; otras coincidieron conmigo solamente por un breve periodo, pero todas dejaron alguna huella.

Hoy, al mirar hacia atrás, comprendo que la Universidad no fue únicamente mi lugar de trabajo. Fue un espacio de formación, encuentro y crecimiento. Aquí aprendí, colaboré, construí amistades y viví experiencias que conservaré siempre.

En agosto cerraré una etapa laboral, pero no los vínculos ni los recuerdos. Me voy con el corazón lleno de gratitud y con la tranquilidad de saber que todo lo vivido permanecerá conmigo.

Después de treinta y siete años, puedo decir que la UAA no solamente forma parte de mi trayectoria: forma parte de mi vida.


©Propiedad
Universidad Autonoma de
Aguascalientes

Mi historia en la biblioteca

Rubén Obed Martínez Juárez

Durante más de treinta años he tenido el privilegio de trabajar en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, principalmente como parte del Departamento de Mantenimiento. Esta labor me permitió conocer distintas áreas de la Institución y comprender que cada actividad, por pequeña que parezca, contribuye al funcionamiento de nuestra Universidad.

Con el paso del tiempo decidí estudiar la licenciatura en Derecho. Concluirla representó un gran logro personal y profesional, pues requirió esfuerzo, disciplina y constancia. Al terminar mis estudios, quise comenzar a ejercer como abogado litigante durante las mañanas y continuar trabajando por las tardes en la UAA.

Sin embargo, el horario que necesitaba no era compatible con las actividades que desempeñaba en Mantenimiento. Como mi intención era continuar formando parte de la Universidad, comencé a buscar una oportunidad en otra área. Fue entonces cuando apareció una vacante para bibliotecario del turno vespertino en el Departamento de Información Bibliográfica.

Al principio pensé que los resultados del proceso no me favorecerían, pues se trataba de un trabajo completamente diferente al que había realizado durante tantos años. Aun así, decidí participar y, para mi sorpresa, aparecí en la terna. Finalmente, recibí la oportunidad y, desde agosto de 2024, me encuentro adscrito a este Departamento.

Mi incorporación a la biblioteca significó un cambio total. Pasé de realizar actividades principalmente físicas a desarrollar una labor que requiere atención directa a estudiantes y profesores, conocimiento de los servicios bibliotecarios y aprendizaje constante. Pronto comprendí que trabajar en una biblioteca no consiste solamente en acomodar o prestar libros; también implica orientar a los usuarios, conocer los sistemas de consulta y mantenerse actualizado para brindar una atención adecuada.

Cada día aprendo algo nuevo. Poco a poco me he familiarizado con los procedimientos, las colecciones, las políticas de préstamo y las necesidades de la comunidad universitaria. El trato directo con los usuarios me ha enseñado a escuchar con atención, comprender lo que necesitan y ofrecerles una orientación clara y oportuna.

Esta experiencia también ha enriquecido mi trabajo como abogado litigante. La búsqueda de información, el análisis, la atención a las personas y la capacidad para interpretar sus necesidades son herramientas que puedo aplicar en ambos ámbitos profesionales. De la misma manera, mi formación en Derecho me ayuda a desempeñar mis funciones bibliotecarias con responsabilidad y respeto a las normas.

Reconozco que todavía tengo mucho por aprender, pero me siento agradecido con mis compañeros, quienes me han apoyado para integrarme y comprender mejor esta nueva labor. Formar parte del Departamento de Información Bibliográfica me ha demostrado que nunca es tarde para comenzar una etapa diferente y descubrir nuevas capacidades.

Después de más de tres décadas dentro de la UAA, esta oportunidad renovó mi vida laboral y me permitió conocer otra parte esencial de nuestra Institución. Hoy me siento orgulloso de continuar sirviendo a la comunidad universitaria, ahora entre libros, estudiantes y nuevas experiencias.

Estoy muy contento de pertenecer a este gran equipo y espero seguir aprendiendo y aportando mi experiencia durante muchos años más.

¡Felices 50 años a la Biblioteca Central!

Nunca es tarde…

Marthita
Procesadora Técnica

Mi historia en el Departamento de Información Bibliográfica comenzó en el área de conserjería. En esa etapa, mi jefa era la Lic. Elizabeth Raygoza, de quien siempre recibí apoyo, orientación y palabras de ánimo. Ella me motivó a desempeñar mi trabajo con responsabilidad y, sobre todo, a continuar preparándome para alcanzar nuevas metas profesionales.

Con el paso del tiempo tuve la oportunidad de integrarme como bibliotecaria en el área de Circulación y Orientación. Este cambio representó un gran reto, pues tuve que aprender nuevos procedimientos, conocer los sistemas de préstamo y atender directamente a estudiantes, docentes y demás usuarios de la biblioteca. Comprendí que nuestra labor no consiste solamente en entregar libros, sino en escuchar, orientar y ayudar a las personas a encontrar la información que necesitan.

Aquella etapa fue especialmente significativa para mí porque, mientras aprendía mis nuevas funciones, llevaba en mi vientre a mi hija menor, quien ahora tiene once años. Mi crecimiento laboral estuvo acompañado por la maternidad y por el esfuerzo de combinar el trabajo, el cuidado de mi familia y el deseo de continuar superándome.

En ese tiempo, la jefa del Departamento de Información Bibliográfica era la señora Irma, quien se preocupaba por la formación profesional del personal. Gracias a las gestiones que realizó mediante recursos extraordinarios, varios compañeros tuvimos la oportunidad de estudiar la licenciatura en Bibliotecología en modalidad abierta y con una beca otorgada por la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Para mí, esta oportunidad significó mucho más que cursar una carrera. Me permitió comprender con mayor profundidad el trabajo bibliotecario y relacionar los conocimientos académicos con las actividades que realizaba diariamente. Sin embargo, estudiar mientras

trabajaba y atendía mis responsabilidades familiares no fue sencillo. En ocasiones, el cansancio y la falta de tiempo hicieron que me retrasara en el proceso para obtener mi título.

A pesar de las dificultades, nunca abandoné por completo esa meta. Sabía que había invertido mucho esfuerzo y que algún día tendría que concluir lo que había comenzado.

La preparación adquirida me permitió continuar creciendo dentro del Departamento. Actualmente me desempeño como procesadora técnica en la Sección de Adquisiciones y Procesamiento Técnico, donde he adquirido nuevos conocimientos y una mayor experiencia profesional. En esta área he aprendido todo el trabajo que se realiza antes de que un libro llegue a los estantes y pueda ser consultado por los usuarios.

Cada material debe pasar por distintos procesos de adquisición, registro, catalogación, clasificación y preparación física. Aunque muchas veces esta labor no es visible, resulta fundamental para que estudiantes, docentes e investigadores puedan localizar y utilizar adecuadamente los recursos bibliográficos.

Este año, después de mucho esfuerzo, finalmente logré obtener mi título universitario. Recibirlo fue un momento de enorme satisfacción, porque representó la culminación de años de estudio, trabajo, responsabilidades familiares y perseverancia.

Al mirar hacia atrás, recuerdo mis primeros días en conserjería y todo el camino que he recorrido hasta llegar al área de Procesamiento Técnico. Cada puesto me ha dejado aprendizajes importantes y me ha permitido conocer la biblioteca desde diferentes perspectivas.

También reconozco y agradezco a las personas que confiaron en mí: a la Lic. Elizabeth Raygoza, por motivarme a continuar preparándome; a la señora Irma, por abrirnos la posibilidad de profesionalizarnos; y a la Universidad Autónoma de Aguascalientes, por brindarme la beca y las oportunidades necesarias para seguir creciendo.

Mi historia me ha enseñado que el desarrollo profesional no siempre ocurre de manera rápida ni siguiendo un camino sencillo. A veces debemos detenernos para atender otras responsabilidades, pero eso no significa renunciar a nuestros sueños.

Hoy me siento orgullosa de pertenecer al Departamento de Información Bibliográfica y de contribuir, desde mi labor como procesadora técnica, a que el conocimiento llegue a quienes lo necesitan.

Obtener mi título después de tantos años confirmó algo que ahora puedo decir con plena certeza: nunca es tarde para alcanzar una meta cuando existe voluntad, esfuerzo y perseverancia.

La biblioteca que me cobijó

Norma Carrasco

Durante varios años me desempeñé como jefa de sección en el Departamento de Archivo General de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Era un espacio que conocía bien, con procedimientos, responsabilidades y dinámicas que formaban parte de mi vida cotidiana. Ahí había construido una experiencia profesional y me sentía segura en las tareas que realizaba.

Sin embargo, como sucede muchas veces en la vida institucional, algunas circunstancias administrativas cambiaron mi rumbo y pasé a formar parte del Departamento de Información Bibliográfica.

Recibí la noticia con cierta incertidumbre. Aunque seguía dentro de la misma Universidad, para mí representaba comenzar de nuevo. Cambiaban los sistemas, los procedimientos, los servicios, los proveedores y, por supuesto, los compañeros con quienes compartiría la jornada laboral. Dejaba atrás un ámbito que dominaba para incorporarme a otro que, en ese momento, me resultaba completamente desconocido.

Siempre he pensado que, sin importar el lugar al que se nos asigne, debemos actuar con responsabilidad, lealtad y sentido institucional. Cada espacio de trabajo merece nuestro mejor esfuerzo y cada nueva responsabilidad debe asumirse con disposición para aprender. Esa convicción fue la que me ayudó a enfrentar el cambio.

Me incorporé al área de Biblioteca Virtual y, desde los primeros días, descubrí que estaba entrando a un mundo mucho más amplio de lo que había imaginado. Comencé a interactuar con bases de datos académicas, recursos electrónicos, convenios de préstamo interbibliotecario, sistemas de consulta y relaciones de colaboración con homólogos de otras universidades.

Al principio, todo parecía tener un lenguaje propio. Había términos, procesos y plataformas que debía aprender. Cada día surgía una

nueva pregunta y, en ocasiones, sentía que apenas comenzaba a comprender un procedimiento cuando ya aparecía otro reto.

También tuve que conocer el funcionamiento de los proveedores, las condiciones de acceso a los recursos digitales y la importancia de mantener una comunicación constante con distintas instituciones. Comprendí que detrás de cada base de datos disponible para los estudiantes existe una gran cantidad de trabajo administrativo, técnico y de gestión que pocas veces se ve.

No fue un proceso inmediato. Necesité tiempo, paciencia y humildad para reconocer que tenía mucho por aprender.

Una de las primeras lecciones que me dejó la biblioteca fue comprender que nadie construye solo un servicio. Para avanzar necesitaba escuchar a quienes ya conocían el trabajo, valorar su experiencia y acercarme a mis compañeros con respeto. Cada uno poseía conocimientos distintos y todos tenían algo que enseñarme.

Comencé a observar la manera en que realizaban sus actividades, a preguntar cuando algo no me quedaba claro y a reconocer el esfuerzo que existía detrás de cada proceso. Poco a poco entendí que la mejor forma de dirigir un equipo no consiste en pretender saberlo todo, sino en identificar las fortalezas de sus integrantes, confiar en ellas y crear las condiciones para que puedan desarrollarse.

El reconocimiento del trabajo de mis compañeros fue fundamental. Descubrí que cuando las personas se sienten escuchadas y valoradas, también se comprometen de una manera diferente. El ambiente comenzó a transformarse y nuestro equipo de Biblioteca Virtual fue encontrando una forma más armónica de trabajar.

Aprendimos a complementarnos, a compartir conocimientos y a enfrentar juntos las dificultades. Los avances empezaron a hacerse visibles: mejoramos procesos, fortalecimos servicios y logramos que el área respondiera de una manera más eficiente a las necesidades de la comunidad universitaria.

Con el paso del tiempo fui dominando un poco más mi puesto. Aquello que al principio me parecía completamente ajeno comenzó a convertirse en parte de mi experiencia profesional. Las bases de datos

dejaron de ser plataformas desconocidas y se volvieron herramientas indispensables para acercar información académica a estudiantes, docentes e investigadores.

Los convenios interbibliotecarios adquirieron también un significado distinto. Ya no los veía solamente como trámites entre instituciones, sino como puentes que permitían ampliar las posibilidades de acceso al conocimiento. Cada colaboración con otra universidad representaba una oportunidad para apoyar a alguien que buscaba información que no encontraba de manera inmediata.

La Biblioteca Virtual me enseñó que una biblioteca no está limitada por sus paredes. Puede llegar hasta el salón de clases, el laboratorio, la oficina o el hogar de un estudiante. Puede acompañar a una persona a cualquier hora y ofrecerle recursos para continuar aprendiendo, incluso cuando el edificio físico permanece cerrado.

Esa etapa transformó mi manera de comprender el trabajo bibliotecario.

Con el tiempo recibí una responsabilidad todavía mayor: estar al frente de la coordinación de nuestras ocho bibliotecas. Nuevamente sentí el peso del reto, pero ya no era la misma persona que había llegado con incertidumbre al Departamento de Información Bibliográfica. Ahora contaba con la experiencia adquirida, con el conocimiento de mis compañeros y con la certeza de que los resultados se construyen en equipo.

Coordinar ocho bibliotecas significa reconocer que cada una tiene una identidad, una comunidad y necesidades particulares. No es lo mismo atender a estudiantes de bachillerato que a universitarios, docentes o investigadores. Cada espacio enfrenta retos diferentes y cuenta con personas que, desde su experiencia, buscan ofrecer el mejor servicio posible.

Una de mis principales preocupaciones ha sido que el trabajo de nuestros encargados y bibliotecarios sea reconocido. Detrás de cada libro acomodado, cada usuario orientado, cada curso impartido y cada recurso disponible existe el esfuerzo de personas comprometidas con su labor.

Muchas veces, el trabajo bibliotecario ocurre de manera silenciosa. Quien llega a consultar un libro quizá no imagina todo lo que sucedió antes de que ese material llegara al estante. Quien accede a una base

de datos desde su computadora probablemente desconoce las gestiones necesarias para mantenerla disponible. Quien recibe orientación para localizar información quizá no alcanza a dimensionar la preparación de la persona que lo atiende.

Por eso considero tan importante visibilizar lo que hacemos.

También he buscado que nuestra comunidad universitaria conozca los cursos de Desarrollo de Habilidades Informativas. No basta con tener grandes colecciones o acceso a numerosos recursos electrónicos si las personas no saben cómo utilizarlos. Enseñar a buscar, evaluar y emplear la información de manera adecuada es una de las tareas más importantes que realizamos.

Cada integrante del Departamento contribuye desde su propia trinchera. Algunos trabajan directamente con los usuarios; otros procesan los materiales, mantienen los sistemas, imparten cursos, gestionan adquisiciones, realizan reparaciones o administran recursos digitales. Las funciones son diferentes, pero todas persiguen un mismo propósito: acercar el conocimiento a nuestra comunidad.

Con el paso de los años, la biblioteca dejó de ser para mí aquel lugar desconocido al que llegué por una decisión administrativa. Se convirtió en un espacio que me recibió, me enseñó y me permitió descubrir nuevas capacidades.

Es sorprendente cómo una biblioteca puede cobijarte.

Trabajar en una biblioteca no significa únicamente administrar colecciones o coordinar servicios. Significa tener la posibilidad de influir, de manera discreta pero significativa, en la formación de muchas personas. Cada generación que atraviesa sus puertas lleva consigo una parte de lo aprendido y deja también una huella en quienes trabajamos aquí.

Cuando miro hacia atrás, comprendo que aquel cambio que inicialmente me produjo incertidumbre terminó por convertirse en una de las experiencias más valiosas de mi vida profesional. La biblioteca me obligó a salir de lo conocido, a aprender nuevos procesos, a confiar en otras personas y a descubrir una forma distinta de servir a la Universidad.

Hoy puedo decir que la biblioteca no solamente me abrió sus puertas: me hizo parte de su historia.

La biblioteca que cambió mi perspectiva de vida

Mario Arellano

En 1992 tenía dieciséis años. Los había cumplido el 30 de septiembre de ese mismo año. Provenía de una familia de escasos recursos, en la que cada oportunidad se conseguía con mucho esfuerzo, trabajo y perseverancia.

Mi padre había logrado ingresar a la ahora Universidad Autónoma de Aguascalientes como conserje. Con el paso del tiempo, gracias a su compromiso y dedicación, consiguió ascender hasta ocupar el puesto de supervisor. Para nuestra familia, su trabajo en la Universidad representó estabilidad, pero también la posibilidad de conocer un mundo que, hasta entonces, parecía muy lejano para nosotros.

Cuando cumplí dieciséis años, mi padre me ayudó a ingresar a la Universidad como conserje. Durante aproximadamente seis años trabajé en la Preparatoria Petróleos. Aquella experiencia me permitió conocer el valor del trabajo y comprender la importancia de cumplir con responsabilidad cada una de las tareas que se me encomendaban.

Sin embargo, por distintas circunstancias de la vida, decidí renunciar a la Universidad para continuar con mis estudios de bachillerato. No fue una decisión sencilla. Dejar un empleo seguro para regresar a las aulas implicaba incertidumbre y muchos sacrificios, pero estaba convencido de que necesitaba prepararme.

Con un gran esfuerzo logré concluir el bachillerato en el CBTIS número 39. Para mí, aquel logro representaba haber alcanzado una meta muy importante. Me sentía satisfecho porque había conseguido algo que durante mucho tiempo había parecido difícil.

Algunos de mis compañeros comenzaron a prepararse para presentar el examen de admisión a la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Ellos me animaron a intentarlo.

—No pierdes nada —me decían.

Decidí hacerles caso, presenté el examen y, para mi alegría, fui aceptado. Ingresé a estudiar la licenciatura en Mercadotecnia. En ese momento comenzó una nueva etapa en mi vida, aunque todavía no imaginaba que la propia Universidad me abriría nuevamente las puertas para trabajar y que, esta vez, encontraría en ella mi verdadera vocación.

Mi madre trabajaba realizando labores de limpieza en la casa de la señora Irma. Un día, mientras conversaban, la señora Irma le preguntó:

—Oye, ¿no conoces a alguien que tenga la preparatoria terminada y quiera trabajar por las tardes como bibliotecario?

Mi madre le respondió:

—Sí, uno de mis hijos está estudiando en la Universidad.

Inmediatamente, la señora Irma le pidió que se comunicara conmigo. Poco después recibí la llamada de mi madre. Recuerdo claramente aquella breve conversación.

—Oye, ¿quieres trabajar? —me preguntó.

—Sí, claro —respondí sin pensarlo demasiado y sin preguntar siquiera de qué se trataba.

—Entonces vente. Te espero aquí, en la Universidad.

—No traigo dinero —le dije.

—Vente en taxi, yo lo pago.

—Está bien, ahí voy.

Cuando llegué, mi madre me indicó:

—Ve al edificio 56 y pregunta por la señora Irma. Ella te explicará de qué se trata el trabajo.

Me dirigí al lugar y me presenté con ella. La señora Irma me observó y comenzó a hacerme algunas preguntas.

—A ver, ¿a qué te dedicas?

—En este momento estoy estudiando —respondí.

—¿Y qué estudias?

—Mercadotecnia.

Entonces me dijo:

—Muy bien. Siga preparándose. Ahora vaya con Carlos Domínguez y dígale que usted es el nuevo bibliotecario.

Así, de una manera inesperada y casi sin darme tiempo de asimilarlo, comenzó mi historia dentro de la biblioteca.

Me dirigí a la Biblioteca Central y me presenté con el señor Carlos Domínguez. Le expliqué que iba de parte de la señora Irma y que, según me habían dicho, yo era el nuevo bibliotecario.

Él me miró sorprendido y exclamó:

—¿Tú?

Nunca supe exactamente por qué reaccionó de esa manera. Tal vez esperaba a una persona con más experiencia o de mayor edad. Lo cierto es que llamó a uno de los compañeros que se encontraba en la oficina y le indicó:

—Ve y explícale cómo funciona el sistema.

No recuerdo con precisión si en aquel momento ya se utilizaba el catálogo Aleph. Han pasado muchos años y algunos detalles se han borrado de mi memoria. Lo que sí recuerdo perfectamente es la mezcla de curiosidad, nerviosismo y emoción que sentía.

Me preguntaba: "¿Cómo será este trabajo? ¿Qué tendrá que hacer un bibliotecario? ¿Seré capaz de aprenderlo?".

Con el paso de los días comprendí que trabajar en una biblioteca era muy diferente de lo que había imaginado. No se trataba solamente de acomodar libros, prestar materiales o mantener el orden. Estaba entrando en un espacio dedicado al conocimiento, y para poder orientar a los usuarios era necesario leer, aprender y conocer un poco de cada disciplina.

Poco a poco comencé a familiarizarme con las diferentes áreas del conocimiento. Aprendí que cada libro ocupa un lugar por una razón y

que detrás de su clasificación existe una estructura que permite localizar la información.

También entendí que para ayudar a una persona a buscar un tema no basta con escribir exactamente las palabras que menciona. Es necesario pensar, relacionar conceptos y comprender desde qué disciplina puede abordarse la información.

Por ejemplo, si alguien preguntaba dónde podía encontrar información sobre la inflación en México, una posibilidad era buscar en materiales sobre los problemas económicos del país. Pero si deseaba conocer qué es la inflación, cómo se origina y cuáles son sus efectos, entonces había que acudir a libros de Macroeconomía, disciplina que estudia fenómenos como la inflación, el desempleo y el comportamiento general de la economía.

Ese tipo de búsquedas despertó en mí una gran curiosidad. Cada pregunta de los usuarios se convertía también en una oportunidad para aprender. Si no conocía un tema, investigaba; si no encontraba una respuesta de inmediato, consultaba otros materiales o pedía orientación. Así fui adquiriendo conocimientos que nunca imaginé tener.

La biblioteca comenzó a cambiar mi manera de observar el mundo.

Descubrí que la lectura no solamente proporciona información, sino que también nos ayuda a comprender distintos puntos de vista. Leer nos vuelve más atentos, más reflexivos y más capaces de analizar lo que ocurre a nuestro alrededor. La lectura me permitió hablar con mayor seguridad y orientar de una mejor manera a estudiantes, maestros e investigadores.

Conforme me desenvolvía dentro del ambiente académico, comprendí que una de las grandes diferencias entre realizar un trabajo por obligación y ejercerlo con verdadera vocación está en la disposición con la que se atiende a las personas.

Cuando alguien no está conforme con su trabajo, difícilmente pone en él todo su esfuerzo. En cambio, cuando encontramos sentido en lo que hacemos, cada tarea adquiere un valor diferente. Atender a un estudiante, localizar un libro o explicar cómo realizar una búsqueda

deja de ser una actividad rutinaria y se convierte en una manera de contribuir a la formación de alguien más.

Con el tiempo comprendí lo que verdaderamente significa ser bibliotecario. Para mí, un bibliotecario es una especie de maestro sin título: alguien que enseña sin estar necesariamente frente a un grupo, que orienta sin imponer y que acompaña a las personas en su búsqueda de conocimiento.

El bibliotecario no solamente entrega un libro. También escucha una necesidad, interpreta una pregunta y ayuda a encontrar respuestas. En ocasiones, incluso se convierte en compañía para el estudiante que llega confundido, preocupado o sin saber por dónde comenzar.

Nuestra labor ha adquirido todavía más importancia en una época en la que la lectura se ha ido dejando de lado. Hoy contamos con una enorme cantidad de información, pero no siempre sabemos interpretarla, evaluarla o utilizarla adecuadamente. Por eso, una parte fundamental de nuestro trabajo consiste en fomentar el hábito de la lectura y despertar en los usuarios la necesidad de acercarse a los libros.

Reconozco que actualmente leo, sobre todo, aquellos materiales que necesito para preparar mis clases, otra faceta profesional que tengo la satisfacción de desarrollar. Sin embargo, cada libro que consulto continúa aportándome conocimientos y herramientas que puedo compartir con otras personas.

También he comprendido la importancia de realizar campañas y actividades de fomento a la lectura. No se trata solamente de decirles a los jóvenes que deben leer, sino de mostrarles que un libro puede responder a sus inquietudes, ampliar sus horizontes e incluso cambiar el rumbo de su vida.

Eso fue precisamente lo que la biblioteca hizo conmigo.

Llegué sin conocer realmente el trabajo bibliotecario y, poco a poco, encontré un espacio en el que podía aprender todos los días, apoyar a los demás y crecer tanto personal como profesionalmente. La biblioteca transformó mi perspectiva de la vida porque me enseñó que el conocimiento siempre abre nuevas posibilidades.

Cuando miro hacia atrás, comprendo que fueron muchas las personas y circunstancias que me ayudaron a llegar hasta donde estoy. El esfuerzo de mi padre, la confianza de mi madre, la oportunidad brindada por la señora Irma y la orientación de quienes me recibieron en la Biblioteca Central fueron fundamentales para que pudiera descubrir mi vocación.

Tal vez nunca lo había expresado con tanta claridad, pero hoy puedo decirlo con orgullo y sinceridad: amo mi trabajo.

Amo la posibilidad de aprender algo nuevo todos los días, de orientar a quienes buscan información y de formar parte de un espacio que puede transformar la vida de las personas, tal como transformó la mía.

La biblioteca no solamente me ofreció un empleo. Me dio conocimientos, confianza, una nueva manera de comprender el mundo y la oportunidad de descubrir quién quería ser.

Por eso, más que un lugar lleno de libros, para mí la biblioteca ha sido una escuela de vida.

Biblioteca Central, mi refugio

Erika Vanessa Romo López

Solicité trabajo en la Universidad Autónoma de Aguascalientes en el año 2002 porque quería seguir estudiando. Cuando me dijeron que me darían empleo dentro de la Biblioteca me llené de incertidumbre. Hasta ese momento, solo había visitado una biblioteca en toda mi vida, la que se encuentra en el centro de la ciudad, a donde todos los estudiantes de secundaria acudíamos a hacer alguna investigación. No sabía nada de bibliotecas. Yo creí que me darían un puesto como recepcionista o algo así.

Entré a la Biblioteca Central queriendo saberlo todo de inmediato. Recuerdo que les preguntaba todo a mis compañeros y ellos, con mucha paciencia, solo me decían: "con el tiempo aprenderás, no te apresures". Tenían razón. Lo cierto es que, 24 años después, nunca he dejado de aprender cosas nuevas. La Biblioteca no deja de enseñarme, ser bibliotecaria de la Biblioteca ha sido una de las experiencias más maravillosas de mi vida.

Nunca imaginé que la biblioteca sería mi refugio, mi lugar seguro. Curiosamente, cada vez que me encuentro ante algún problema o alguna situación que me angustia en mi vida personal, recorro sus pasillos. Camino entre sus estantes y siempre encuentro algún libro que me reconforta.

La Biblioteca Central tiene para mí una magia enigmática que me es difícil describir. Es el grato sentimiento que me provoca cuando me encuentro totalmente sola entre sus libros y se siente una energía tan armónica. Es un silencio lleno de historias.

Me es difícil contar una historia propia, porque en este momento en mi mente no ronda una, rondan muchas. Rondan anécdotas de compañeros que me enseñaron sin prisas, de alumnos, de maestros, de visitantes externos. Tantas generaciones que han pasado por la Biblioteca Central que no me queda más que sentirme agradecida por formar parte de estas historias.

Hoy, a 50 años de nuestra Biblioteca Central, entiendo que yo entré buscando un trabajo para poder seguir estudiando, y encontré mi lugar en el mundo. Mi lugar es aquí, en la Biblioteca.

Un lugar para habitar

Karol Guadalupe Leos González

Era el mes de junio del año 2018, estaba finalizando el segundo semestre, en aquel momento me sentía agobiada con la carga laboral, ni el salario ni las condiciones en general eran de mi agrado y tenía poco de haber renunciado, estaba entrando en un punto de desesperación total, pero mi mayor preocupación era pagar la inscripción, abandonar el trabajo sin pensarlo no fue la mejor opción, sin embargo, no había muchas opciones, no me quedó de otra que soportar y buscar algo más.

Durante ese periodo de evaluaciones finales me acerqué para platicar con el maestro Francisco Fernández (que en paz descanse), el semestre anterior había impartido la materia de Taller de Escritura Aplicado al Arte, y como amé su materia le tomé cariño y confianza, en esa ocasión le platiqué sobre mi desesperación, desde 2016 que abandoné la carrera de Docencia del Idioma Inglés decidí que quería ser escritora, y en ese 2018 estaba considerando dejar mi trabajo para dedicarme a ello, pero no estaba segura de que ese era el camino que debía seguir.

El maestro Paco me escuchó sin hacer muchas preguntas, casi entre lágrimas le dije que no podía más, que mis horribles empleos eran necesarios para poder pagar mis estudios. Después de dejar una licenciatura trunca, mi único y más grande deseo era terminar la carrera de Estudios del Arte y Gestión Cultural, así que recurrí a él en busca de un consejo. En realidad, no dijo mucho, me aconsejó esperar un poco más, al menos a que terminara el semestre y que pronto se presentaría algo, me alentó a no perder la fe, él confió que mis habilidades para escribir eran buenas, pero aún debían pulirse para poder vivir de ello.

El semestre acabó, y uno nuevo empezó, apenas logré juntar el dinero para la inscripción, encontré un empleo de 6 horas en el Soriana de Plaza Universidad, aunque de vez en cuando me hacían quedarme más tiempo y nunca me dieron el pago correspondiente a esas horas

extra, no había forma de la que pudiera salir de ahí, aunque anhelaba un día poder dejar ese lugar.

Ya era el mes de agosto, las clases estaban a poco de iniciar, un día por la tarde recibí un mensaje de parte del maestro Paco que me decía que necesitaba mi apoyo en la biblioteca de la universidad y que era de suma urgencia que al día siguiente me presentara, en un principio me negué porque debía cumplir con mi horario laboral, pero él insistió argumentando que era importante que asistiera.

Acepté y decidí faltar al trabajo, le consulté al maestro Paco si debía llevar algo, contestó que solo llevara mi computadora y algo en qué hacer anotaciones, no sabía de qué se trataba la actividad que era urgente que lo apoyara. No voy a mentir, sí sentía un poco de nervios, el maestro me dio poca información y tenía miedo de que al final no fuera tan importante y que hubiese consecuencias en mi trabajo por no haber asistido.

El día llegó, falté, no avisé y nadie preguntó, alrededor de las 9 de la mañana llegué a la biblioteca, pensé que vería ahí al maestro Paco, pero no me respondía los mensajes, mientras tanto, durante mi estadía en el edificio intenté mantener la calma, aproveché el tiempo para pasear por los pasillos de la biblioteca, vi las estanterías y busqué libros de mi interés, al final no me animé a tomar ningún libro, no quería empezar algo que luego no podría continuar.

En ese momento yo no sabía que el maestro Paco me había regalado un momento de paz dentro del caos que representaba ir a trabajar, en mi espera, pensé que quizá no era una actividad tan relevante y que había arriesgado mi trabajo por eso, estaba a punto de arrepentirme, pero el maestro finalmente se puso en contacto, me envió un formato y me dio indicaciones de cómo llenarlo, me pidió sacarle 3 copias y llevarlo al departamento académico correspondiente de mi carrera.

Aunque llené el formato, no entendía que estaba haciendo, más tarde el maestro Paco me encontró sentada solita en una de esas mesas blancas y redondas, me explicó las actividades que realizaría, me convocó para ser Instructor Beca de la Maestría en Arte, misma donde él era el secretario a cargo, él no olvidó aquella platica a final de semestre donde desesperada le pedí un consejo para no rendirme en seguir mi

carrera y cuando tuvo oportunidad de solicitar un becario, pensó en mi situación y creyó que era el momento para ayudarme a dejar esos horribles empleos.

Me aguanté las ganas de llorar, fue un gesto amable pensar en mí para ser su apoyo como Instructor Beca, esa fue la oportunidad que en silencio yo pedía me cayera del cielo. Y quizás te preguntes que tendrá que ver esto con la biblioteca, para mi esa fue una experiencia cargada de emoción y cambios, ese fue el inicio del momento en el que mi vida estudiantil mejoró.

A veces creo que el maestro Paco eligió la biblioteca para darme ese primer respiro, y lo curioso es que ese lugar se volvió como mi segundo refugio dentro de la universidad, ahí iba luego de terminar mis labores como instructor beca en el Centro de las Artes y la Cultura, ese era el lugar al que iba cuando no había clases y aprovechaba para aventajar a las tareas o trabajos, era ese el lugar donde encontré inspiración para escribir e investigar sobre mis novelas que aún al día de hoy están incompletas.

Cuando comencé a delimitar los objetivos de mi tesina sobre videojuegos, me iba un rato a la biblioteca central y otro a la biblioteca norte, no olvido como en una libretita escribía las citas que me emocionaba mucho imaginar cómo enriquecerían mi texto. Pero sin duda mi recurso estrella fue la biblioteca virtual, las mejores citas las obtuve de los ejemplares que solo encontré en digital.

Odiaba cuando cerca del periodo de evaluaciones parciales o final de semestre se llenaba la biblioteca, me gustaba sentarme en una mesa para mi sola, a veces agarraba tantos libros que ocupaban todo el espacio y en esos momentos era difícil encontrar un espacio amplio y silencioso. Siempre me pareció gracioso que en las películas cuando el protagonista se va a la biblioteca para estudiar y demostrarle al antagonista que en verdad era un estudiante ejemplar, mostraban escenas en las que tenían muchos libros sobre la mesa o apilados y que leía todos a la vez, pero estoy segura que más de una vez repliqué sin querer una de esas escenas.

Previo a graduarme, hice mis últimas visitas a la universidad, fui la biblioteca al menos por fuera, y si había oportunidad de entrar me daba una vueltita por los pasillos, aunque sea nada más de entrada por salida. De todo el campus, ese era el mejor lugar para descansar, llegar ahí era como

entrar a un lugar mágico donde apenas pisaba la puerta y parecía que desaparecía del mundo, no siempre tuve un libro en mis manos, pero cuando estuve sentía que solo era yo gozando de estar en mi hábitat natural.

Las personas suelen admirar las bibliotecas por la cantidad de libros y materiales que ofrecen, y sí, la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Aguascalientes es muy amplia y basta, pero para mí no fue solo una fuente de información, mi experiencia y mis gratos recuerdos no serían nada sin el hábito constante de recorrer los estantes, buscar el banquito para agarrar el ejemplar de arriba, ver jóvenes dormidos en los escritorios apoyando sus cabezas sobre sus mochilas o los libros, algunas veces intentar dormir como ellos y jamás lograrlo, otros tantos hablando con un tono de voz demasiado elevado, otros preocupados hojeando y escribiendo en sus libretas o laptops con gran desesperación.

El ambiente de la biblioteca no cambia, aún si las instalaciones se modernizan, son los estudiantes, las personas que están al servicio de la misma los que nutren el espacio y todo lo que conlleva la experiencia. Es curioso como un lugar rodeado de aulas, edificios y espacios verdes se convierta en donde la dedicación al estudio es más fuerte, aquellos que rara vez decidieron ir o que simplemente nunca fueron, se perdieron de la oportunidad de habitar uno de los lugares más hermosos de la universidad.



Entre libros, memoria y fuego: un privilegio llamado, Fondo Antiguo de la Universidad Autónoma de Aguascalientes

José Luis González Sandoval

Hay experiencias que transforman una vida sin hacer ruido. La mía comenzó entre estanterías, libros y el profundo respeto por el conocimiento. Formar parte de la Universidad Autónoma de Aguascalientes ha significado mucho más que desempeñar un trabajo; ha representado la oportunidad de construir una vocación de servicio, investigación y preservación de la memoria. En el marco del 50 Aniversario de la Biblioteca Central "Dr. Desiderio Macías Silva", miro hacia atrás con gratitud y comprendo que cada libro resguardado, cada investigación realizada y cada hallazgo forman parte de una historia colectiva que trasciende generaciones.

La biblioteca universitaria ha cambiado con el paso del tiempo. Hoy vivimos en la era de la información, donde el conocimiento parece encontrarse a un clic de distancia y la inteligencia artificial transforma la manera en que buscamos, analizamos y utilizamos los datos. Sin embargo, esta nueva realidad también nos recuerda que el conocimiento necesita contexto, veracidad y memoria. Precisamente ahí radica la misión permanente de la biblioteca universitaria: ser el espacio donde la información se convierte en conocimiento y donde el patrimonio documental adquiere significado para la sociedad.

He tenido el privilegio de formar parte del personal bibliotecario de la Universidad Autónoma de Aguascalientes durante una etapa en la que la institución ha fortalecido su compromiso con la conservación de su patrimonio bibliográfico. Desde esta responsabilidad comprendí que un bibliotecario no solamente organiza colecciones o facilita información; también investiga, preserva, interpreta y comunica la historia que permanece silenciosa entre las páginas de los libros.

Uno de los momentos más significativos de mi trayectoria profesional fue participar en la organización asi como en la investigación del Fondo Antiguo de la Universidad Autónoma de Aguascalientes Cada ejemplar representa un testimonio irrepetible del pasado. Sus encuadernaciones, anotaciones manuscritas, sellos, marcas de agua y marcas de fuego, autores, tintas, impresores, lectores y cada huella transformada en evidencias son ahora parte de texturas bibliográficas y son evidencias materiales que permiten reconstruir el recorrido histórico de los libros y comprender las instituciones, personas y comunidades que los custodiaron durante siglos.

El estudio de este patrimonio bibliográfico encontró una expresión concreta en la publicación del libro titulado: Los libros ocultos de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Trozos de su historia, patrimonio bibliográfico y legado cultural, obra realizada junto con el doctor Luciano Ramírez Hurtado y publicada por la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Este trabajo documenta la historia de los libros emparedados descubiertos en 1972 durante las remodelaciones del antiguo edificio universitario, aspecto relevante para el mundo bibliográfico que resalta la importancia del Fondo Antiguo como parte de la memoria histórica de la institución. La investigación demuestra que la reconstrucción de una colección antigua requiere la colaboración entre historiadores, bibliotecólogos y especialistas en patrimonio documental.

Sin embargo, hubo un momento que marcó profundamente mi vida profesional. Después de largas jornadas de observación, comparación y análisis material de numerosos ejemplares, tuve la enorme satisfacción de identificar dos marcas de fuego inéditas que hasta ese momento no habían sido registradas por la bibliografía especializada. Aquellas pequeñas impresiones realizadas con hierro candente sobre los cantos de los libros, aparentemente discretas para cualquier observador, se convirtieron en una puerta hacia nuevas líneas de investigación sobre la procedencia de los ejemplares que conforman el Fondo Antiguo.

Recuerdo perfectamente la emoción de ese descubrimiento. No fue producto del azar, sino del trabajo constante, de la paciencia y de la convicción de que los libros aún tienen mucho que revelar. Comprendí entonces

que incluso los detalles más pequeños pueden modificar la comprensión histórica de un acervo bibliográfico. Descubrir dos marcas de fuego inéditas significó aportar un nuevo conocimiento al estudio del patrimonio bibliográfico mexicano y demostrar que las bibliotecas universitarias continúan siendo espacios donde también se produce investigación científica.

Ese hallazgo me hizo valorar todavía más el enorme legado recibido y custodiado por la Universidad. Los aproximadamente doscientos libros conventuales encontrados ocultos dentro de los muros representan mucho más que una colección antigua; constituyen un testimonio de quienes decidieron proteger el conocimiento en tiempos de incertidumbre. Hoy la Universidad conserva ese legado para ponerlo al servicio de la investigación y de la sociedad, reafirmando su compromiso con la preservación del patrimonio cultural.

Al revisar el video documental y académico titulado: Los libros antiguos de la UAA, realizado y publicado por radio y televisión de la UAA hace ya más de 13 años, encuentro un profundo sentido de continuidad entre las voces de quienes participaron en la consolidación de este patrimonio. Las reflexiones de nuestro querido maestro Felipe San José y González sobre el valor cultural de los libros y en particular del valor académico de los diccionarios o bien, del padre de la gramática española Don Elio Antonio de Nebrija o más aún; de los testimonios de nuestro primer rector, C.P. Humberto Martínez de León, acerca del desarrollo institucional de la Universidad, asi como de su relato del momento del nacimiento de la universidad como la máxima casa de estudios del estado de Aguascalientes o como las cátedras y visión analítica del Dr. Marco Alejandro Sifuentes, uno de los primeros investigadores en documentar aspectos detallados de la riqueza cultural y patrimonial del Fondo Antiguo de la UAA. También del Mtro. José Luis García Ruvalcaba y de otros tantos destacados académicos que aportaron su experiencia y conocimiento al cuidado de los libros antiguos y que hoy en día muestran que la historia de la UAA ha sido posible gracias al trabajo conjunto de múltiples generaciones comprometidas con la educación, la cultura y la preservación de la memoria. Sus testimonios permiten comprender

que el Fondo Antiguo no pertenece únicamente a una biblioteca, sino que forma parte de la identidad histórica de toda la comunidad universitaria.

Con frecuencia me preguntan qué significa trabajar entre libros antiguos. Mi respuesta siempre es la misma: significa dialogar todos los días con personas que vivieron hace siglos. Cada página conserva las ideas de un autor, el trabajo de un impresor, la dedicación de un encuadernador y las huellas de quienes leyeron esas obras mucho antes que nosotros. Los libros nunca son objetos inertes; son testimonios vivos de la inteligencia humana que se niegan a quedarse en el olvido y a estar en la pasividad del olvido en las baldas de las estanterías que conforman las colecciones y el acervo institucional.

Hoy, cuando la inteligencia artificial, los recursos digitales y las grandes bases de datos transforman la manera en que aprendemos, la biblioteca universitaria adquiere una relevancia aún mayor. No compite con la tecnología; la complementa. Forma ciudadanos críticos capaces de distinguir información confiable, interpretar fuentes y construir conocimiento con responsabilidad ética. Esa ha sido siempre la esencia de la Biblioteca Central "Dr. Desiderio Macías Silva": evolucionar sin perder de vista su misión fundamental de preservar, difundir y democratizar el conocimiento.

En estos cincuenta aniversarios celebro no solamente un edificio, un libro, un autor, un encuadernador o una colección bibliográfica. Celebro a las personas que han dedicado su vida a custodiar la memoria escrita de nuestra Universidad. Me siento profundamente agradecido por haber podido aportar una pequeña página a esa historia mediante la investigación, la organización del Fondo Antiguo y el descubrimiento de dos marcas de fuego inéditas que hoy enriquecen el patrimonio bibliográfico de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Si algo he aprendido durante este recorrido es que las universidades construyen su futuro cuando conocen y valoran su pasado. Y mientras exista una biblioteca abierta, un libro dispuesto a ser leído y personas comprometidas con preservar el conocimiento, la memoria seguirá viva para las generaciones que están por venir.

Sean pues bienvenidos queridos lectores al mundo de la biblioteca, de los libros antiguos que se niegan a quedarse en el olvido y en la oscuridad, festejemos sus tintas, sus voces, sus autores, sus encuadernadores y a sus magníficas ilustraciones, festejemos estos 50 años de nuestra biblioteca que resguarda siglos de letras impresas que dan vida a este objeto maravilloso llamado libro.



Imagen 1. Fotografía del Fondo Antiguo de la Universidad Autónoma de Aguascalientes ubicada en el Biblioteca Central "Dr. Desiderio Macías Silva" en el campus central. Fotografía tomada por José Luis González Sandoval después de la remodelación de la biblioteca central en el año 2025.



Imagen 2. Detalle de libros antiguos conventuales que se encuentran en el Fondo Antiguo de la UAA. Fotografía tomada por José Luis González Sandoval en el 2024.

La biblioteca que transformó mi vida

Araceli Cruz Pacheco

En 2006 ingresé a laborar en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, en el Centro de Ciencias Agropecuarias. Durante mi primer año de trabajo, quien entonces era mi jefa, la Dra. Georgina Macías Mora — a quien le debo la oportunidad de formar parte de esta gran institución —, me motivó a retomar uno de mis mayores sueños: continuar estudiando.

Así fue como, en 2007, después de catorce años sin estudiar, me lancé a la aventura de presentar el examen de admisión para la carrera de Contador Público. Todavía recuerdo la emoción de encontrar mi ID en la lista de personas aceptadas de nuevo ingreso. Era la confirmación de que, a pesar del tiempo transcurrido, aún podía volver a empezar.

Sin embargo, el camino no fue sencillo. Entraba a trabajar a las siete de la mañana y salía a las dos y media de la tarde. Como no tenía automóvil propio, me apoyaba en el transporte de la Posta y en los "raites" de muchos amigos que nos ayudaban a llegar hasta Ciudad Universitaria. Mi horario de clases era de tres de la tarde a nueve de la noche, y normalmente llegaba a casa cerca de las diez.

Entre el trabajo, las clases y los traslados, casi no tenía tiempo para hacer tareas. Por eso, en cuanto encontraba un espacio disponible, me dirigía a la Biblioteca Central. Para quienes hemos perseguido un sueño en medio del cansancio, las dudas y las dificultades, la biblioteca se convierte en un lugar seguro.

Yo buscaba normalmente el sitio más alejado, al fondo, en aquellas bancas individuales donde podía concentrarme y avanzar un poco más. Me impresionaba el tamaño de la biblioteca, sus pasillos, sus libreros llenos de libros y la elegancia que transmitía cada espacio. También recuerdo subir a la hemeroteca y al amable señor que siempre nos atendía.

En aquel tiempo nunca imaginé que mi camino dentro de la Universidad me llevaría, años después, a estar al frente del Departamento

de Información Bibliográfica. Mucho menos pensé que tendría la oportunidad de conocer desde dentro todo el engranaje que hace posible el funcionamiento de nuestras bibliotecas y el enorme trabajo que realizan diariamente mis compañeros para que la comunidad universitaria tenga acceso a todos sus servicios.

Es difícil explicar lo que se siente al entrar a la Biblioteca Central: el inconfundible aroma de los libros, ese silencio que parece tan ruidoso cuando no hay nadie, el canto de los pájaros alrededor, la luz que se filtra por los cubos de iluminación y los grandes ventanales que, después de la remodelación concluida en 2024, permiten contemplar el edificio desde una nueva perspectiva.

Hoy uno de nuestros mayores retos es lograr que las nuevas generaciones regresen a las bibliotecas, que conozcan la Biblioteca Virtual, que aprovechen los cursos de alfabetización informacional y que descubran el potencial de cada uno de nuestros bibliotecarios y asistentes, quienes pueden orientarles y recomendarles la gran variedad de recursos académicos que la Universidad pone a su disposición.

También comprendo que, como estudiantes, muchas veces desconocemos todos los servicios y herramientas disponibles. Por ello, la recomendación y el acompañamiento de las academias y del personal docente son fundamentales para acercar a los jóvenes a estos espacios.

En ocasiones me preguntan si considero que las bibliotecas llegarán a extinguirse. Mi respuesta siempre es la misma: no. Las bibliotecas son mucho más que edificios con libros, estantes y cubículos. Son el centro del conocimiento académico; son, y deben continuar siendo, el corazón que irradia luz, aprendizaje y saber para toda nuestra comunidad.

Nunca imaginé que aquel lugar donde acudía a estudiar, donde soñaba con terminar una carrera y donde encontraba fuerzas para continuar cuando el cansancio, la falta de sueño o una materia difícil —como Estadística— me hacían pensar en desistir, se convertiría con el tiempo en una parte tan importante de mi vida.

En aquellos días llegué a preguntarme si valía la pena continuar, pues ya tenía un trabajo estable. Sin embargo, cada visita a la biblioteca me ayudaba a resistir un poco más, a recordar mis metas y a seguir adelante.

Hoy la biblioteca forma parte de mi historia. Es un espacio que siento mío, que presumo con orgullo y que quisiera que todas las personas pudieran mirar a través de mis ojos. Me gustaría que descubrieran, como yo lo hice, toda la grandeza, las historias, los sueños y las posibilidades que resguardan las bibliotecas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Recuerdos de la Posta

MVZ. Luis Juárez Rincón

Una polvareda se levantó justo afuera de la cafetería de La Posta Zootécnica de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, los comensales rápidamente tapamos nuestra comida para protegerla del polvo que ya invadía el lugar. El origen de esa contaminación, una camioneta con estudiantes traviesos que a propósito frenó bruscamente con la intención de molestar. Lo recuerdo claramente como si hubiera sido ayer.

Cursaba la carrera de Médico Veterinario Zootecnista en la generación 1980-1985, la Posta aún no tenía pavimento ni empedrado, eran pocos salones, el auditorio, oficinas de los maestros, laboratorios y desde luego, la gran Biblioteca de la Posta Zootécnica, a la que acudíamos regularmente a consultar algún ejemplar que lo dirigíamos a alguno de los cubículos o directamente llenando una ficha para poderlo sacar y llevarlo a casa para trabajar en él con mayor disposición de tiempo. Cabe mencionar que en esos años aún no era común el internet ni los teléfonos celulares, por lo que obligadamente las consultas se hacían en libros o en videos VHS y videocaseteras que también existían en la biblioteca, con los que podíamos recrear por ejemplo, algún procedimiento quirúrgico que no nos hubiera quedado suficientemente claro en la clase de Cirugía Veterinaria.

A mí, en lo particular y a mis compañeros amigos, nos agradaba la biblioteca, se respiraba un ambiente agradable, la bibliotecaria, una persona joven, como de nuestra edad, amable y platicadora, con mucha calidad humana y aún con la inocencia de la juventud; nos atendía prontamente ayudando a encontrar los ejemplares solicitados a la vez que preguntaba sobre nuestras clases. Por eso me dio coraje al saber que un libro desapareció de su anaquel sin ningún vale que respaldara su ausencia. La bibliotecaria estaba verdaderamente preocupada por ese

faltante, preguntando a todo el que entraba que si por error habían sacado ese libro, recibiendo siempre por respuesta una negativa.

¡Qué coraje, de veras! Ella siempre nos atendió de buena gana, siempre con una sonrisa en la boca y solícita para apoyarnos. Después de uno o dos días de la desaparición del ejemplar, llegamos a la conclusión de que alguien lo sacó deliberadamente para apoderarse de él, tal vez la chica tendría que pagarlo, no lo sé, pero en su desesperación, colocó un letrero en la vidriera de la puerta que decía: "La persona que haya sacado un libro sin autorización, favor de devolverlo". Nunca lo devolvieron, según supe.

Mi agradecimiento a las bibliotecas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, especialmente a la de la Posta Zootécnica y a las personas que trabajan ahí, que facilitaron nuestro proceso de aprendizaje.

¡Gracias, Alma Mater; Gracias, maestros; Gracias Biblioteca de la Posta Zootécnica; gracias, ¡bibliotecaria!

La biblioteca que me vio crecer

Lic. Margarita Isabel Calderas Ruiz

Conocí la biblioteca siendo estudiante de la Universidad Autónoma de Aguascalientes en el 2003. Recuerdo especialmente la atención de los bibliotecarios cada vez que acudía en busca de algún libro. Cuando no encontrábamos un título, bastaba con acercarnos a ellos; algunos incluso, sin consultar el sistema, parecían saber exactamente dónde estaba cada ejemplar. Siempre me preguntaba ¿cómo lo lograban? Parecía que conocían la biblioteca completamente de memoria.

Durante la temporada de exámenes, la biblioteca era nuestro refugio. Ahí encontrábamos la información que necesitábamos para salir adelante en trabajos y proyectos que parecían imposibles. Para muchos de nosotros era el lugar que nos salvaba una y otra vez, ya que los traslados o las reuniones en casa resultaban complicados por la distancia o por los horarios. Entre sus estantes encontrábamos no solo información, sino también un espacio para concentrarnos, colaborar y avanzar.

Años después tuve la oportunidad de realizar mi servicio social en el Departamento de Información Bibliográfica. Fue entonces cuando descubrí áreas que pocas personas conocen: aquellas encargadas de la adquisición de materiales y del procesamiento técnico que permite que cada libro llegue finalmente a los estantes y esté disponible para los usuarios.

Con el tiempo, tuve la fortuna de trabajar y desempeñarme en diferentes puestos dentro del departamento por allá del 2006. Esa experiencia me permitió comprender que detrás de cada ejemplar existe un largo camino de trabajo y dedicación. Pasé por distintas etapas y áreas hasta convertirme en parte del equipo de bibliotecarios, aquellos que al final del día ayudan a resolver dudas, encontrar información y, muchas veces, a salvar una tarea, un proyecto o un examen.

Fue entonces cuando entendí el secreto que tanto me intrigaba cuando era estudiante. El trabajo diario de acomodar materiales, revisarlos y

conocer el sistema de clasificación hace que, con el paso del tiempo, localizar un libro se vuelva algo natural. Lo que antes parecía una habilidad extraordinaria termina convirtiéndose en parte de la vida cotidiana.

Hay una anécdota de mis años universitarios que todavía me hace sonreír. Algunos compañeros y yo escondíamos los libros más solicitados, especialmente los de programación. Como muchos pertenecían a la colección de consulta y no podían salir de la biblioteca por su característica franja roja, buscábamos algún rincón donde dejarlos ocultos para asegurarnos de encontrarlos al día siguiente. Llegábamos temprano y corríamos a buscarlos antes de que alguien más los encontrara o antes de que los bibliotecarios los regresaran a su lugar.

Hoy esa anécdota me provoca una mezcla de risa y culpa. Cuando se acomodan los estantes y aparecen materiales escondidos o colocados en secciones equivocadas, recuerdo inmediatamente lo que hacíamos como estudiantes. Nunca pensamos en el trabajo adicional que eso representaba para los bibliotecarios, quienes en ocasiones debían invertir tiempo valioso para localizar esos materiales. Ahora, cuando veo a algún usuario preocupado porque no encuentra un libro que necesita con urgencia, no puedo evitar recordar aquellas travesuras estudiantiles.

Con el paso de los años y el constante uso, algunos ejemplares terminan con las pastas dañadas o las hojas desprendidas. Siempre he pensado que el área de restauración funciona como una especie de hospital para libros, donde reciben los cuidados necesarios para regresar a los estantes y continuar ayudando a nuevas generaciones de estudiantes. Porque, de alguna manera, cada libro recuperado recibe una nueva oportunidad para seguir compartiendo conocimiento.

Una de las mayores satisfacciones de mi trabajo es ayudar a los estudiantes a encontrar un libro o la información que necesitan en alguna de nuestras bases de datos. Escuchar un simple "gracias" hace sentir que uno ha contribuido, aunque sea un poco, a su formación. Además, las oportunidades que he tenido para impartir cursos y compartir conocimientos me han permitido descubrir que una biblioteca es mucho más que un lugar donde se resguardan libros: es un espacio de aprendizaje, encuentro, investigación y crecimiento.

A lo largo de los años he sido testigo de la evolución de nuestras bibliotecas. Recuerdo cuando existían grandes mesas destinadas a la consulta de mapas y materiales especiales. Hoy esos espacios se han transformado en cubículos de estudio que responden a las necesidades de las nuevas generaciones. Cada cambio despierta nostalgia por lo que fue y por los recuerdos de mi vida universitaria, pero también emoción por todo lo que está por venir y por las nuevas historias que ahí comenzarán a escribirse.

Quizá una de las imágenes que más me conmueve es ver a los niños que visitan la biblioteca. Cuando preguntan por los libros o recorren los pasillos con curiosidad, puedo reconocer en sus ojos la misma emoción que yo sentía cuando era estudiante. Entonces recuerdo aquellos años en los que corríamos hacia la biblioteca porque sabíamos que ahí encontraríamos respuestas, apoyo y un lugar donde trabajar cuando la distancia o las circunstancias dificultaban regresar a casa.

Después de todos estos años, la biblioteca sigue siendo para mí mucho más que un edificio lleno de libros. Es el lugar que me formó como estudiante, me permitió crecer profesionalmente y me enseñó que detrás de cada estante hay historias, esfuerzos y sueños. También ha sido un refugio en momentos difíciles y un espacio de encuentro a lo largo de distintas etapas de mi vida.

A veces pienso que mi propia historia se parece a la de los libros que resguarda. Pasé por diferentes procesos, recorrí distintos espacios y aprendí de muchas personas antes de encontrar mi lugar. Y así como cada libro guarda una historia entre sus páginas, la biblioteca conserva una parte importante de la mía. Por eso, cuando veo a un estudiante cruzar sus puertas en busca de respuestas, recuerdo que yo también estuve ahí. Quizá, sin saberlo, hoy esté comenzando la historia que algún día contará entre estas mismas paredes.

Una experiencia inolvidable en la Biblioteca Central

José Durón García

Mi nombre es José de Jesús Durón García (ID 86962). Soy trabajador y estudiante de la Licenciatura en Sociología de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Además, me desempeño como investigador de la Época de Oro del cine mexicano, con especial interés en el cine de luchadores. A lo largo de los años he desarrollado también una gran pasión por el coleccionismo de libros, revistas, máscaras de lucha libre, figuras de personajes históricos, películas nacionales e internacionales y diversos objetos relacionados con la cultura popular mexicana.

Después de más de veinte años de laborar en nuestra Alma Mater, decidí compartir una de las experiencias más significativas que he vivido dentro del Departamento de Información Bibliográfica, específicamente en la Biblioteca Central "Desiderio Macías Silva". De todas las vivencias que he acumulado durante estas dos décadas de servicio universitario, esta es, sin duda, la más importante y entrañable. Fue precisamente ahí donde, gracias al apoyo y la confianza de las autoridades del Departamento de Información Bibliográfica y del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades, tuve la oportunidad de realizar uno de los proyectos más importantes de mi vida académica y personal.

Comentaré, que, corría el año 2025 cuando surgió una idea que había estado rondando mi mente durante mucho tiempo. Después de observar numerosas exposiciones organizadas por distintas licenciaturas y departamentos en el mezanine de la Biblioteca Central, pensé que sería posible compartir con la comunidad universitaria una de mis mayores pasiones: el cine de luchadores, y no hablar sólo de los más grandes, como el Santo, Blue Demon, y Mil Máscaras, sino, de todos aquellos que hicieron de este un verdadero género de cine.

Con entusiasmo presenté una propuesta para organizar una exposición acompañada de una charla sobre este género cinematográfico,

llevando una selección de objetos pertenecientes a mi colección personal. Entre ellos se encontraban libros, revistas, películas, máscaras, (algunas de estas películas, y máscaras, autografiadas) figuras articuladas y otros materiales relacionados con la lucha libre mexicana, una manifestación cultural que forma parte de la identidad popular de nuestro país y que ha alcanzado reconocimiento internacional.

Mi intención no era únicamente exhibir estos objetos, sino compartir con los asistentes las historias detrás de cada pieza: cómo fueron obtenidas, cuál es su importancia histórica y cultural, y por qué poseen un valor sentimental que, para cualquier coleccionista, supera incluso su valor económico. Quería mostrar que la lucha libre y el cine de luchadores constituyen un patrimonio cultural digno de ser estudiado, preservado y difundido.

Gracias al respaldo de las directoras de la biblioteca, así como del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades, especialmente del Departamento de Sociología y Antropología, la exposición pudo convertirse en realidad. A todos ellos les guardo un profundo agradecimiento, pues hicieron posible una experiencia que superó cualquier expectativa.

La exposición también representó una oportunidad para rendir homenaje a figuras fundamentales del cine fantástico el cine de luchadores, así como del cine de la época del cine de oro nacional, entre ellas destacó Wolf Ruvinskis, actor de origen letón que llegó a México durante la década de 1940 y que dejó una huella imborrable tanto en la lucha libre, como en la cinematografía nacional. Su trayectoria lo convirtió en una de las personalidades más importantes de este género.

Asimismo, dediqué un espacio especial a la gran actriz Lorena Velázquez, recordada por sus emblemáticos personajes dentro del cine fantástico mexicano. Conocida por interpretar a inolvidables mujeres vampiro y personajes de ciencia ficción, su participación fue determinante para el éxito y la consolidación del cine de luchadores. Su legado continúa siendo reconocido por especialistas, aficionados y figuras históricas de la lucha libre, incluido el propio Santo, el Enmascarado de Plata.

Otro homenaje que se hizo, estuvo dedicado a Sasha Montenegro, actriz que también formó parte de importantes producciones del

cine de luchadores. Su carrera abarcó distintas etapas del cine mexicano y representa un vínculo entre diversos géneros cinematográficos que marcaron una época en nuestro país.

La exposición incluyó igualmente un reconocimiento a dos destacados actores hidrocálidos: David Reynoso y Rogelio Guerra. Ambos participaron en producciones relacionadas con el cine de luchadores y posteriormente desarrollaron brillantes trayectorias artísticas que los llevaron a convertirse en referentes de la actuación mexicana. Como orgulloso aguascalentense, consideré indispensable destacar su contribución a este género cinematográfico. Sin embargo, más allá de las piezas exhibidas y de los homenajes realizados, lo más valioso fue la respuesta del público. Estudiantes, docentes, trabajadores (Público en general) quienes pudieron acercarse a un tema que forma parte de la historia cultural de México. Ver su interés, escuchar sus preguntas y compartir conocimientos con ellos fue una experiencia profundamente enriquecedora.

Esta exposición también abrió nuevas puertas en mi camino como investigador. Gracias a ella he tenido la oportunidad de entrevistar a luchadores pertenecientes a la época de oro de la lucha libre mexicana, así como participar en programas de radio, televisión y plataformas digitales, donde he compartido mis conocimientos sobre la lucha libre y el cine nacional, además, tuve la fortuna, de ser seleccionado, en un concurso nacional, de cuento, sobre el tema de la lucha libre, en la Feria Nacional del Libro, en la ciudad de León Guanajuato, (lucha libro).

Por todo ello, considero que esta experiencia representa uno de los momentos más significativos de mi trayectoria dentro de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Haber podido convertir una pasión personal en una actividad académica y cultural al servicio no solo de la comunidad universitaria, sino también, de aquellas personas que se dieron cita, por el interés, de conocer un poco más del deporte espectáculo, la lucha libre mexicana, y esto, para mí, es un privilegio que recordaré siempre.

Con motivo del 50 aniversario de la Biblioteca Central "Desiderio Macías Silva", comparto esta experiencia con profundo agradecimiento y orgullo, convencido de que las bibliotecas no solo resguardan libros

y conocimiento, sino que también hacen posible que las pasiones, los sueños y los proyectos de quienes formamos parte de la universidad encuentren un espacio para crecer y trascender.



Un sueño cumplido entre libros y estudiantes

Graciela Cruz R.

A lo largo de mis 21 años de trabajo en la Universidad Autónoma de Aguascalientes he tenido la oportunidad de desempeñarme en diferentes áreas y conocer a muchas personas que han dejado huella en mi vida. Sin embargo, si hay una etapa que considero especialmente significativa en mi trayectoria laboral, es la que he vivido durante los últimos 11 años como bibliotecaria.

Antes de llegar a la biblioteca trabajaba en el área de Servicios de la Universidad. Aunque disfrutaba mis actividades y me sentía orgullosa de formar parte de esta gran institución, siempre tenía un objetivo muy claro en mente: algún día trabajar en la biblioteca. Desde mi perspectiva, era un departamento dinámico, donde cada jornada representaba una oportunidad para aprender algo nuevo y, sobre todo, para convivir de manera más cercana con los estudiantes.

Sabía que la formación académica de los estudiantes depende de muchos factores y de muchas personas que, desde distintos espacios, aportan su esfuerzo para que los jóvenes alcancen sus metas. Yo quería contribuir de alguna manera a ese proceso y aportar mi granito de arena para apoyar a quienes buscaban prepararse profesionalmente.

Recuerdo que hace aproximadamente 11 años se abrió una convocatoria para ocupar una plaza de bibliotecario. Cuando me enteré de la oportunidad sentí una mezcla de entusiasmo y nerviosismo. Sabía que no sería fácil, ya que el puesto requería conocimientos y habilidades específicas, pero también sabía que era la oportunidad que había estado esperando.

Decidí prepararme lo mejor posible. Estudié, investigué y me esforcé por conocer las actividades que realizan los bibliotecarios. Quería demostrar que tenía la capacidad y la disposición para asumir el reto. Fueron semanas de dedicación y aprendizaje, siempre con la esperanza de obtener una oportunidad.

Afortunadamente, el esfuerzo rindió frutos. Después del proceso de selección recibí la noticia de que había obtenido la plaza. Sentí una enorme satisfacción al saber que comenzaría una nueva etapa profesional en el lugar donde siempre había querido trabajar.

Mis primeros años como bibliotecaria transcurrieron en la Biblioteca Norte y, luego en la de la preparatoria, donde tuve la oportunidad de atender a estudiantes que iniciaban su formación académica y que, en muchos casos, descubrían por primera vez el valor de una biblioteca como herramienta para el aprendizaje. Para mí fue una experiencia muy enriquecedora porque me permitió interactuar directamente con los jóvenes, orientarlos y apoyarlos en sus necesidades de información.

Pero además tenía una satisfacción adicional ya que en esa etapa también pude apoyar a mis propias hijas, quienes eran estudiantes. Como madre, era muy gratificante verlas crecer académicamente y saber que, desde mi trabajo, también podía contribuirles a ellas.

Con el tiempo, mis actividades me llevaron a la Biblioteca Central, donde continué desarrollando mi labor como bibliotecaria. Ahí las oportunidades de aprendizaje fueron todavía mayores, pero también aparecieron nuevos desafíos.

Uno de los retos más importantes que enfrenté estuvo relacionado con el uso de la tecnología. Cuando ingresé a la biblioteca, muchas de las actividades dependían del manejo de herramientas informáticas. Los bibliotecarios utilizamos diariamente el catálogo electrónico, los sistemas de préstamo de materiales, las bases de datos académicas y diversos recursos digitales indispensables para brindar un servicio eficiente a los usuarios.

Debo reconocer que en ese momento no me sentía completamente segura con el uso de la tecnología. Hubo ocasiones en las que aprender ciertos procesos requirió tiempo, paciencia y dedicación adicional. Sin embargo, nunca consideré rendirme, al contrario, cada dificultad se convirtió en una motivación para seguir aprendiendo. Comprendí que la mejor manera de superar mis limitaciones era enfrentarlas y prepararme constantemente. Poco a poco fui adquiriendo experiencia,

desarrollando nuevas habilidades y ganando confianza en el uso de las tecnologías que forman parte del trabajo bibliotecario.

Con el paso de los años descubrí que la biblioteca era exactamente el lugar donde deseaba estar. Cada día representa una oportunidad para ayudar a los estudiantes, orientarlos en la búsqueda de información y contribuir. Esa cercanía con los usuarios es una de las cosas que más disfruto de mi trabajo.

Hoy, después de 21 años de servicio en la Universidad Autónoma de Aguascalientes y 11 años formando parte del equipo de bibliotecas, puedo decir con orgullo que alcanzar esta meta ha sido una de las experiencias más satisfactorias de mi vida laboral. Más allá de los libros, los sistemas y las actividades diarias, la biblioteca me ha permitido crecer como persona, aprender constantemente y participar en la formación de generaciones de estudiantes.

Mirando hacia atrás, me siento agradecida por aquella oportunidad que llegó hace once años y por haber tenido el valor de intentarlo. Y si algo me ha enseñado esta experiencia, es que los objetivos se alcanzan con preparación, la perseverancia y el deseo apoyar a los demás.

Mi historia con la biblioteca de la Universidad Autónoma de Aguascalientes

Héctor Manuel Bonilla Lomelí. Técnico Académico CCDyC

Empecé a tener contacto con la biblioteca en mayo de 1991, antes de ser estudiante de la UAA, algunos compañeros estudiantes del CETis 155 entramos a trabajar como parte del equipo encargado del diagnóstico para el plan de desarrollo, y nuestro trabajo consistía en aplicar encuestas a los alumnos, maestros, trabajadores y público en general, acerca de su percepción de la UAA. Esta labor nos permitió conocer a buena parte de las instalaciones y miembros de la universidad en ese tiempo.

En las pausas antes o después de trabajar, me acostumbré a entrar a la biblioteca a hojear o leer libros y revistas para entretenerme y adquirir información. Me gustaban especialmente unos grandes libros que reseñaban los acontecimientos de cada década y que solían estar exhibidos a la entrada junto a los ficheros de clasificación, y que contenían la crónica y fotografías de lo sucedido en la historia reciente.

Posteriormente al entrar a estudiar a la ingeniería en sistemas computacionales, la biblioteca era en ese momento la principal fuente de información para nosotros, con libros de texto y manuales de lenguajes de programación, entonces era la visita obligada para conseguir los libros que no estaba en posición de adquirir. La demanda especialmente en tiempo de exámenes o proyectos se incrementaba y había una competencia feroz por sacar en préstamo los ejemplares, ya que no había los suficientes para todos, o en ocasiones teníamos que recurrir a compartir los libros o sacar fotocopias de algunas secciones.

Una vivencia que me sucedió en este tiempo es que al intentar renovar un libro que necesitaba para estudiar para un examen, al dejarlo unos segundos sobre un estante, este desapareció, por lo que sospecho que alguno de mis compañeros de salón lo tomó subrepticiamente para

sacarlo él en préstamo y así que me quedé sin ese libro y tuve que conseguir esa información por otro lado.

Para mí era una gran tentación entrar a estudiar a la biblioteca y ver de reojo libros o revistas de otros temas y distraerse un tiempo valioso en hojear aquellos para distraerse y relajarse un poco.

También la biblioteca se convertía en un refugio acogedor cuando después de algunas noches de no dormir por estar estudiando para un examen o haciendo un proyecto, por fin cumplido el trámite, encontrábamos en su interior un ambiente silencioso para descansar un rato, llegando en ocasiones a tomar una siesta reparadora, especialmente en unos cómodos sillones que estaban por la mapoteca, subiendo las escaleras.

A mi generación le tocó la llegada del Internet en los últimos semestres, por lo que comenzamos a obtener información también por este medio, que, aunque actualizado, todavía no cubría las necesidades totales de nuestras materias, por lo que seguimos dependiendo en gran medida de los recursos bibliográficos.

Al graduarme de mi carrera, tuve la fortuna de quedarme a trabajar en mi alma mater, por lo que la biblioteca siguió siendo parte de mi vida laboral y académica, aunque cada vez con menor porcentaje de necesidad, ya que cada vez más la información estaba disponible en línea.

Cuando empecé a estudiar la maestría, también en la UAA, el mayor porcentaje de la información necesaria para nuestros estudios estaba en línea, pero he tenido la oportunidad de capacitarme en los recursos electrónicos que administra la biblioteca y aprovechar este acervo y seguimos utilizando sus espacios en ocasiones para organizarnos y trabajar.

Al ya no estar estudiando, seguí acudiendo a leer libros a sus espacios, especialmente a biblioteca norte, ya que me quedaba más cerca de mi área de trabajo, pero me frustraba que algunos de los libros más interesantes no pudieran llevármelos a leer a mi casa por ser material de referencia.

Me creyeron culpable. La biblioteca, no

Anónimo Suárez

Mi nombre no le dirá nada a quien lea esto. Mi historia, en cambio, no se le va a olvidar. Escribo porque mi paso por la universidad fue más complejo de lo que cualquiera supondría, y porque los finales bonitos son los que se cuentan. El mío no lo fue. Lo que viví en esos años parece de película, y en sus peores escenas la biblioteca fue lo único que me sostuvo. Les voy a contar una historia secreta. Una que nadie conoce tan bien como yo, y que a partir de hoy también es suya.

Pocas personas pueden decir que terminaron en medio de un escándalo universitario. Yo sí. A esta distancia ya me parece seguro contarlo, y los detalles me los guardo, porque no hacen falta. Muchos dedos me señalaron. A mí, que nunca moví mi posición, me castigaron con el hielo de todos aquellos cuyos intereses incomodaba. Si me preguntan qué fue lo que pasó, la verdad es que no lo sé. Inocente fui. Inocente me declaré. Culpable me juzgaron. Nunca pude dimensionar que aquella cadena de sucesos terminaría comiéndose años de mi vida, convirtiéndome en una sombra sin derecho de réplica, una que terminó por aprenderse de memoria estos pasillos.

Nadie te advierte que ser el protagonista de algo así es un trabajo de tiempo completo. Levantarse cada mañana y caminar derecho, mientras el propio nombre, para más de uno, se vuelve sinónimo de infame; para otros, de corrupto. El aire del salón se había vuelto irrespirable, espeso de murmullos que se apagaban apenas yo entraba. La biblioteca, en cambio, no me pedía explicaciones. Era el único lugar donde podía dejar el peso un rato, aunque tuviera que volver a cargarlo al salir.

Empecé a refugiarme ahí casi por instinto. Quizá me viste pasar a prisa más de una vez. Quizá también te robé la silla. Nunca pude resistirme a los rincones de la biblioteca, ni a los ventanales por donde entraba el sol, ni a arrastrar una silla hasta ellos. Ojalá sigan en su lugar. Olvidé

en esa mesa el teléfono, y hasta la cartera, más de una vez. Benditos los que no se llevaron nada, porque válgame Dios.

La biblioteca me vio en mis peores días y en los pocos buenos. El más duro fue aquel en que, en mitad del caos, murió la persona que me trajo al mundo. Corrí para allá, porque una noticia así no se podía cargar a la intemperie. Hoy miro atrás y no entiendo cómo aguanté. Cuando reprobé y tuve que recursar, me quedaba tardes enteras sin moverme. Ahí estudié, ahí viví, ahí escribí mi tesis, y más de una madrugada llegué con cobija porque no había pegado el ojo armando un proyecto.

No les he contado de la vez que se me rompió la clavija del cargador en uno de los contactos de la biblioteca. Tremendo susto, salí huyendo. Señor de mantenimiento, si después de tantos años sigue vivo y algún día lee esto: lo vi revisando ese mismo contacto a la semana siguiente, y le juro que no fue mi intención.

Dicen que comer en una biblioteca es pecado. Comida de verdad jamás metí, lo juro. A lo mucho mentas y galletas, cosas que no hicieran ruido. Habré leído como doscientos libros en esa silla. Sí, fue un escándalo que duró años, señores. Leí de todo: medicina, teoría de juegos, psicología, antropología, y hasta algo de japonés se me pegó con unas novelas que casi nadie tocaba. De ingeniería, en cambio, no entendí jamás una página, y vaya favor que me hice al no elegir esa carrera.

Gracias, biblioteca de la UAA.

Con el tiempo se acabaron mis días en la universidad, y mi nombre quedó limpio. La mancha que pensé que cargaría para siempre terminó por levantarse, y escribo desde un lugar donde por fin recuperé lo que me quitaron, y el derecho a ser cualquiera, una persona común, sin ventanas abiertas por las que me espíen. Ya no vivo en esa ciudad. Lo que pasó es apenas un cuento viejo que mi generación recuerda, y que cada quien cuenta a su manera. Lo curioso es que nunca se me quitó la costumbre de perderme en museos y bibliotecas. A aquella, que fue mi primer amor, la siguió la Vasconcelos, y un par más.

Semillas de luz: cuando la Biblioteca del Campus Sur se convirtió en el corazón de nuestros sueños

Diego Fabricio Tiscareño Escobedo

Cuando comenzamos a dar forma al proyecto "Semillas de Luz", sabíamos que necesitábamos un escenario que, motivara a nuestros estudiantes, un escenario que lo hicieran propio y echaran a volar todo su potencial. Necesitábamos un lugar que no solo albergara conocimiento, sino que respirara historia, que sintiera el peso de las generaciones que habían pasado por allí buscando respuestas, que tuviera la calidez necesaria para que los estudiantes se sintieran seguros y los empresarios inspirados. Y entonces lo vimos con claridad: la Biblioteca del Campus Sur. ¡Esa sería nuestra casa!

No fue una elección casual. Las bibliotecas siempre han sido el corazón del conocimiento universal. Pero para "Semillas de Luz", la biblioteca se convirtió en algo más: En un lugar donde nacieran los emprendimientos de nuestros estudiantes del Centro de Ciencias Empresariales de forma silenciosa como se debe estar en una biblioteca, y una vez que fueran una realidad gracias a la inspiración de nuestros expositores y el acompañamiento de nuestros docentes, estas propuestas fueran expuestas como los libros y mostrarlas a todo el mundo.

Recuerdo con emoción la preparación de la primera sesión. Como caminamos entre sus estantes, y saber que estábamos en un lugar donde siempre nos han enseñado a guardar silencio, pero que por esta ocasión íbamos a romper las reglas íbamos a hacer ruido y mucho ¡RUIDO! Estábamos preparando en un proyecto nuestra traducción de nuestro lema universitario, estábamos preparado para proyectar luz con un proyecto hecho acorde a nuestro Centro de Ciencias Empresariales.

Cuando llegó el día de la primera charla, con el Ing. Agrónomo Pedro González Reynoso como nuestro invitado de honor, el nerviosismo nos recorría el cuerpo. Pero en cuanto el empresario cruzó las puertas de la biblioteca, su rostro se iluminó con un asombro que nunca olvidaré. Se

detuvo por un momento, miró a su alrededor, observó la arquitectura que combinaba modernidad y tradición, sintió la atmósfera de respeto y conocimiento que flotaba en el aire, y nos dijo con una sonrisa genuina: "Qué hermoso lugar han elegido. Esto no es solo una biblioteca, es un santuario del saber". Sus palabras nos llenaron de orgullo y confirmaron que habíamos tomado la decisión correcta.

Y así, charla tras charla, la biblioteca se convirtió en el escenario de historias inolvidables. Los empresarios que invitamos no solo compartían sus conocimientos; se dejaban envolver por la magia del lugar. Cada uno de ellos, al entrar, expresaba su admiración por el espacio. "Nunca había dado una conferencia en un lugar tan inspirador", decían. "La energía que se siente aquí es diferente, es como si los libros mismos nos escucharan". Y era cierto. La biblioteca no era solo un telón de fondo; era un personaje más en nuestra historia, un cómplice silencioso que abrazaba cada palabra, cada consejo, cada confesión de fracaso y cada celebración de éxito.

Porque en la biblioteca del Campus Sur no solo se compartieron estrategias de negocio y claves para emprender. En sus pasillos, entre sus estantes, se compartieron también las historias más humanas. Los empresarios hablaron de sus caídas más dolorosas, de las noches en vela preguntándose si valía la pena seguir, de los momentos en que todo parecía perdido. Y los estudiantes escuchaban, con los ojos brillantes, sintiendo que esas historias de fracaso eran tan valiosas como las de éxito. Porque la biblioteca, con su atmósfera de honestidad intelectual, les recordaba que el conocimiento no solo viene de los aciertos, sino también de los errores.

Los desayunos de networking, organizados en los espacios comunes de la biblioteca, eran otro momento mágico. Ver a empresarios exitosos y estudiantes compartiendo café, pan y sueños, en medio de ese ambiente de saber y tradición, era como presenciar el nacimiento de un nuevo mundo. Las barreras se desvanecían, las jerarquías se olvidaban, y lo único que importaba era el intercambio de ideas, la posibilidad de aprender unos de otros. "Esto es increíble", comentó el Ingeniero J. Guadalupe "Piti" Andrade de Anda. "En ningún otro lugar me habría

sentido tan cómodo para abrirme y compartir mis experiencias más difíciles. Hay algo en esta biblioteca que invita a la sinceridad".

Y es que la biblioteca del Campus Sur tiene esa cualidad única de hacer que todos se sientan en casa. Sus espacios luminosos, su infraestructura impecable, el cuidado con que están dispuestos los libros, el orden que invita a la reflexión, todo ello crea un ambiente que no solo acoge, sino que inspira. Cada rincón parece contar una historia, cada ventana parece mirar hacia el futuro. Fue allí, en ese espacio que respira conocimiento y calidez, donde nuestras semillas comenzaron a germinar con fuerza.

Cuando llegó el momento del Premio a la Innovación Educativa, y escuchamos "Semillas de Luz de los Autores Maestro Guillermo Miramontes Acevedo y Maestro Diego Fabricio Tiscareño Escobedo", supimos que éramos ganadores, no pudimos evitar pensar en la biblioteca. Fue ella la que nos acogió, la que nos dio el escenario perfecto, la que fue testigo de cada charla, cada lágrima, cada sonrisa. El premio no era solo nuestro; era también de ese espacio que nos había abrazado y que había hecho posible que nuestras ideas florecieran. En nuestro discurso de agradecimiento en la clausura de la última temporada, mencionamos a la biblioteca como nuestra aliada principal, y sentimos que cada libro en sus estantes aplaudía con nosotros.

Hoy, al mirar hacia atrás, sabemos que "Semillas de Luz" no habría sido lo mismo sin la Biblioteca del Campus Sur. Ella fue el motivo, el lugar especial, el escenario que dio vida a nuestro proyecto. En sus espacios compartimos el éxito de los empresarios que lograron cumplir sus sueños, pero también el fracaso de aquellos que cayeron y se levantaron, porque en la biblioteca no hay juicios, solo aprendizajes. Y los empresarios, en todo momento, agradecieron el espacio, asombrados por lo hermoso del ambiente vivido allí, por el espacio que facilitaba el encuentro, por la atmósfera que invitaba a la profundidad.

Por eso, al escribir esta historia para "50 años, 50 historias", queremos que quede claro que la Biblioteca del Campus Sur no fue solo un lugar de paso. Fue el corazón que latía al ritmo de nuestras aspiraciones, el testigo de nuestras alegrías y nuestras dudas, el hogar donde las semillas de

luz encontraron la tierra para crecer. Y mientras la biblioteca siga en pie, mientras sus estantes sigan guardando conocimiento, mientras sus puertas sigan abiertas para recibir a quienes buscan aprender, "Semillas de Luz" seguirá viva en cada rincón, en cada libro, en cada historia compartida. Porque al final, lo que construimos allí no fue solo un proyecto académico; fue una familia, una comunidad, un legado que honra el espíritu de "Se lumen proferre" y que siempre llevará en su esencia la luz de ese espacio único que nos vio nacer.









Las bibliotecas y el río de Heráclito

Diego Mauricio Torres de Luna

Ningún hombre se baña dos veces en el mismo río,
porque ni el hombre ni el agua son los mismos.
Heráclito

En mi etapa de secundaria puede darme cuenta de todo lo que uno puede llegar a ignorar. Esto pasó precisamente por una seria maestra de español que nos llevó a la biblioteca escolar para preparar y ensayar Don Juan Tenorio. Los estantes no estaban muy llenos de libros, quizá como en cualquier secundaria pública, apenas había los suficientes, pero para mí eso fue detonante para reconocerme como ignorante. Y no en ese sentido peyorativo que suele usarse en frases crueles contra quienes se intenta hacer inferiores, sino en su sentido literal. Hay más de lo que ignoro que de lo que sé.

Ya en bachillerato y ante una gran cantidad de estantes y libros que logran tener las bibliotecas públicas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA), un nuevo reto llegó. Y es que me parecía que los libros que me interesaban podrían interesarles a muchas personas más y recurría a esconderlos detrás de otros grandes libros para que cuando yo volviera, nadie más interrumpiera mi lectura. ¿Por qué no pedirlo prestado? Porque sólo leía cuando el tiempo de clases, tareas, compañerismo y amistad me lo permitía. De modo que podía tardarme meses en un solo libro. Uno de los últimos que leí de esa manera fue una breve biografía personalísima sobre Emiliano Zapata, pues hablaba más de él como persona que como revolucionario. No recuerdo quién lo escribió.

Una vez que ingresé a la licenciatura, los salones en los que tomé clases siempre estuvieron muy cerca de la biblioteca central de la UAA. La verdad sí fue sorpresiva ver su extensión, sus pasillos, el sistema de clasificación de libros y la cantidad de éstos en sus estantes. Dada la carrera que estudié, filosofía, el segundo lugar en el que más pasaba el

tiempo dentro de la UAA fue en esa biblioteca, a veces leyendo por gusto o deber académico, solicitando préstamos de libros, sacando copias de fragmentos que prefería de ese modo para poder subrayarlos o gozando de algún rincón más o menos solitario para poder trabajar.

Hoy en día, luego de 16 años de estar en ese bachillerato (y sólo existía ese campus ahora conocido como central) y después de 13 años de haber iniciado la licenciatura, sigo sorprendiéndome de la función y riqueza de la biblioteca central de la UAA, que es la que más he visitado. Cada que son visitadas las bibliotecas en general y se saca provecho de su razón de ser, ninguna persona es la misma al retirarse de ellas, pues sales de esos lugares con dudas, con certezas, con libros, con nuevas personas por conocer.

Y si bien no me creo un extranjero de la juventud, ciertamente han pasado ya suficientes años para también reconocer los cambios que han tenido las bibliotecas, no sólo en cuestión de infraestructura, sino también en la función que le dan las y los usuarios. Desde que egresé no he visitado ni la de secundaria ni la de bachillerato, pero la biblioteca central de la UAA aún sigue siendo un espacio que he llegado a preferir ahora como docente y tesista. Ya prácticamente nadie saca copias, pues incluso unas fotografías desde el celular pueden ayudar. La lectura ya no es mayoritariamente por medio de libros físicos puesto que puedes encontrarlos de forma digital y esto, quizá, ha reducido la demanda de solicitudes de préstamo, yo mismo la he aminorado. Algo que sigue vigente es que en ocasiones he visto a estudiantes buscando un silencioso rincón para favorecer su concentración.

Las bibliotecas siguen ahí, tal vez su presencia sea menos potente dadas las nuevas tecnologías, pero ahora son conocidas por un mayor sector de la población en la medida en los años de escolarización han aumentado y en la medida en que otras clases sociales logramos acceder a las universidades. Esto también genera cambios. Y entre tantos cambios que llegan, ninguna persona ingresa a la misma biblioteca dos veces, porque ni la persona ni la biblioteca es la misma. Todo cambia. ¿Cuáles quisieras que fueran los siguientes cambios y qué harás para conseguirlos?

50 años historias

Primera edición 2026
(versión electrónica)

El cuidado de la edición estuvo a cargo
del Departamento Editorial de la Dirección General
de Difusión y Vinculación de la Universidad
Autónoma de Aguascalientes.